APUNTES Y DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA DEL TRADICIONALISMO ESPAÑOL 1939 - 1966

MANUEL DE SANTA CRUZ

TOMO 22 (II)

1 9 6 0

EXTRACTO DEL INDICE DEL AÑO 1961

Actividades de la Regencia Nacional Carlista de Estella.

Documentos de la Comunión Tradicionalista.

Actos públicos y discursos.

El XXV aniversario del Alzamiento.

Necrología.

Bibliografía.

MANUEL DE SANTA CRUZ

APUNTES Y DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA DEL TRADICIONALISMO ESPAÑOL 1939-1966

TOMO 22 (II)

1960

I. S. B. N. 84-404-6242-5

Depósito legal: M. 2.269-1990 - I. S. B. N. 84-7460-035-9 - Obras completas

Gráficas La Torre - Pedro Barreda, 10 - 28039 Madrid

IX. ACTOS CARLISTAS MENORES

Acto carlista en Isusquiza.—Conmemoración de la muerte de Zumalacárregui, en Cegama; discursos de Don Antonio Arrúe y de Don Francisco Elías de Tejada.—Nueva Hermandad de Requetés.—Los Círculos Carlistas de los pueblos.—Conferencias en torno a Mella: Ciclo del «Círculo Cultural Vázquez de Mella».—Carta del Rey a Don José María Domingo-Arnáu y Rovira.—Ciclo de la Asociación de Amigos de Vázquez de Mella.

ACTO CARLISTA EN ISUSQUIZA

Este acto era el principal de los de segunda clase. Era el acto propio de la provincia de Alava, donde había arraigado profundamente. Isusquiza es un monte del municipio de Landa, que fue posición importantísima del sistema defensivo en torno a Villarreal de Alava; éste cerró el paso hacia Vitoria a un ejército rojo y separatista de diez mil hombres en una batalla famosa ocurrida alrededor del 1 de XII de 1936. Los requetés que murieron resistiendo en Isusquiza salvaron a Vitoria.

La revista «Siempre», de octubre, reproduce la siguiente crónica, tomada de la «Hoja del Lunes» (sin fecha) de Vitoria.

«Al igual que otros años tuvo lugar en el monte Isuskiza, en recuerdo y memoria de los que allí cayeron el año 1936, ofrendando su vida en defensa de España.

Un gran gentío se trasladó a dicho lugar. No solamente de Vitoria y su provincia, sino también de otras provincias próximas. Fue destacado el número de vizcaínos, y también hubo una lucida representación de navarros.

A las once de la mañana, desde Landa, se emprendió la subida

al monte, siguiendo las estaciones del Vía Crucis, cuyo ejercicio lo dirigía en cabeza don Primitivo Ibáñez, y al frente de un segundo grupo, otro sacerdote. Las banderas respectivas de cada provincia animaban a los numerosos asistentes a este singular acto, en el que el número de personas que se reunieron superó al del año anterior.

Ya en la cima del monte, se celebró el Santo Sacrificio de la Misa, que fue oficiado por don Primitivo Ibáñez, quien, después del Evangelio, pronunció unas palabras, en las que resaltó el carácter de Cruzada que tuvo nuestra guerra de liberación.

En el momento de la Comunión la recibieron muchas personas de las que se encontraban presentes en Isuskiza.

Al final de la Santa Misa se rezó un responso por cuantos en este monte cayeron. Y luego se rezó otro Padre-Nuestro en sufragio de las almas del jefe del tradicionalismo vallisoletano Don Fernando López Barranco y de don Alfonso Lascurain, de Vitoria.

A continuación hubo un acto de afirmación patriótica. En él hablaron don Carlos Pérez Echevarría, de Vitoria; don Ramón Massó, catalán, catedrático de Zaragoza; don José María Codón, de Burgos, profesor de la Universidad Central, y don José Zamanillo, de Santander.

Inmediatamente se emprendió el descenso hacia Landa, donde hubo una comida de hermandad, en la que todos los concurrentes ostentaban la boina roja del Requeté.»

CONMEMORACION DE LA MUERTE DE ZUMALACARREGUI, EN CEGAMA

«Con extraordinaria animación y gran concurencia de público se celebraron en la localidad de Cegama los actos conmemorativos del CXXV aniversario de la muerte del General Don Tomás Zumalacárregui. Comenzaron los actos con una Misa solemne, durante la cual un piquete de requetés hizo guardia junto al mausoleo y monumento del General. Seguidamente, los asistentes se trasladaron al frontón de Cegama, en donde desde una tribuna instalada al efecto hicieron uso de la palabra los señores Don Antonio Arrúe, de la Academia de la Lengua Vasca; Don Francisco Elías de Te-

jada, catedrático de Sevilla, y Don Ramón Massó» (...) «Por la tarde hubo una exhibición de bailes vascos por los cuadros de Vergara y del "Muthiko Alaiak", de Pamplona. La banda de música "San Ignacio", del antiguo (1) Círculo Tradicionalista de Plasencia de las Armas, amenizó los distintos actos, que terminaron con el canto del "Guernika'ko Arbola". (Extracto de la crónica de la «Hoja Oficial del Lunes» de San Sebastián, 27 de junio de 1960).

A continuación transcribimos los textos oficiales de los discursos de Don Antonio Arrúe y del profesor Elías de Tejada, tomados de un folleto que se editó sobre este acto. (Véase bibliografía).

PALABRAS DE DON ANTONIO ARRUE, PRONUNCIADAS EN VASCUENCE Y TRADUCIDAS AL ESPAÑOL

«Carlistas:

Corría el año de 1833. Había comenzado ya la primera guerra carlista. Un día, en un campo de las tierras de Navarra, se hallaban concentrados los voluntarios de don Carlos. De pronto, un jefe guerrero de unos cuarenta y cinco años de edad y alta graduación —patillas, boina roja, zamarra de piel de merino, mirada viva y penetrante...— surge a caballo en medio del campo. Y dirige la palabra a los voluntarios de don Carlos. El tono de su voz es a la vez firme y paternal.

Sus labios desgranan bellas palabras: Dios, Patria, Fueros, Rey legítimo... Y dicen también algo jamás escuchado en ocasiones análogas: "Desde mañana es imposible daros dos reales de prest. como se ha hecho hasta ahora; en lo sucesivo no se dará más que un real de vellón diario."

Sí, así se expresó el gran Zumalacárregui el día en que se hizo cargo del mando supremo del ejército de don Carlos.

La mayor parte de los jefes militares, y no digamos de los jefes políticos, no rebajan sino elevan, en semejantes ocasiones, la paga a sus subordinados, y además les halagan con promesas —como se dice ahora— de "enchufes" atrayentes.

Sin embargo, cuando Zumalacárregui terminó su arenga, los leales voluntarios de don Carlos, locos de entusiasmo, y lanzando al

(1) Nótese la cautela del periodista: a la sazón, y por el Decreto de Unificación de 29 de abril de 1937, no podía existir el Círculo Tradicionalista.

aire sus boinas, prorrumpieron en repetidos gritos de ¡Viva don Carlos! y ¡Viva Zumalacárregui!

Este sucedido nos muestra claramente que los carlistas de aquellos tiempos, al igual que los de ahora, no se movían en política por motivos de orden material, sino únicamente por su desinteresado amor a la bandera de Dios, Patria-Fueros, Rey.

Dios... Al igual que Zumalacárregui, los carlistas de hoy somos, ante todo y sobre todo, católicos, apostólicos, romanos.

Cuenta una leyenda que, cuando el general liberal Rodil quemó el convento de Aránzazu,

no pudiendo soportar
tan villana acción
dicen que
Zumalacárregui lloró,

como ha escrito un poeta de nuestros días.

Nosotros, los carlistas, hemos estado siempre de perfecto acuerdo con aquellas palabras memorables de Carlos VII: "Yo no daré paso más adelante ni más atrás que la Iglesia de Jesucristo.." Sin embargo, los carlistas de hoy estamos incluso dispuestos a dar un paso más adelante que la Iglesia en la llamada *cuestión social* (1).

Patria-Fueros... Con estas palabras los carlistas queremos expresar que somos españoles y españolistas; pero al propio tiempo amantes sinceros de los fueros, usos y costumbres, y lenguas de los diversos pueblos de las Españas. Para nosotros las libertades de etos pueblos, las libertades regionales, no tienen más que un límite: la unidad de la gran patria española.

Finalmente, los carlistas de hoy somos, como Zumalacárregui, monárquicos. Pero, para nosotros, no hay más Rey que el legítimo. El Rey que reúna la doble legitimidad de la sangre y del ejercicio. Para nosotros, por ejemplo, no es Rey legítimo quien no sea amante verdadero del auténtico pueblo. Ni tampoco el que no haya jurado previamente, bajo el árbol de Guernica, los Fueros del País Vasco.

Cuenta la Historia que, hallándose agonizante Zumalacárregui, le preguntaron cuáles eran los bienes que dejaba, y que el general carlista contestó: "Dejo mi mujer y tres hijas, únicos bienes que poseo; nada más tengo que poder dejar." ¡Ejemplo aleccionador para muchos gobernantes de hoy del mundo entero que no piensan sino en enriquecerse!

Pero, a decir verdad, Zumalacárregui dejó a su muerte algo más, mucho más: en primer lugar, su nombre inmortal.

Dicen unos conocidos versos de la época:

El nombre de Zumala
y su fama
se extienden lejos;
en las Cortes de los Reyes
en las villas y en los campos
¿hay alguno que no oiga
hablar de Zumala?

Y hace ciento quince años el poeta Iztueta escribía:

El mundo entero
recordará
hoy y siempre
a Zumalacárregui

Actualmente se conceptúa a Zumalacárregui como uno de los más grandes generales de todos los tiempos de Europa. Y, a mi modesto juicio, después de San Ignacio, es el hombre de más talla nacido hasta el presente, no ya en Guipúzcoa, sino en todo el País Vasco. Por ello, bien merece que se le erija un gran monumento en la capital de Guipúzcoa, en San Sebastián, al ilustre hijo de Ormáiztegui.

Juntamente con su nombre inmortal nos dejó también algo más Zumalacárregui: el ejemplo de su lealtad al Rey legítimo, sellada con su muerte.

Carlistas: hace ciento veinticinco años murió Zumalacárregui, precisamente en este mismo pueblo de Cegama. La muerte de Zumalacárregui fue una gran pérdida para la causa carlista, hasta el punto de que muchas gentes creyeron sinceramente que con ella el carlismo había dejado también de existir. Pero, a pesar de ello, y al cabo de ciento veinticinco años, aún pervive el carlismo, y por cierto con mejor salud y más esperanzas que nunca.

Y ahora, para terminar, dos palabras y un llamamiento a los que no militáis en las filas carlistas.

Al igual que los carlistas de los tiempos de Zumalacárregui, los carlistas de hoy tenemos los brazos abiertos para cuantos deseen incorporarse a nuestras filas. Para ello no es absolutamente nece-

sario que aceptéis íntegramente nuestra doctrina política. Bastará que admitáis los principios fundamentales de ella. Y si alguno, por el motivo que fuese, no se atreviere o animare a acercarse a nosotros, tenga presente que nosotros no tenemos inconveniente alguno en salir a mitad de camino en su busca.

Y vosotros, hermanos carlistas, ¡adelante! Adelante todos bajo la gloriosa bandera de Dios, Patria-Fueros, Rey que tan gallardamente enarboló el gran Zumalacárregui; bajo la bandera siempre vieja, pero a la vez siempre nueva e invariable de la Tradición. ¡Adelante siempre!»

---

(1) Este párrafo es mucho más interesante de lo que parece. Encierra una frase de Don Carlos VII que en él, y en los años siguientes y más allá del final de esta recopilación, fue manipulada fuera de su contexto y al servicio del progresismo religioso. Esta manipulación de las palabras de Don Carlos VII constituye, por su insistencia y trascendencia, una pequeña historia, aquí iniciada, a la que aportamos las siguientes precisiones:

Estas palabras de Don Carlos VII, «Yo no daré un paso más adelante ni más atrás que la Iglesia de Jesucristo», están sacadas de su contexto, que es el Manifiesto de Morentín, donde no llevaban una intención genérica y doctrinal, sino muy concreta y coyuntural. Son una respuesta salomónica a una trampa saducea. Los enemigos de Don Carlos VII le acosaban con la pregunta de qué haría, si triunfaba, con los bienes de la Iglesia arrebatados en la desamortización de Mendizábal. Si contestaba que respetaría la situación de hecho y que no obligaría a restituirlos, le acusarían de enemigo de la Iglesia. Si anunciaba que obligaría a restituirlos, se enredaba en la inmensa maraña de los intereses creados. Don Carlos, con las palabras citadas, eludió la trampa que se le tendía, magistralmente. Porque, por otra parte, la propia Iglesia en aquellos días se estaba zafando de tan espinoso asunto y había dulcificado notablemente su postura inicial.

La manipulación de esta frase se inició en los albores del Concilio Vaticano II por parte de los progresistas que se estaban infiltrando en el Carlismo, creando grandes tensiones con los carlistas no contaminados. Frente a éstos, que se aprestaban a defender la Unidad Católica, amenazada, paradójicamente, por la propia Roma, defensa que es una constante histórica del Carlismo, trataron de convencer a todos de que la defensa de la Unidad Católica no era misión sustancial de la Comunión Tradicionalista. Complicado y grave asunto, sobre el que habremos de volver varias veces en estas páginas. Pero como no podían borrar ni la historia del Tradicionalismo Español, ni el primer punto de su cuatrílema, esgrimieron con perfección de sofistas aquellas palabras del Rey: «Yo no daré un paso más adelante ni más atrás que la Iglesia de Jesucristo.» Las repitieron muchísimo en estos años con la misma intención de retirar a la Comunión Tradicionalista de la batalla de la Unidad Católica con aspecto de ortodoxia e inocencia.

El abolengo progresista de la curiosa manera de glosar Don Antonio Arrúe, en el párrafo que comentamos el primer punto del trilema, aparece inmediatamente y sin pudor cuando a continuación dice, contradictoriamente: «Sin embargo, los carlistas de hoy estamos incluso dispuestos a dar un paso más adelante que la Iglesia en la llamada cuestión social.» ¿En qué quedamos? ¿Por qué hacer una excepción con «la cuestión social» y no con la Unidad Católica?

Pues porque la «cuestión social», la «justicia social», «una más justa distribución de la riqueza» (sin definir nunca la situación justa), y otros tópicos análogos, eran ya coberturas para la infiltración de la propaganda del igualitarismo socialista, que, con la desacralización, era otro de los pilares del progresismo.

DISCURSO DE DON FRANCISCO ELIAS DE TEJADA

«Hermanos en la Causa, hermanos en la fe y en la esperanza:

No sé con qué palabras empezar después de escuchar las palabras vascas de Antonio de Arrúe en este ambiente, donde el corazón se hincha de emociones por la triple gracia del idioma, del paisaje y de la coyuntura.

Porque yo quisiera hablaros en las mismas palabras en que he oído a Arrúe decir la verdad, en esta maravillosa lengua vasca, primogénita entre las lenguas españolas, regalo de los siglos, tesoro de un pueblo, tradición viva, la que en la leyenda erudita del barroco trajo el mismo patriarca Túbal para que sus ecos sigan repitiendo al rodar por estos valles libres las palabras eternas de la libertad eúskara. Dichas por Arrúe tiene sabor de mito y nostalgias de leyenda. Y él al decirlas es la estampa rediviva de un viejo bardo de los que iban por estas montañas repitiendo los decires memorables de los abuelos, y un jaun de los que convocaban las huestes de los hidalgos que acudían a defender en los campos de batallas las causas justas que solamente los hidalgos saben defender hasta la muerte.

Y porque en este paisaje está Zumalacárregui íntegro, desde el Ormaiztegui que le sirvió de cuna, a la Segura que fue timbre de sus victorias mejores y a la de Cegama que es el relicario sagrado de sus huesos. Desde aquí se le contempla con los ojos del ensueño señor de la victoria, héroe permanente del carlismo, príncipe mayor de la historia guipuzcoana, imagen viva de lo que para todos nosotros es el ideal de la lealtad del caballero.

Y porque en esta coyuntura me es posible hablaros serenamente de corazón a corazón, a mí que vengo del otro extremo de las Españas andaluzas, pero que amo a Euskal-Erria con amor de enamorado. Quizás más fino, por la perspectiva de la lejanía, que ese otro filial que vosotros le tenéis. Porque para mí venir aquí no es venir a definir, ni a enseñar, sino a aprender. Que no en balde

un historiador del siglo XVIII, aquel Joaquín José de Landazuri que parece quiso ser el inconsciente testamentario de vuestras libertades cuando ya las batían los vientos europeizadores de Godoy y cuando iba a barrerlas la fronda liberal de Espartero, nos dejó la bárbara pero donosa etimología de que Guipúzcoa es "Egi-putzco", esto es un pedazo de verdad. Aunque para mí no es un pedazo. Es la verdad entera de las Españas; y cuando os veo aquí yo no soy más que un aprendiz de españolismo que vengo aquí para saber lo que de verdad las Españas son.

Para proceder con orden hoy yo quisiera señalaros: primero, el porqué del carlismo de Zumalacárregui; segundo, cuáles eran aquellos que han querido desvirtuar o destruir los ideales por los que Zumalacárregui luchó; y tercero, cuál es el valor de la bandera de Zumalacárregui en los días en que vivimos.

¿Cuál fue el lema por el que Zumalacárregui vertió su sangre? Esto equivale a preguntarnos: ¿por qué Zumalacárregui era carlista? Y la respuesta es: Cuando al borde del 1500 se produce en Occidente la ruptura del orden jerárquico cristiano que la Edad Media había vivido, un grupo de pueblos, capitaneados por los señores de Guipúzcoa que eran reyes de Castilla, echó sobre sus hombros la empresa fantástica de defender a la Cristiandad que moría frente a la Europa que llegaba. Fue una épica gigantesca, cuales gigantescas fueran las hazañas de nuestros mayores con las espadas y con las plumas; y para estar en forma en la empresa antieuropea, en muchos pueblos de las Españas hubieron de ser sacrificados sensibles principios de libertad en el gobierno interior, porque el estado de guerra permanente requerido por la defensa de los más altos ideales de la Cristiandad exigía subodinarlo todo a la eficacia de la guerra contra Europa. Con ello fueron perdiendo vigor muchas de las instituciones de la libertad tradicional en Aragón como en Castilla; y para colmo de males, cuando en 1700 se sienta en el trono de las Españas la nueva dinastía de la casa de Borbón, hecho que significa nuestra derrota frente a Europa y como el agotamiento nos impedía seguir luchando por los grandes ideales de la Cristiandad por los que lucharan Carlos V y Felipe II, la nueva dinastía nos trajo en lugar del restablecimiento de las viejas libertades, ya posibles por haber desaparecido las exigencias superiores de la empresa antieuropea, el remedo de las instituciones absolutistas con la que la Europa de Luis XIV nos había vencido. Y por ello en vez de asistir al restablecimiento de las Cortes castellanas y a su exten-

sión a los reinos españoles del hemisferio americano, contemplamos el triste espectáculo del aniquilamiento de las libertades catalanas y caímos en el abismo de copiar a la Europa absolutista del siglo XVIII.

De aquel aniquilamiento de los ideales de las Españas heroicas que trajo consigo la europeización absolutista implantada por Felipe V, sólo se salvaron los pueblos vascos, y entre ellos Guipúzcoa. Mientras el resto de las Españas caía en la europeización absolutista, Guipúzcoa era libre y seguía gozando de sus fueros generosos, mimada por los reyes de Castilla que eran señores de Guipúzcoa. Hasta que Espartero lo suprima en 1841, vigía en Guipúzcoa la máxima garantía de vuestras libertades, el pase foral para las leyes dictadas por los reyes, desde que Enrique IV lo reconoció el 27 de noviembre de 1473. Todos parecían seguir la pauta de afectos dictada por Fernando el Católico cuando escribía el 18 de junio de 1476 a sus leales guipuzcoanos ser su intención "non vos agrabiar en cosa ninguna salvo guardarvos en toda via fidalguía e libertad como a mis buenos e leales fidalgos vasallos e vos entiendo gratificar en gracias e mercedes e libertades sobre las que tenedes, porque de esa provincia tengo más cargo que de otras provincias nin lugares de mis reinos". Es la misma atención con que mira Felipe II las cosas guipuzcoanas cuando en 1589 impone la obligatoriedad del juicio de residencia a los corregidores, el 24 de agosto de 1560 confirma no cobrará en la provincia más tributos que el de las alcabalas y el 16 de septiembre de 1597 reconocía la exención militar llamando a los guipuzcoanos a la guerra "por vía de aviso y de adelantamiento y no de orden". No de otra manera tampoco, ya en los momentos más duros del siglo XVII, Felipe IV hace abolir el 31 de marzo de 1634 el estanco de la sal introducido en 1631; en 1640 anula el adelantamiento otorgado al conde duque de Olivares; y en 26 de julio de 1647 ordena la voluntariedad de las levas de marineros por "el amor y celo con que dicha provincia se desvela en mi servicio".

Era la más noble de las pugnas entre el rey y su pueblo de Guipúzcoa: la pugna de las generosidades. Por eso, siendo la ordenación política de Guipúzcoa auténticamente libre por ser auténticamente tradicional, fue carlista en la coyuntura del siglo XIX. Es que Guipúzcoa conocía en qué consiste la verdadera libertad política y no se deja engañar por las libertades mentidas de la revolución francesa. Mientras el hombre de Madrid o de Sevilla tenía en 1812 que elegir entre la libertad abstracta de la revolución y el

absolutismo de los reyes, el hombre de Guipúzcoa, que no había perdido el sabroso goce del uso de sus fueros y sabía en consecuencia en qué consiste la verdadera libertad política, tenía por término de elección la libertad abstracta de la revolución frente a las libertades concretas de la tradición. Engañados por la ignorancia de las verdaderas libertades políticas, las gentes de Madrid o de Sevilla optaron por la libertad revolucionaria; conocedores de las libertades políticas, las gentes de Guipúzcoa no se dejaron seducir por la sirena de las mentirosas libertades nuevas y eligieron la libertad verdadera de sus fueros. Por eso Guipúzcoa fue carlista y por eso fue carlista Zumalacárregui: porque sabían dónde estaba la verdadera libertad política.

Contra estos ideales del carlista Tomás de Zumalacárregui se han levantado dos enemigos: el canovismo liberal y el nacionalismo.

Yo sé que se habla hoy de un retorno al canovismo liberal que vuelva a armonizar la verdad con la mentira en otro ensayo paralelo al que realizó Cánovas del Castillo. Pero sé también que vosotros no escucharéis esas palabras falsas, porque vosotros sois un pueblo de hidalgos y un hidalgo no puede besar la mano de sus verdugos; y ¿qué fue Cánovas sino el verdugo que asesinó las libertades de Guipúzcoa?

Otro enemigo fue el nacionalismo, a quien hay que reconocer el acierto de haber proclamado la unidad externa de los destinos de los seis pueblos de Euskal-Erria; pero que cometió el error filosófico de confundir al nacionalismo con el tradicionalismo y el error histórico de ignorar la historia vasca.

Filosóficamente los nacionalistas son unos retrógrados, unos trasnochados, porque el nacionalismo no es más que la aplicación al campo del derecho político de la concepción positivista del mundo y de la historia; es definir a los hombres por el color de la piel o por la estructura de la sangre, por el monte o por el río; y desde Dilthey acá la misma filosofía europea ha venido a reconocer una verdad que los tradicionalistas teníamos de siglos más que sabida: la de que el hombre es un ser histórico; la de que la que nos define es la historia, la de que somos lo que somos merced a la tradición que sobre nuestros hombros pesa, la de que somos lo que somos porque incorporamos una historia viva, la de que el hombre es tradicionalista si quiere sencillamente ser hombre.

Por lo que toca a la interpretación de la historia de Guipúzcoa los nacionalistas cometieron tres errores fundamentales: disociar al

carlismo de las libertades vascas, suprimir la realidad histórica de Guipúzcoa y contraponer Guipúzcoa al resto de los pueblos españoles.

Cuando todo ello era pura falsedad. Porque la unión entrañable de los fueros guipuzcoanos con la causa carlista fue la reacción natural de un pueblo español contra la extranjerización liberal; que antes del planteamiento de la cuestión dinástica, desde su cuartel general de Tolosa, el 30 de noviembre de 1833 el general isabelino Castañón daba un bando suprimiendo las fueros de Guipúzcoa.

El segundo error nacionalista fue olvidar que si bien las suertes de Guipúzcoa han corrido siempre paralelas a la de sus otros hermanos vascos, fue la provincia un cuerpo político con personalidad aparte. Los doce cañones de vuestro escudo recuerdan la victoria de Belate sobre vuestros hermanos navarros; y nada menos que el padre Manuel de Larramendi compuso en 1754 uno de los libros más famosos de vuestra literatura, la *Corografía de Guipúzcoa,* para protestar contra el hecho de que desde fuera se os confundiese con los vizcaínos.

Finalmente fue error gravísimo contraponer Guipúzcoa a Castilla, siendo así que Castilla es la heredera directa de las maneras políticas vascas. Porque así como Asturias y León significan la reconquista de sello toledano y la continuidad de las temáticas políticas visigóticas, Castilla es la reconquista al estilo vasco hecha por gentes que frente a León no quieren saber del *Fuero juzgo* para juzgarse por sus «fazañas» iguales a los usos consuetudinarios vuestros, que hablan un idioma donde perdura la jota vasca y ha desaparecido la efe de las bocas toledanas, y donde los jueces son el retrato fiel de los señores que regían vuestros valles.

Mucho más que no hay una gloria de Guipúzcoa que no sea también una gloria española. Mientras los vascos de ultra-Pirineos, oprimidos por Francia, no han pesado nada en los destinos franceses, vosotros os nimbásteis de gloria sirviendo a vuestros reyes españoles. Apenas tuvo lugar la unión voluntaria con Castilla y ya en 1227 milicias guipuzcoanas y alavesas caían sobre Baeza para clavar en ella la cruz de Cristo. ¿Y no eran guipuzcoanas las huestes que acaudilló don Beltrán Vélez Ladrón de Guevara sobre Algeciras en 1444? ¿No acudísteis dos mil a Toro al lado de vuestros reyes en 1476, mientras Juan López de Lazcano y Juan Gamboa se unían en el servicio real para defeder a Fuenterrabía dando por enterradas en la gloria de las Españas grandes las mi-

núsculas y sangrientas enemistades de gamboinos y oñacinos? ¿Y no fue universal por española aquella tercera década del siglo XVI, la más brillante de la historia de Guipúzcoa, cuando Juan Sebastián Elcano redondeaba guipúzcoana y españolescamente al mundo, mientras Juan de Urbieta humillaba la soberbia de Francisco I de Francia delante de los muros de Pavía y Martín de Rentería derrotaba hasta diecisiete naves de Barbarroja con sólo su galeón en aguas ibicencas, trocando espumas de sangre el nombre casi vasco de la isla de Ibiza? ¿No servían a su rey las mesnadas de Juan de Vega y Sancho de Leiba en 1542 en San Juan de Luz, tal como le sirvieron los doscientos treinta paladines que dos generaciones anteriores Diego de Figueredo había conducido al asalto de Granada? ¿No eran españoles de alma nobilísima aquel Juan de Isasti, de Rentería, que hincó el pendón real sobre las murallas de Bujía delante de los ojos de Carlos V, o aquel Tristán de Ugarte, de Oyarzun, que coronó el primero la Goleta tunecina en la presencia de don Juan de Austria? En las Gravelinas como en Portugal, en todos los campos de batalla de las Españas, Guipúzcoa selló su pacto de sangre para ser eternamente española. En las últimas horas de la decadencia, ¿no estuvo en 1638 firme en Fuenterrabía o en 1703 en Cartagena de Indias para manifiesto de su decidida hermandad española, tan honda que era la hermandad suprema de la alegría y de la tristeza, de la victoria y de la derrota, de la verdad y de la esperanza, del amor y de la muerte?

Frente al canovismo y al nacionalismo seamos fieles a los huesos sagrados de Zumalacárregui y aquí, a la vera de ellos juremos fidelidad a los ideales que él sirvió. Como en el viejo refrán de Esteban de Garibay, juremos ser lo que somos: «Garean, gareana legez». Recojamos del nacionalismo el impulso a la unidad vasca y recabemos el españolismo de las dos tribus que Francia domina de Lapurde y de Zuberoa, y de ese pedazo de tierra navarra que es la sexta merindad de Ultrapuertos (1). Exijamos el retorno de las sagradas libertades concretas de los fueros, cauce del quehacer individual y barreras contra los abusos. Sirvamos a Dios, a la Patria y al Rey con la lealtad con que Zumalacárregui los sirvió. Y que podamos decir a nuestros hijos somos la generación que reconstruyó las libertades de Guipúzcoa, que restauraó

(1) Este planteamiento es originalísimo; nunca hallé nada semejante en parte alguna. Conviene guardarlo celosamente por si se dan unas circunstancias que permitan airearlo.

las Españas y que forjó la unidad de Euskal-Erria librándola de la opresión francesa.

Esa es nuestra bandera, la bandera de Tomás de Zumalacárregui, la bandera eterna de los hidalgos del solar de Guipúzcoa. Por Dios, por la Patria y por el Rey murió Zumalacárregui; Por Dios, por la Patria y por el Rey lucharon nuestros padres; por Dios, por la Patria y por el Rey lucharemos nosotros también.»

NUEVA HERMANDAD DE REQUETES

Tomamos de la revista *Siempre,* de octubre de 1960, el siguiente texto:

«Nuestros ex-combatientes, los que sobreviven de aquellos que lucharon en los campos castellanos aledaños de Aragón, bajo las banderas de los Tercios de «María de Molina», «Marco de Bello» y «Guerrillas del Alto Tajo», han formado una hermandad que ha proclamado como patronos a Nuestra Señora de la Hoz, de Molina de Aragón y Santiago Apóstol, que se venera en Caminreal (Teruel).

El día 18 de septiembre se congregaron en el Santuario de Nuestra Señora de la Hoz, muchos requetés que oyeron misa, en la que predicó el que fue pelayo, Reverendo don Luis Ruiz Galiana, cantando las glorias de la milagrosa Virgen, tan venerada en los pueblos del antiguo señorío de los Laras, y excitando a todos a que siguieran fieles a las doctrinas de la Iglesia y propagasen el credo de las patrias tradiciones. Terminó la función religiosa con responsos y oraciones por los que murieron en la guerra y por todos los que, después de ella, dieron su tributo a la muerte.

Después de la misa, se reunieron en los Salones de la Hospedería y, tras un emocionado y elocuente discurso del Coronel Ruiz, que fue jefe y fundador de los expresados Tercios y Guerrillas, entusiásticamente ovacionado en varios momentos de su alocución, se tomaron diversos acuerdos; entre ellos, la constitución de la siguiente Junta Directiva de la Hermandad:

Presidente, don Luis Ostalé Gómez, de Guadalajara; vicepresidente, don Mariano Pareja, de Sigüenza; secretario, don Higinio Bu-

son, de Molina; tesorero, Sr. Malo; vocales, los señores Izquierdo de Guadalajara; Arpa, de Caminreal; Muela, del Villar de Cobeta; Ríos, de Teruel, y Ruiz, de Madrid; con delegaciones desempeñadas por el Sr. Delgado, de Orihuela del Tremedal y Bugeda, en Molina de Aragón.

Después de admirar el grandioso barranco de la Hoz, uno de los más pintorescos paisajes de España, marcharon muchos de ellos a la ciudad de Molina, donde celebraron una comida de Hermandad.

El entusiasmo de los veteranos requetés fue extraordinario, vitoreando a la Causa y al Rey.

Entre los acuerdos que se tomaron, fue uno de ellos el que el próximo año se celebre una concentración en Caminreal (Teruel), con ocasión de la celebración de la fiesta del segundo de los patronos de la Hermandad, a cuyo acto podrán asistir cuantos correligionarios lo deseen.»

LOS CIRCULOS CARLISTAS DE LOS PUEBLOS

La emigración del campo a la ciudad y la decadencia, despoblación y aun total abandono de los pueblos pequeños era un importante fenómeno sociológico que se iniciaba aquellos años en toda España.

Los pueblos eran muy queridos del Carlismo no sólo por consideraciones doctrinales, sino también por recuerdos históricos. Los pueblos, mucho más vivos e importantes en años anteriores y en el siglo pasado, y aun en la Cruzada de 1936, habían sido un reservorio humano importantísimo y también espiritual, porque en su vida local se guardaba la memoria de anécdotas y de pequeños personajes carlistas que en ellos nacieron y lucharon. En líneas generales, se podría decir que en la Cruzada de 1936 los campesinos católicos de los pueblos detuvieron a los proletarios rojos de las ciudades.

Correlativa a la decadencia de los pueblos era la decadencia de sus propios Círculos Carlistas.

La decadencia de los pueblos y de sus círculos carlistas se refleja en este párrafo del acta de la Junta de Guipúzcoa de 18 de diciembre de 1960:

«El Sr. Zuazola explica que dadas las buenas relaciones de los dirigentes de la Comunión de esta provincia con las autoridades, es muy factible conseguir autorización para la apertura de tres o cuatro círculos, bien bajo la fórmula de hijuelas del Círculo de España, de San Sebastián, bien dentro del Círculo Cultural Vázquez de Mella, de Madrid, bien con carácter local. Ahora bien, el problema que se plantea en los pueblos es el de encontrar locales adecuados y medios económicos para pagar la renta y el sostenimiento; la autorización, por lo menos para unos pocos círculos, es fácil. Se acuerda que las Juntas Locales a las que interese la apertura de Círculos, se dirijan a la Junta Regional; ésta les ordenará y gestionará la autorización.»

CONFERENCIAS EN TORNO A MELLA

En el tomo XX, 1958, págs. 119 y ss., hemos reseñado la inspiración, nacimiento e interpretación política de las asociaciones «Círculo Cultural Vázquez de Mella» y «Asociación de Amigos de Vázquez de Mella». Fracasados los intentos de fusión de ambas entidades (pág. 127 del tomo XX), las encontramos en 1960 en plena actuación en Madrid, con sendos ciclos de conferencias, en parte superpuestas, algo rivales, como ellas mismas, y que tuvieron como rasgos comunes:

Oradores de primera categoría, carlistas en el ciclo del «Círculos» y simpatizantes extracarlistas de la clase política en el ciclo de los «Amigos» —salones también de primera categoría—. Resonancia en prensa y radio, con mayor apoyo de los recursos del Movimiento a los actoros organizados por el «Círculo»; las «Asociaciones del Movimiento» publicaron en su «Colección Acueducto» un folleto con las conferencias del «Círculo». Temas políticos actuales, tratados con altura, costituyendo un desmentido a la pertinaz maledicencia de siempre de que el Carlismo era un asunto solamente religioso, guerrero y navarro, sin contenido político.

Esta notable presencia cultural en Madrid, que es donde se conquista el Poder, tuvo algo de la anhelada alternativa y complemento a la presión política de las grandes concentraciones rurales y provincianas. La selección de oradores y las asistencias, nutridísimas, mostraron que el Tradicionalismo tenía muchísimas simpatías. Pero esas simpatías, que eran necesarias, no eran suficientes.

La revista «Siempre», de abril y de mayo de 1960, publica reseñas de algunas de estas conferencias, que son las siguientes:

1.ª Conferencia: D. Agustín de Asís, Catedrático de la Universidad de Granada, sobre el tema: «Individuo, sociedad y Estado».

Comenzó el conferenciante diciendo que para Vázquez de Mella la consideración del hombre es determinante de la concepción política. De esta forma, frente al concepto absoluto del hombre, que da lugar a los totalitarismos y a las democracias liberales, Mella opone la concepción del hombre concreto. Este hombre concreto está determinado por sus circunstancias histórico-especiales, siendo éste el eje de una doble consideración sociológica y política.

La sociedad, por tanto, no puede enfrentarse al individuo, como realidad radicalmente separada de él. El hombre lleva en sí mismo la sociedad, que en consecuencia aparece tan inmediatamente como la misma realidad humana. De aquí que las sociedades histórico-naturales se originen con una necesidad natural, y su fin sea también natural dentro del orden dinámico de la perceptibilidad humana. Con ello debe entenderse que en toda sociedad histórico-natural, lo primero debe ser su personalidad o formalidad jurídica, y que de acuerdo con este orden de perfectibilidad humana se estructura una jerarquía natural de sociedades, que a su vez se clasificarán, diferenciándose, en complementarias y derivativas, según que sus fines sean autárquicos en sí o estén dirigidos al cumplimiento de un fin natural.

Frente a esta realidad natural, que es la Sociedad, está su forma jurídica, que es el Estado. La unidad entre estos tres conceptos —individuo, sociedad, Estado— se puede comprender en un consenso expresado por alguna forma del amor.

2.ª Conferencia: Don José María Codón, Abogado y profesor de la Universidad de Madrid, sobre el tema: «Municipio y Región».

Para el conferenciante, el Municipio y la Región son la clave del pensamiento de Mella, que las concibió como entidades naturales e infrasoberanas dotadas de autarquía.

El Municipio es anterior al Estado y al Tiempo, así como a la nacionalidad, en la Historia, aunque se haya dicho que pertenece al género histórico del Derecho Administrativo y tiene una sustantividad que debe traducirse en la esfera representativa y en la económica.

Estudió el Municipio tradicional, integrado por representaciones de los cabezas de familia y de las entidades culturales y económicas, como mantuvieron todos los pensadores tradicionalistas del siglo XIX y defendió Mella con fórmulas que hoy inspiran las más modernas teorías administrativas. El corolario de este pensamiento tradicionalista es la estructura municipal no uniformista.

En cuanto a la Región, tiene la novedad de ser un campo actualísimo de estudio e investigación. Las regiones no son parcelas variables de un mapa, sino personalidades acusadas dentro de una demarcación natural. El conferenciante estudia seguidamente el error centralista, derivado del concepto napoleónico, y ataca al error separatista, que considera a las regiones como personalidades propias con total autonomía. El equilibrio entre estos dos errores está en el regionalismo nacional de cuño tradicional: «España es una en su esencia y diversa en sus regiones».

Finalmente traza el cuadro orgánico de la Región, apoyándose en la doctrina de Vázquez de Mella, y señala como grandes países, como es el caso de Estados Unidos en su estructuración política, se inspiraron en el régimen de la Monarquía Tradicional española, de la que fue insigne adalid el gran tribuno Don Juan Vázquez de Mella.

3.ª Conferencia: Don Francisco Elías de Tejada, Catedrático de la Universidad de Sevilla, sobre el tema: «Representación política y Cortes tradicionales». Comenzó el conferenciante dedicando un emocionado recuerdo a la obra y persona de Vázquez de Mella, «ante cuya doctrina es necesario descubrirse como ante la estatua del honor». Calificó a Mella de «gran poeta cantor de las Españas, porque él fue quien descubrió la vena de la Tradición oculta en el ser hispánico», viendo cómo a lo largo de su obra logra unidad política la diversidad española.

Analizó a continuación el concepto tradicional de la representación política, señalando cómo Mella parte de la idea del hombre-concreto, para estructurarse organizadamente, frente al liberalismo y libremente ante el totalitarismo. Distinguió dos clases de representaciones: la de las Cortes, o de la Nación, y la permanente de la Corona, propia de la continuidad histórico-política.

Analizó el origen histórico de la idea de libertad política, poniendo de relieve la madurez política de los pueblos de las Españas, enseñados desde antiguo a ser libres. Teoría de la defensa de la libertad, que tuvo su origen en nuestra Patria, y no, como erróneamente se cree, en la Inglaterra victoriana.

Mostró la necesidad que el pueblo tiene de sentirse tradicionalista por la doble condición de católicos y de españoles, ya que la libertad liberal del error y la democracia política fueron condenadas por diversos textos pontificios, así como por la incompatibilidad entre la concepción católica de la trascendencia teológica del yo, en el tema de la salvación eterna, con las teorías totalitarias de matiz hegeliano.

Finalmente se refirió al carácter de libertad y representación que inspira el tradicionalismo español a las Instituciones políticas.

4.ª Conferencia: Don Angel Zubiaur abogado, licenciado en Filosofía y Subdirector de Hacienda de la Diputación Foral de Navarra, sobre el tema «Los fueros, como libertades concretas».

Frente al idealismo apriorístico, que engendra la doctrina del hombre-abstracto, el pensamiento español se apoya en el realismo tomista que parte de la consideración del hombre concreto. Expone luego el contraste entre la Monarquía liberal, centralizadora, y la Monarquía tradicional, vinculada a los Fueros como sistema de libertades concretas. Vázquez Mella fue el gran sistematizador del Regionalismo, cuya fundamentación filosófica-jurídica expone el Sr. Zubiaur con gran claridad y precisión. Expone la evolución del hombre concreto, pasando por las sociedades infrasoberanas, hasta llegar al Estado, distinguiendo entre los dos conceptos de soberanías social y política, fundamentales para comprender el pensamiento tradicional y que magistralmente explicó Mella.

El Estado debe respetar las soberanías sociales, poniéndose a su servicio y coordinándolas jerárquicamente, sin intentar sacrificarlas a su deificación. El foralismo es precisamente la forma equilibrada y justa entre las dos soberanías, la social y política y la doctrina foral se ve confirmada por la historia, la geografía y la psicología.

El Sr. Zubiaur desciende con Mella a la aplicación del programa foral a los Ayuntamientos y a las Regiones, señalando el alcance y las formas de las autarquías municipales y regionales y exponiendo la forma de estructurarse las Regiones. Para Mella el Regionalismo es el remedio a los problemas políticos, sociales y económicos de España, a la que concibió como una Federación histórica, no revolucionaria, entre las Regiones, gobernada por la Monarquía.

5.ª Conferencia: Don Miguel Fagoaga, Abogado y Procurador en Cortes, sobre el tema: «La doctrina social de Mella».

Comenzó el orador por destacar la importancia de Mella para los hombres de nuestro tiempo, y de una manera especial para

la juventud, ávida de soluciones concretas y auténticas. Citó textos de Pradera, Bilbao, Maeztu, Herrera Oria, Duque de Maura y Sainz Rodríguez, quien dice que en esta era institucional la palabra y la doctrina de Vázquez de Mella deben ser cruz y guía para los españoles.

Afirmó que ya el Cardenal Pacelli, posteriormente Pío XII, elogió a este gran pensador, que tanto trabajó para defender las doctrinas y las verdaderas tradiciones católicas españolas, y cuya lectura consideró de gran provecho en estos tiempos.

Presentó a Mella en toda su autenticidad ideológica para evitar omisiones y falsificaciones, e hizo un detenido examen de su intransigencia doctrinal y dinástica.

Seguidamente expuso el pensamiento de Mella respecto a puntos tan importantes como cuestión social, el trabajo, el contrato de trabajo, el salario, la propiedad, la desamortización, el capitalismo, los sindicatos, la seguridad social, etc., y analiza las críticas del insigne pensador sobre el liberalismo y el marxismo, así como la defensa que hizo del orden social cristiano, institucional, de acuerdo con la doctrina social de la Iglesia. «Se trata —dijo— de la única solución que puede permitir a los españoles contemplar con tranquilidad el futuro político de España.»

Conferencia de Don Claro Abánades.

El Sr. Abánades inició su disertación destacando a Vázquez de Mella como genio de la oratoria, resaltó su figura en los atisbos y aciertos que tuvo vaticinando los grandes acontecimientos, que años después se cumplieron al pie de la letra.

Dijo que Mella se indignaba cuando le atribuían el don de profecía, pues únicamente admitía que, como conocedor, por sus estudios, del rumbo que llevaba la política de las naciones, consideraba fácil con premisas claramente asentadas, preveer las consecuencias.

De ese modo, en el año 1896 anunció la guerra con los Estados Unidos en pleno Congreso de los Diputados, con la pérdida en 1898, del resto de nuestras colonias de América y Oceanía. No se equivocó al predecir la guerra de los Balcanes y sostuvo que aquel conflicto desembocaría en la guerra europea.

Acertó también al predecir el triunfo del comunismo en Rusia y en China, así como el derrumbamiento de las tres grandes Monarquías del mundo: la de los Zares y la de los Imperios de Alemania y Austria.

Al conocer el resultado del Tratado de Versalles sostuvo que no se había llegado al epílogo de las contiendas bélicas, sino que aquello era todavía el prólogo de otra guerra más aterradora, porque el odio entre vencedores y vencidos encendía en las almas hondos rencores.

Aseguró que España sería dominada por el desorden y la anarquía, pero que sería liberada por su glorioso Ejército y por los hombres que sostenían la bandera de las tradiciones patrias, en unión de otras fuerzas sanas que se aprestarían a luchar contra la revolución marxista.

También fulminó sentencia de muerte contra el parlamentarismo, y el liberalismo, que igualmente se cumplió.

Conferencia de Don José Luis Barceló.

Inició su conferencia el Sr. Barceló dedicando un recuerdo a los anteriores conferenciantes, especialmente a los Sres. Elías de Tejada y Abánades, Vicepresidente y Presidente, respectivamente, del «Círculo Cultural de Vázquez de Mella», «pues —dijo— su tema tenía numerosas coincidencias con lo expuesto por dichos señores en sus conferencias: «Representación política y Cortes Tradicionales», y «Predicciones», ya que la doctrina económica de Vázquez de Mella estuvo vinculada a sus ideas sobre la representación política y corporativa, y a los vaticinios que en forma de «Dogmas nacionales» expuso repetidas veces.»

Dentro de éste aspecto, examina los puntos económicos en las relaciones con Portugal, Marruecos, las Naciones de América, que Vázquez de Mella expuso como los pilares de una sabia política económica y de amistad para unos y otros.»

CARTA DEL REY A DON JOSE MARIA DOMINGO-ARNAU Y ROVIRA

A propósito de los Círculos Mella, Don Javier escribe a Don José María Domingo-Arnáu y Rovira la carta que sigue, publicada en «Boina Roja» de julio-agosto de 1960 bajo el título de «Carta del Rey». Dos cuestiones importantes se encuentran en ella. Una, la invitación a corregir la desproporción entre los elementos cultos y la masa en el Carlismo (véase también en la página 265 de este

mismo tomo el subtítulo «El Carlismo y la Universidad de Navarra»). Esta desproporción se daba también en los demás grupos políticos; a los rojos les había costado perder la guerra, pero a la sazón la corregían rápidamente, dedicándose a los universitarios y titulados superiores. En cambio, los pequeños grupos seguidores de Don Juan de Borbón no solamente no la padecían así, sino que la padecían en sentido contrario, es decir, que estaban formados por personas calificadas pero sin masas.

La alusión a la nueva Europa es importante. Don Javier piensa constantemente en la situación internacional. Pero se observa un sutil giro en su pensamiento en el período que historiamos: antes, hablaba de rehacer la Cristiandad; ahora, de representar a España en una «nueva Europa», extraña.

«Bost Bessón Allier, 13 de junio de 1960.

Muy querido José M.ª Arnau y Rovira:

Mucho agradezco tu carta del 6 de junio y los informes que me comunicas relativos al Círculo «Juan Vázquez de Mella». Estoy muy satisfecho de su buena marcha y de la abnegada labor de la Junta Directiva, y de corazón te felicito, así como al Presidente y a todos los socios de la organización, por las actividades con las que habéis dado vida y auge al Círculo, en tan breve tiempo de existencia.

Es una excelente propaganda en las esferas intelectuales, que el Carlismo necesita. Tenemos una masa magnífica en el pueblo, y es preciso formar y adoctrinar los elementos intelectuales para las luchas políticas, que inevitablemente se preparan en la nueva Europa, donde necesitamos carlistas que representen a la verdadera España.

Agradeciéndote tu admirable trabajo y el éxito del Círculo, por tu excelente labor, quedo tuyo afectísimo,

JAVIER»

CICLO DE LA «ASOCIACION DE AMIGOS DE VAZQUEZ DE MELLA»

Apenas la revista «Siempre», del mes de abril, inició la publicación de las actividades del Círculo Cultural Vázquez de Mella, la asociación paralela «Asociación de Amigos de Vázquez de Me-

lla» le remitió, con ruego de publicación, una nota acerca de sus actividades, que la revista acogió en su número de mayo.

La nota se refiere al éxito de su ciclo de siete conferencias sobre la teoría de la sociedad en Vázquez de Mella. Lo inauguró el 24 de febrero Don Manuel Fraga Iribarne y fue clausurado por Don Blas Piñar. Participaron en él, además, don Federico Silva Muñoz, Don Vicente Marrero Suárez, Don Landelino Lavilla, el Dr. Blanco Soler y Don Juan Comenge, ahigado de Mella. La Asociación de Amigos estaba realizando, además, otras gestiones variadas para la exaltación de la figura de Vázquez de Mella.

X. ACTIVIDADES ESTUDIANTILES

Conducta de A.E.T. ante la presencia de Don Juan Carlos en la Universidad.—Circular del secretario nacional al empezar el curso 1960-1961. — Desviaciones ideológicas. — El Carlismo y la Universidad de Navarra.

CONDUCTA DE A.E.T. ANTE LA PRESENCIA DE DON JUAN CARLOS EN LA UNIVERSIDAD

Como un principio militar perenne es que no hay que perder el contacto con el enemigo, los carlistas no le quitaban el ojo a Don Juan Carlos de Borbón. Recibió éste su despacho de teniente en la Academia General Militar de Zaragoza en diciembre de 1959, y los dirigentes carlistas empiezan el año enviando a Franco un escrito de protesta por este nombramiento y por un discurso del ministro del Ejército, general Barroso; pensaron imprimir y difundir este escrito, pero en el último momento se abandonó este proyecto, sin que el recopilador sepa por qué.

Los jóvenes de A.E.T. repartieron en todas las universidades españolas unas octavillas protestando por la aparición de Don Juan Carlos en la Universidad de Salamanca. Luego desapareció de la escena y reaparecía viajando por España y en San Sebastián.

El 29 de marzo de este año de 1960 se celebró una entrevista de Don Juan de Borbón y Battenberg con Franco, de la que damos cuenta en el tomo 22-(I), para tratar de la educación del príncipe Don Juan Carlos.

Al comenzar el curso 1960-1961, Don Juan Carlos acudió irregularmente, algunos días dispersos, a la Universidad de Madrid (Fa-

cultades de Derecho y de Filosofía y Letras) y fue acogido con abuncheos, gritos y manifestaciones de protesta. Los periódicos de Madrid nada decían sobre esto. Estaban, como los de toda España, sometidos a una censura férrea y a la inserción obligatoria de textos enviados por el Ministerio de Información y Turismo. Tampoco decía nada la modestísima prensa carlista semiclandestina. Esto último es mucho más extraño. Los propios carlistas no universitarios de Madrid apenas tenían noticias de este asunto, y solamente por el conducto vulgar de conversaciones casuales con personas no calificadas; diríamos que por rumores.

Se comprendía que cuando Don Juan Carlos vivía en las Academias Militares los carlistas no pudieran manifestarse violentamente y sobre el terreno contra su presencia por la misma condición militar de su persona y de las instalaciones en que se le podía ver. Pero en la Universidad, esas dificultades no existían y, por otra parte, la situación política del pleito dinástico empeoraba para los carlistas de manera alarmante. Era de evidente necesidad, un compromiso ineludible, dar una gran batalla, a vida o muerte, cuanto antes. Hubo unas algaradas, como para cumplir, pero es de toda evidencia que no se dio una gran batalla de desgaste. La Comunión Tradicionalista no se empleó a fondo. ¿Por qué? ¿Cómo? El recopilador no ha encontrado ningún documento que explique este asunto global y racionalmente. Pero puede aportar para su estudio algunos recuerdos personales, bien que insuficientes.

Tres factores parecen claros: a) el deseo de no irritar a Franco; b) la propia debilidad, y c) la deslealtad de algunos dirigentes. Los tres factores eran convergentes.

a) Franco llevaba personalmente todos los asuntos de España con una minuciosidad y a niveles propios de un buen sargento; tenía una memoria prodigiosa que, curiosamente, no han comentado sus biógrafos. Mucho más le ocupaba este asunto de la educación y de las idas y venidas del príncipe Don Juan Carlos. Era una cuestión personal suya que recordaba el certero comentario que alguien hizo de su mando de la Academia General Militar; el cierre de aquella Academia por la Segunda República fue como quitarle un juguete. La política de colaboración de Don Javier con Franco, tan firmemente decidida y sostenida, tenía la ventaja de una mayor libertad de manifestaciones y de propaganda —actos públicos, publicaciones— de un Carlismo mutilado; y tenía el inconveniente, además de las omisiones mutilantes, de engendrar un conformismo

con cuanto Franco quisiera, y la idea de evitar la ruptura con éste a cualquier precio, porque —decían— no había otra línea política posible que esa, carísima, de la colaboración.

b) Por otro lado, se hacía virtud de la necesidad de ocultar la propia debilidad. Se celebraban vistosos actos públicos; su número y magnitud crecían. Pero dejando a los asistentes, que a nada se comprometían, los mandos naturales y formales, y a todos los niveles, se daban cuenta de que tales actos ya habían dado todo lo que podían dar de sí y no conducían ya a nuevos avances; comprendían, también, que Franco no había correspondido a la política de colaboración de manera clara, sincera y eficaz; antes bien, en el pleito dinástico, esencial, se decantaba claramente hacia el enemigo; se había llegado a un punto muerto que no era el de consolidación de la victoria. Solamente quedaba la esperanza, débil, de poder hacer cambiar a Franco de manera de pensar. Esta situación producía dos efectos: no se incorporaban nuevas vocaciones políticas y las existentes se enfriaban o desertaban de manera visible o en secreto. En resumen: no tenía la Comunión Tradicionalista la fuerza que aparentaba ni la necesaria para montar y sostener una agitación de magnitud tal que hubiera llevado a Franco a su fórmula favorita de no dar la razón ni a unos ni a otros y de hacer un planteamiento nuevo y distinto con exclusión de esos pretendientes.

c) No podemos silenciar aquí una cuestión importante difícil de probar y de concretar, a la que habremos de volver. Es la deslealtad de algunos dirigentes. Era disimulada y sutil, pero ciertísima. No se trataba de un coeficiente de deslealtad en provecho personal, tan universal que es conocido y tolerado. Sino de deslealtad hacia la Comunión Tradicionalista en beneficio de otras organizaciones, grupos o proyectos ajenos a ésta, y en los cuales milita aquel dirigente que en realidad es un infiltrado, que está sin ser, para instrumentalizar su actividad u organización visible al servicio de otra organización ajena e invisible, aunque no del todo desconocida. Si algún día los moralistas estudian en serio la sociología de las asociaciones políticas y la guerra psicológica, nos informarán si esto de la infiltración para desviar recursos ajenos, de su propia naturaleza, es moralmente lícito para católicos selectos.

El hecho fue que varios dirigentes de A.E.T., en lugar de acosar a Don Juan Carlos en la Universidad, como correspondía a su deber, se dedicaban en aquellos días a zascandilear en áreas del organigrama de la Comunión Tradicionalista que no eran las suyas, con

una dedicación que hacía pensar que aquello no era un entretenimiento ilícito, sino un espolio de la Comunión Tradicionalista en beneficio de alguna organización ajena a ella. Además, hacían gala en momentos oportunos de tener a su disposición grandes recursos para solucionar los problemas. En esta actitud viciosa les sostenían casi todos los miembros de la secretaría de Don Hugo, cuyas actividades también rebasaban llamativamente sus modestas actividades oficinescas; y más claramente, a veces, el propio Don Hugo, que rompía sus propios organigramas creando tensiones y desorganizando la Comunión Tradicionalista. En las incursiones de dirigentes de A.E.T. por el asunto de moda entonces en Madrid, la guerra de Argelia, les daba cobertura Doña María Teresa de Borbón Parma, que intervenía en esto por su cuenta. El hecho fue que la oposición del Carlismo a la presencia de Don Juan Carlos en la Universidad no pasó de simbólico y de ineficaz.

La tropa harkeña de los muchachos de A.E.T. de Madrid recibía confidencias oportunas envueltas en misterio de las apariciones próximas en la Universidad de Don Juan Carlos para que pudieran organizar algaradas. No había aparición del pretendiente liberal sin la correspondiente algarada; pero al cabo de algunas de éstas a los chicos de A.E.T. se les acabó su «tiempo de fuego», se cansaron, y el pretendiente liberal, no; y siguió, ya tranquilo, dueño del campo.

Además de la precisión de los avisos confidenciales dichos, llama la atención que esas algaradas no fueran reprimidas nunca por la fuerza pública ni por la policía más que en unos grados ínfimos inevitables, pero sin detenciones ni multas, que en otros episodios eran constantes y duras. Quedan esas dos circunstancias abiertas a más documentadas interpretaciones, entre las que algunos protagonistas no han descartado, años después, que Franco utilizase a los carlistas para hacerse de valer ante Don Juan Carlos y para dar al extranjero una sensación de libertades públicas.

Transcribimos a continuación una narración de aquel episodio que figura en el libro de Don Pedro Sainz Rodríguez, «Un reinado en la sombra», y que está del todo ajustada a la realidad, a pesar de ser su autor fiel y constante servidor de Don Juan de Borbón.

Escribe Sainz Rodríguez:

«Incidentes en la Universidad de Madrid en presencia del Príncipe Juan Carlos.

El 19 de octubre de 1960, tras haber sido anunciado el día ante-

rior por el Decano de la Facultad de Derecho que asistiría a las clases el Príncipe Don Juan Carlos de Borbón, se produjeron los incidentes estudiantiles narrados a continuación:

El miércoles, a las once menos cuarto de la mañana, el Príncipe de Asturias, acompañado por el Marqués de Mondéjar y seguido de un nutrido grupo de policías, entró en la Facultad. En el vestíbulo había un grupo de diez o doce javieristas, aproximadamente veinticinco muchachos nuestros y una docena de indiferentes. Nada más aparecer el Príncipe un javierista gritó: «Viva el Rey Javier!» En seguida otra voz añadió: «¡Vete a Estoril!» El Príncipe cruzó el vestíbulo sin inmutarse, tomó el ascensor y subió a clase. Los nuestros, que habían recibido la consigna de silencio, aconsejados por el señor Yanguas la noche anterior, permanecieron mudos sin replicar a los gritos. El Príncipe asistió a un Seminario con don Federico de Castro en compañía de tres auxiliares y tres o cuatro alumnos.

Corrida la voz por las clases de que el Príncipe estaba en la Facultad, unos seiscientos estudiantes se arracimaron en el vestíbulo esperando la salida. Aproximadamente a la una y cuarto salió Su Alteza Real seguido de un grupo de policías de paisano, séquito que causó mala impresión entre los estudiantes. Se hizo un silencio absoluto mientras el Príncipe cruzaba el vestíbulo. De pronto una voz gritó estentóreamente: «¡Viva el Rey Javier!» Se produjo entonces un rumor general entre la masa y varios gritos más de: «¡Vete a Estoril!» y «¡Derecho, ra, ra, ra!»

El resultado de esta primera jornada fue claramente negativo.

Esto motivó una rápida reacción de varios dirigentes monárquicos, entre ellos el señor Yanguas, que convocó en su casa a los elementos directivos de la Juventud Monárquica Española (1), único grupo monárquico que cuenta con gente considerable en la Facultad de Derecho. Dos puntos quedaron muy claros:

1.º—Necesidad de que el Príncipe entrara en clase con todos los estudiantes y no en un Seminario reducido a tres alumnos. Para ayudar a este propósito se redactó más adelante un informe que firmaron cincuenta estudiantes monárquicos recomendando la asistencia del Príncipe a las clases generales y la supresión de la escolta policial, al menos de forma tan visible.

2.º—Necesidad de cortar los gritos contrarios al Príncipe, sin

(1) Acerca de esta organización, véase tomo de 1956, epígrafe «Los Tradicionalista juanista».

que esto significara en modo alguno organizar una manifestación favorable. Se trataba de que el Príncipe fuera a la Facultad sin incidencias y sin gritos ni a favor ni en contra, como un estudiante más, que es lo que había ocurrido durante su visita el día anterior a la Facultad de Filosofía.

Las cosas se pusieron muy difíciles porque el Príncipe se fue a Salamanca y, además, varios miembros del Comité encargado de la educación de Su Alteza, demostrando una increíble imprevisión, se encontraban fuera de Madrid. Las primeras gestiones del señor Yanguas en ese sentido resultaron infructuosas.

La Juventud Monárquica lanzó unas octavillas en la Universidad pidiendo corrección y respeto para todos los estudiantes. Al día siguiente los javieristas repartieron otras octavillas —que intentaron hacer pasar como juanista— pidiendo aplausos para el Príncipe por su «noble alcurnia». Afortunadamente, todo el mundo se dio cuenta de la operación.

El lunes día 24, como no se esperaba la visita del Príncipe, el vestíbulo estaba casi desierto. Tampoco al salir Su Alteza había casi nadie; de manera que no ocurrió nada ni a favor ni en contra.

Día desastroso el miércoles 26. Entró el Príncipe a las once menos cuarto, seguido de la contraproducente caravana de policías, los cuales, como es sabido, llegan siempre en una camioneta que todo el mundo conoce.

En el vestíbulo había veinte javieristas, cincuenta miembros de la Juventud Monárquica y treinta o cuarenta indiferentes. La entrada del Príncipe fue acogida por estentóreos: «¡Viva el Rey Javier!», «¡Lárgate a Estoril!», «¡Fuera!», etc. Los cincuenta muchachos nuestros llevaban la orden rigurosa de no contestar a ninguna provocación y de permanecer impasibles. Los javieristas buscaban pelea para luego extender la voz de que, por culpa del Príncipe, se peleaba la gente en la Facultad, lo que podría significar que Su Alteza sería retirado. Se trataba, pues, de no seguir el juego de los provocadores.

Esa mañana del miércoles, día 26, se nombraba doctor honoris causa a un catedrático alemán. Se suspendieron las clases. Más de mil estudiantes estaban agolpados en el vestíbulo, aplaudiendo y gritando a todo el que entraba o salía, incluso a los bedeles. Cuando el Príncipe salió con bastante retraso, quedaban en el vestíbulo unos cien estudiantes más los veinte javieristas y los cincuenta nuestros.

Los javieristas repitieron los gritos de «¡Viva el Rey Javier!» y «¡Vete a Estoril!».

Más tarde comenzaron una canción provocadora: «¿Dónde están los juanistas, matarile, rile, rile...» Los juanistas, demostrando una disciplina que el que les dio la orden nunca hubiera podido suponer, permanecieron callados.

Pero la reacción fue inmediata. Los miembros de la Juventud Monárquica anunciaron a sus jefes que no estaban dispuestos a seguir tolerando aquella situación y que, si se volvía a repetir, acudirían a las manos.

Los dirigentes de la agrupación fueron a entrevistarse con el señor Yanguas y se adoptaron las siguientes medidas, apoyadas por el ilustre profesor, cuya actuación en este asunto ha sido admirable en todo momento:

1.°—Gestión del señor Yanguas para conseguir que el Príncipe asistiera a clase con todos los estudiantes. Gestión cerca de las autoridades.

2.°—Gestión de la Juventud Monárquica con el resto de los grupos políticos de la Universidad.

3.°—Concentración de juanistas universitarios para el lunes siguiente en la Facultad de Derecho para impedir cualquier manifestación contraria, bien entendido que no se harían, en ningún caso, manifestaciones a favor y que se apurarían todos los recursos antes de llegar a las manos.

Conviene señalar que en los más diversos grupos monárquicos se despertó en este día, miércoles 26, una gran indignación contra la imprevisión del grupo encargado de la educación del Príncipe; mucha gente pedía que volviera el duque de la Torre.

Actitud de los grupos de izquierda

La gestión llevada a cabo por el dirigente de la Juventud Monárquica, Luis María Ansón, con los grupos de izquierda, fue rápida y fructífera. Los jefes de la A.S.U. —Asociación Socialista Universitaria— y el jefe de la Célula Comuista de la Universidad, manifestaron que su posición era neutral y que no pensaban hacer nada a favor ni nada en contra, aunque sí algún día podían organizar alguna manifestación de diez mil estudiantes contra Franco, lo harían.

Actitud de las Falanges universitarias

Este era el grupo más difícil. Cuenta con unos trescientos jóve-

nes organizados, la mitad de los cuales estudian Derecho. Políticamente son falangistas puros y están, naturalmente, en contra de la Falange oficial. Hacen caso omiso de las consignas de la Secretaría General del Movimiento.

Aquí hubo mucha suerte. El jefe de las Falanges Universitarias, Alberto Martínez Lacaci, se puso espontáneamente en contacto con los dirigentes de la Juventud Monárquica. Su actitud quedó resumida así: «El y su grupo no eran monárquicos; él y su grupo nada tenían en favor del Príncipe —reconocieron que habían sido los que salieron en el desfile dos años antes con pancartas contrarias—; pero él y su grupo estaban indignados contra la grosera actitud de los javieristas y estaban dispuestos a colaborar con la Juventud Monárquica. Esta actitud, que sorprendió mucho, lo arreglaba todo. Contra los javieristas y las Falanges Universitarias unidos, las fuerzas de la Juventud Monárquica se hubieran encontrado en minoría. Parece evidente que Martínez Lacaci, jefe de las Falanges Universitarias, no ha recibido órdenes desde arriba. El día del desfile recibió la orden de no hacer nada y no hizo el menor caso. La idea que se tiene es que estos jóvenes ven inevitable la Restauración de la Monarquía y quieren tomar posiciones de diálogo. Varios dirigentes de la Juventud Monárquica llevaron al señor Martínez Lacaci al despacho del señor Yanguas y celebraron con él una cordial entrevista.

Otros contactos

Una representación de la Juventud Monárquica visitó al Decano y más tarde al Rector, exponiendo a ambos la necesidad de que el Príncipe entrara en la clase general y de que cesaran las manifestaciones hostiles, pues, en caso contrario, los monárquicos estaban dispuestos a emplear la fuerza.

Discurso del Decano

Al día siguiente, el señor Decano convocó a todos los alumnos en el Aula Magna y pronunció un hábil discurso, cuyo texto se acompaña.

«Voy a hablarles a ustedes con la máxima solemnidad y gravedad —dijo el Rector—. No quiero conceder nada a la improvisación ni a ningún factor extraño a la reposada meditación de todas y cada una de las palabras que voy a pronunciar en la primera ocasión en que, tal vez desde que existe esta Facultad, se ha reunido a todos los alumnos de la misma y para que, en cualquier momento, se pueda saber el sentido y el alcance de esas palabras.

»Hemos trabajado con total dedicación y entusiasmo en la obra de crear en esta Casa el ambiente y la forma de vida y de convivencia que, al cabo de muchos años de estudio y de cultivo del Derecho, en todos los ámbitos en que el mismo se manifiesta, creí que eran indispensables si queremos encontrar en la Sociedad que nos rodea nuestra justificación y nuestra razón de ser.

»Grandes dudas tengo sobre el éxito de la empresa y me inclinan a esta creencia los acontecimientos del miércoles de la última semana y de anteayer. He observado que una minoría, desde luego en gran parte compuesta de elementos extraños, se ha esforzado en demostrar públicamente que lo que ha pasado en otra Facultad, es decir, el respeto hacia los derechos ajenos, no ha inspirado a todos el modo de su comportamiento; he sentido que la autoridad —en aquel específico sentido antes expuesto, más bien paternal—, que mi persona misma, no eran suficientes ni siquiera para levantar de sus improvisados asientos a las personas que, en una actitud de expectativa y despreocupación, como si estuviesen en un local de espectáculos donde los demás asistentes nos son extraños e indiferentes, parece que se regocijaban ante lo que carece de toda razón derecha y de cualquier justificación; he visto que la presencia de quien siempre inspiró cierto respeto y bastó para contener cuantas manifestaciones no respondiesen a la seriedad de conducta y a la estimación de lo que, objetivamente, debe ser estimable, no tuvo el menor valor, como cuando, hace ocho días, a la salida de un nuevo Alumno de esta Facultad, se pronunciaron frases inadecuadas e irrespetuosas en sí mismas y, por tanto, no importando la condición de las personas que se desea que las oigan.

»Y una forma, la más importante entre todas a mi juicio, en este lugar en que nos hallamos, de no caer de nuestro puesto, es saber *comprender y respetar los derechos ajenos*. Yo quiero decirles que a todos ustedes les basta una corta meditación para alcanzar el convencimiento de que cualquier ciudadano español tiene derecho a frecuentar un Centro Universitario para recibir enseñanzas, pura y simplemente, sin más adjetivaciones (1). Esto es tan normal y tan digno de respeto y aun de elogio por nuestra parte, como hombres

(1) Aquí radica el sofisma. Don Juan Carlos no iba a la Facultad de Derecho únicamente, ni principalmente, «a recibir enseñanzas, pura y simplemente, sin más adjetivaciones», como los demás estudiantes o como «cualquier ciudadano español», sino sobre todo, e inseparablemente, a ir presentándose y entrando en la vida española como parte esencial de su incipiente promoción política.

independientes y objetivos, que no podemos comprender cómo y por qué causa nadie pueda sentir el prurito de manifestarse en ningún sentido.

»En el terreno positivo y concreto quisiera pedir, como exponente de cuanto con las anteriores palabras estoy pidiendo implícitamente, que se evite, con la mera presencia pasiva, la producción de aglomeraciones y de grupos expectantes en los vestíbulos y en el acceso a la Facultad, para que no parezca que nos rodea una atmósfera de ruptura de la usual vida académica.

»Por tanto, aquí reunidos y como condición de que no llegue a dominarnos definitiva e irrevocablemente la desilusión y el desinterés o el deseo de no querer seguir cultivando lo que sea claro que no da fruto, por única y definitiva vez exhorto a los Alumnos de esta Facultad para que no se dejen llevar por la irreflexión en ningún momento y atiendan mi ruego de persistir en la línea de conducta que han venido siguiendo hasta ahora y que tengan la bondad de asistir puntualmente a sus clases y obligaciones académicas, en todo día y hora, con la seguridad de que, comportándose de este modo, trabajan para ellos mismos y para el porvenir de nuestra Patria.»

Un javierista que interrumpió el discurso con el grito: «Y de los cuarenta policías ¿qué?» fue llamado gamberro y silbado por la casi totalidad de los alumnos. Esto significaba ya una reacción favorable de la masa neutral.

El informe de la Comisión continuaba con los siguientes textos:

Los javieristas

El grupo de javieristas no llega a los treinta, la mitad de los cuales no son alumnos de Derecho. Sus jefes son el señor Ortí Bordas y el señor Martínez Fornes. Ortí Bordas es hombre peligroso, de ideas socialistas, muy lejano al tradicionalismo, resentido, admirador de Fidel Castro y defensor suyo, en estrecho contacto con el S.E.U. y director de la revista universitaria *24*. Martínez Fornes es hombre sincero e idealista. El señor Ortí Bordas manifestó a Martínez Lacaci, el jefe falangista, que recibía órdenes —desde arriba— y que seguirían las manifestaciones hostiles al Príncipe. Ese «desde arriba» no se sabe todavía quién es, aunque hay sospechas de que sea una jerarquía del S.E.U. Se trataba, pues, de cortar la cosa desde arriba, ya que en cuanto los javieristas recibieran orden de silencio la cumplirían. Un dirigente de la Juventud Monárquica visitó

al señor Valdecasas y le proporcionó nombres y direcciones de los jefes javieristas. El señor Valdecasas quedó en hablar con don Antonio Oriol para que el Ministerio de la Gobernación interviniera si se consideraba procedente.

Preparación para el lunes día 31 de octubre

El sábado día 29, a las cinco de la tarde, se reunieron en la Sala de Conferencias del C.E.D.I. (1) setenta miembros y simpatizantes de la Juventud Monárquica, a los que se les expuso un cuidadoso plan de acción para el lunes día 31.

Este mismo día por la noche y el domingo por la mañana, grupos de javieristas inundaron sitios céntricos, tales como la Puerta del Sol, Teatro Alcázar, Gran Vía, etc., con octavillas contra don Juan, sin que la policía interviniese.

Visitas al Príncipe

El señor Yanguas, actuando con gran eficacia, consiguió que el Príncipe entrara provisionalmente, a partir del lunes, en la clase general. El sábado día 29 Su Alteza llamó al señor Yanguas y al duque de Alburquerque y cenó con ellos en El Escorial. Lamentablemente, tanto el Príncipe como su Ayudante, el señor García Conde, estaban desconectados de todo y tenían una gran sensación de abandono.

El domingo día 30 visitó al Príncipe, a petición de Su Alteza, una Comisión de la Juventud Monárquica, formada por don Luis María Ansón, don José María Yanguas, don Joaquín Guirao y don Santiago Alvarez de Toledo. Su Alteza fue informado de todo y pidió calma y tranquilidad. Ante el temor de una intervención del señor Satrústegui (2), que no tiene gente en la Universidad, se le llamó para rogarle que no hiciera nada.

Las gestiones cerca del Gobierno dieron, al parecer, el resultado de que el General Franco habló con el señor Solís y con el señor Alonso Vega exigiendo respeto en el trato que se dispensara al Príncipe en la Universidad.

Lunes día 31 de octubre

A las nueve treinta de la mañana los miembros y simpatizantes de la Juventud Monárquica Española tomaron materialmente la Fa-

(1) El C.E.D.I. era el Centro Europeo de Documentación e Información, del que se dan noticias en el tomo XIII, pág. 111, a propósito de Don Otto de Habsburgo.

(2) Don Joaquín Satrústegui, jefe del grupo político del ala izquierda del juanismo. Véase tomo XXI, pág. 225.

cultad. Las entradas, las salidas, el bar y los lugares estratégicos del vestíbulo y las clases quedaron controladas. Sin que se exagere el número, doscientos jóvenes monárquicos, perfectamente organizados pero dispersos de tal forma que no se notaba la presencia de grupos, estuvieron presentes. A ellos se unieron cincuenta falangistas del señor Martínez Lacaci. El Príncipe llegó poco antes de las diez, entró en clase con todo el mundo, fue al bar, volvió a clase y salió de la Facultad sin el menor incidente. Los javieristas, ante la sensación de fuerza de los grupos monárquicos, se acobardaron. Cada media hora un enlace de la Facultad comunicaba con un dirigente de la Juventud Monárquica, el cual transmitía los acontecimientos al señor Yanguas por si hubiera sido precisa una intervención superior.

La jornada constituyó un completo éxito.

Miércoles día 3 de noviembre

En este día se habían tomado las mismas medidas que el lunes anterior. Acudieron algo más de un centenar de miembros y simpatizantes de la Juventud Monárquica. El Príncipe asistió a sus clases, estuvo cerca de una hora en el bar y salió de la Facultad sin el menor incidente.

El propósito que se tiene es que, en tanto no se tengan garantías de que los javieristas se van a abstener de intervenir, se seguirá controlando la Universidad. En estos momentos se está formando además una guardia de diez señores que, sin acercarse aél, vigilarán al Príncipe durante todo el año.»

CIRCULAR DEL SECRETARIO NACIONAL DE A.E.T. AL EMPEZAR EL CURSO 1960-1961

«Madrid 20 de octubre de 1960

Querido amigo:

Comenzado ya el curso 1960/61, he creído conveniente enviar a todos los Jefes de la A.E.T. una carta-circular en la que se recogen las directrices que para la actuación política de nuestra organización fueron marcadas por el que fue Secretario Nacional, Ramón Massó (1), y que por su claridad y exactitud estimo que continúan plenamente vigentes.

(1) Vid. tomo XIX-(I), pág. 171, circular de Massó.

«Algunos han creído que el cometido de la Secretaría Nacional era el de impulsar y "crear" la labor de cada Distrito, lo cual es contrario a nuestra orientación política. Nosotros, que postulamos la autonomía social frente al intervencionismo centralista, estamos convencidos de que la única actividad viva y responsable es aquella que se realiza desde un afincamiento concreto. Toda decisión que no surja espontáneamente de las personas que vivan en una determinada ciudad corre el riesgo de ser apática, vacía y estéril.

Existe, sí, la conveniencia de informar sobre los acontecimientos y orientar acerca de los puntos de vista que deben de tenerse en cuenta para la actuación política de cada Distrito.

Quienes por las circunstancias personales de su vida y por sus relaciones personales pueden seguir los vaivenes de la política, deben procurar a los demás afiliados una visión clara y realista de la política española. Por eso la A.E.T. debe huir de los tópicos, bulos y fantasías, y apoyar su actuación sobre bases firmes y concretas. Acabar para siempre con la negra tradición carlista de incapacidad para la actuación política; no refugiarse en un cómodo *tenemos razón;* actualizar y divulgar los Principios, son metas que debe marcarse cualquier miembro de la A.E.T. en 1960.

No podemos cruzarnos de brazos. Debemos darnos a conocer. Conquistar con actitudes sensatas a la juventud sana de la nación. Intervenir, saber dónde se va y no perder el tiempo en pueriles desautorizaciones de los demás.

Quienes, siendo o no universitarios, sean incapaces de conocer y estudiar nuestros principios políticos, carecen de autoridad para dirigir y menos aún para constituirse en tribunal inquisitorial de los demás compañeros.

En estos momentos nuestra actuación política universitaria debería centrarse sobre los siguientes puntos:

1. Salir de la clandestinidad. Manifestarse sensatamente como carlistas. Hablar con la gente, relacionarse con grupos, hacer que se conozca nuestra manera de pensar y que se den a conocer, al mismo tiempo, personas concretas.

2. Dejar tajantemente de hablar, en la A.E.T. y fuera de ella de nuestras alicortas divisiones, fomentadas o por lo menos regocijadadamente contempladas por nuestros enemigos.

3. Dirigir principalmente nuestra actuación a conectar con los problemas reales que los universitarios de hoy se plantean, y que son, entre otros, los siguientes: a) Libertad frente al estatismo en la

enseñanza. Autonomía de la Universidad. b) Sindicalismo libre. c) Derechas e izquierdas. Nosotros no somos en lo social, de derechas. f) Capitalismo y socialismo. Superación de ambos. Fracaso de la burguesía (1).

En nuestra actuación habrá que:

A) Evitar siempre el derrotismo y el complejo de perseguidos y fracasados.

B) Hacer lo IMPOSIBLE por sincronizar los repartos de nuestra propaganda, con el fin de multiplicar la efectividad y la fuerza de nuestra organización.

C) Usar el lenguaje de nuestro tiempo (2) y evitar las expresiones que formen ambiente de conspiración o clandestinidad.

D) Convencerse de que reunirse en un café, para tener una tertulia sobre las últimas noticias políticas, no es todavía hacer política.

E) Escribir en la prensa y en las revistas universitarias, sean nuestras o no. Todo el que tenga algo que decir que lo escriba. Pero que escriba firmando con su nombre y apellido, ya que el anonimato favorece la irresponsabilidad y nos hace caer en la mediocridad.

F) Dar ambiente cultural a la A.E.T. y a nuestras reuniones. Quienes no lean ni estén al tanto de las publicaciones —libros y revistas— culturales y políticas, y no conozcan el desarrollo de la política nacional y extranjera, no pueden dirigir la A.E.T. y en la mayoría de los casos poco pueden hacer en la Universidad.

G) Rechazar en nuestros escritos y conversaciones, fórmulas simplistas y estereotipadas. Habrá que partir de los hechos de experiencia común a todos los universitarios, y de ahí llevarlos a nuestro modo de ver. Hacer comprender a todos los afiliados que lo que caracteriza la doctrina política del tradicionalismo, no son las fórmulas cerradas, sino un modo de pensar y hacer (3).

---

(1) Nótese que al desmentido de ser en lo social de derechas no sigue otro, análogo, de ser de izquierdas. No se critican el capitalismo y el socialismo, sino que «se superan», término esquivo, de moda a la sazón, de inspiración hegeliano-marxista. Muchos carlistas pertenecían a la pequeña burguesía; comerciantes, clase media baja, etc.

(2) Acerca de la importancia del lenguaje en la guerra revolucionaria, véase «Trasvase ideológico inadvertido y diálogo», de Don Plinio Correa de Oliveira, y «El lenguaje y los mitos», de Don Rafael Gambra, ambos de editorial Speiro.

(3) Fórmulas cerradas son los cinco «fundamentos intangibles de la legitimidad española», establecidos por Don Alfonso Carlos en su Real Decreto de 23 de enero de 1936. Probablemente no los conocía el secretario nacional de AET y, en todo caso, los violaba. Frente a la ignorancia y el poco amor al estudio y al doctrinarismo se levantaba la coartada existencialista de «el estilo».

Resumiendo. Hay que intervenir en la política nacional. Tenemos que aprovechar, forzando la marcha, la libertad de actuación de los momentos actuales. Somos políticos, políticos activos y no cofrades de una asociación religiosa, ni historiadores románticos, ni contertulios de café. Necesitamos carlistas ambiciosos, noblemente ambiciosos, con ganas de mandar, no, claro está, en la Comunión, sino en España.

En este sentido realista de la política a seguir, están los discursos y mensaje de Don Carlos en Montejurra, auténtica expresión del carlismo moderno. ¿Nos hemos preocupado siquiera de repartirlos hasta inundar España?

Nuestra responsabilidad hoy es terrible. Es todo el futuro de la Patria el que está en nuestras manos. Y en tal situación, la apatía, el desinterés o la torpeza son una traición a los que dieron su vida por el carlismo.

«Sabed que la Secretaría está con vosotros para todo. Os recomendamos sensatez y sentido de la realidad, y recordar que la política hay que hacerla fuera, no dentro de la Comunión».

Recibe un fuerte abrazo de José Antonio Pérez-España Gómez, Secretario Nacional de la A.E.T.»

DESVIACIONES IDEOLOGICAS

La presencia de un titulado «Partido Carlista» en la coalición comunista «Izquierda Unida» en las elecciones generales de 1986; el manifiesto de Don Hugo convocando a la izquierda mundial contra Franco, y otras bromas semejantes de humor negro tenían hondas raíces. Se encuentran en toda la década de los años sesenta, que aquí empezamos a historiar.

Los carlistas maduros y viejos que pretendían hallar un bienestar espiritual en los ambientes propios, huyendo del progresismo filomarxista que invadía toda la sociedad española, se encontraban inesperadamente en ellos con algún joven o alguna publicación que les aguaba la fiesta porque titulándose carlistas, difundían ideas anticarlistas. A esto se le llamaba problema de identidad. En su as-

pecto formal era debido a la ilegalidad de la Comunión Tradicionalista, que le impedía dar y retirar carnets de afiliación, que siempre han sido un control. En el aspecto informal el problema era más grave e igualmente claro: Don Hugo pensaba como esos herejes domésticos y el Jefe Delegado, Don José María Valiente, lo sabía, y por no romper con él, no remontaba la maraña de disparates ni la metía en cintura. El Requeté, mandado por Márquez de Prado y un grupo de militares, y la revista «Boina Roja» les hacían frente, a la defensiva.

Además de todos estos recuerdos que los coetáneos guardan amargamente en su corazón, registraremos con afán de objetividad, dos muestras:

La revista «Azada y Asta» de abril de 1960, siendo su redactor jefe Javier María Pascual, publicó un artículo a tres columnas, sin firma, titulado «Estaba con nosotros». Era un elogio al tristemente célebre Doctor Don Gregorio Marañón y Posadillo, que acababa de fallecer. De tono romántico, sin ningún dato objetivo de que el tal doctor se hubiera acercado a nada parecido al tradicionalismo, mejor titulado hubiera quedado poniendo, «Nosotros estábamos con él», que no es lo mismo. Muchos carlistas sufrieron por ello indignación y ésta les llevó a descubrir que todo el equipo de la revista pensaba como el anónimo autor del artículo, y que también lo defendían y ensalzaban los dirigentes de A.E.T. A todos replicó en «Boína Roja» (núm. 58, de octubre-noviembre de 1960) don Cándido Martín Alvarez con otro artículo titulado «Marañón, hombre funesto».

En el boletín A. E. T., de marzo-abril de 1960 apareció un largo artículo, también anónimo, pero de un estilo que recordaba al de Javier María Pascual, titulado «Estuvimos con los muertos para que no haya más vividores». Es la narración de una marcha nocturna de unos sedicentes universitarios carlistas y del anónimo autor al Valle de los Caídos, y en ella se deslizan sutiles equiparaciones de los dos bandos y una adhesión al enterramiento de los rojos. Esto último había sido repudiado en el pleno de un Consejo Nacional reciente por todos los asistentes, y especialmente por los consejeros Don Antonio Garzón y Don Pedro Lacave Patero. Era una actitud —la del articulista—, disidente respecto del grueso del Carlismo (1).

(1) Vid. tomo XXI, pág. 99.

Al comienzo de la década de los años 50 llegaron a Pamplona dos jóvenes recién licenciados en Derecho, absolutamente grises; decían que intentaban ayudarse económicamente dando unas clases de Derecho; pasaron totalmente desapercibidos, como procuraban. Al curso siguiente, abrieron una discreta academia, y al otro consiguieron instalarse, sin publicidad, con un número ya apreciable de estudiantes, en unos locales oficiales abandonados llamados la «Cámara de Comptos». Durante toda la década cambiaron varias veces de nombres y de locales, con maniobras sutiles, siempre creciendo y mejorando. Su identificación formal, difícil y escurridiza, fue fijada por las gentes con la designación de «los del Opus». Finalmente, construyeron de nueva planta sus propias edificaciones y colegios mayores, que en 1960 recibieron el título de Universidad de Navarra (1).

Este proceso contrastaba con la agitación verbal y grafológica de que fueron poseídos por aquella época varios religiosos de distintas órdenes, que desde algunas revistas suyas hechas en Madrid lanzaban al éter, muy lejos del suelo que pisaban sus pies, una campaña de artículos teóricos y bizantinos, aburridísimos, acerca de los derechos de la Iglesia en materia de enseñanza. Aquel contraste era un ejemplo de las dos maneras posibles de hacer las cosas: de abajo arriba y de arriba abajo.

La presencia en la sociedad pamplonesa de aquel grupo, siempre emprendedor y creciente, a pesar de su deseo de avanzar de puntillas, acabó por crear, como era inevitable, intereses contrapuestos y dos corrientes, una de amigos y otra de enemigos. Poco pudieron éstos, porque la batalla que hubieran podido dar se desplazó muy

(1) Extractamos de una crónica —«Una Universidad en Navarra»—, del número 3 del boletín «Montejurra»: «El Estudio nació pequeño y ha ido creciendo. Ha sido un hecho social, vivo y pujante que no fue creado artificialmente por disposiciones jurídicas, sino por unos hombres que querían enseñar y por otros que querían aprender. Como en las viejas universidades medievales, era difícil precisar su naturaleza jurídica en los comienzos; era, simplemente, un "ayuntamiento" de maestros y de discípulos que hacían juntos una tarea de cultura (...) En aquel otoño de 1952 se anunciaba la creación en Pamplona de un centro universitario, fundado y dirigido por el Opus Dei, bajo los auspicios de la Excma. Diputación Foral, y comenzaban las primeras clases (...) La Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades producía el 6 de agosto de 1960 un Decreto en virtud del cual la Santa Sede confería al Estudio General de Navarra el título y los derechos de Universidad.»

pronto del ámbito local al nacional, donde se decidían todas las cuestiones importantes; por no decir que también al internacional, pues el Vaticano estaba detrás de aquellos inocentes muchachos.

Naturalmente, también hubo, como era inevitable en una región de tan densa presencia carlista como era Navarra entonces, intersecciones con los carlistas, y pronto, también, a nivel nacional. Los que dirigían la Universidad coquetearon con el Carlismo en los dos niveles, local y nacional, según conveniencias ocasionales, pero cuidando mucho de que nadie pudiera identificar sistemáticamente la Universidad de Navarra con el Carlismo. Lo que sí que era inevitable, porque era real, era la identificación de la Universidad con el Opus Dei, y esto hacía discurrir en buena parte las relaciones específicas con el Carlismo en función de otras genéricas entre el Carlismo y el Opus Dei. Lo mismo le sucedía a la Universidad con todas sus otras relaciones; siempre se involucraba el Opus Dei.

En la Universidad había de todo: Abiertamente carlistas solamente se manifestaban tres catedráticos, Don Alvaro d'Ors, Don Pedro Lombardía, y el norteamericano Frederick Wilhelmsen. Don Federico Suárez Verdeguer había creado en el Seminario de Historia, que dirigía, un ambiente filosóficamente tradicionalista, pero puramente intelectual y nada activo; además, su transbordo desde el Carlismo al cargo de preceptor de Don Juan Carlos de Borbón había producido contra su persona rencores aún no extinguidos (1). De bien distinta ideología era don Antonio Fontán, juanista, liberal y progresista, que tenía una gran influencia y creaba un ambiente hostil para todo lo carlista. Otros profesores eran o indiferentes en política, o más o menos veladamente progresistas. De los tres mil alumnos que llegó a tener la Universidad, unos treinta estaban afiliados a la A. E. T., pero estaban imbuídos ya del progresismo ambiental que no se les curó en aquellas aulas.

Como en otros asuntos, condensamos en un solo subtítulo, éste, el desarrollo del tema a lo largo de varios años; esperamos que así sea de una más clara comprensión, la cual quedaría dificultada si se mantuviera la real dispersión cronológica.

Un primer beneficio de la Universidad de Navarra al Carlismo, no por indirecto menos valioso, fue realzar y prestigiar a Navarra, por haber sido elegida para su emplazamiento. Y como las gentes simples seguían relacionando en sus mentes a Navarra con el Carlismo, éste recogía por ello reflejos de prestigio y de moda. Mu-

(1) Vid. tomo XXII-(I), págs. 89 y 145.

chos miembros del Opus Dei por toda España y aun por el mundo, se pusieron a hablar del Carlismo y de su pintoresca concentración de Montejurra, para dar a entender, según fueran sus oyentes, que el Carlismo les respaldaba, o que ellos le representaban, y cosas así, de dudosa veracidad, pero que rompían el ostracismo a que después de la gloria de la Cruzada había quedado sometido el Carlismo.

El Carlismo nutría sus filas con personas modestas, y más en zonas agrícolas como Navarra, las cuales tenían cierta sensación de inferioridad respecto de otros grupos políticos poblados de profesionales, de ricos y de personas influyentes. Fue un tónico para aquellas buenas gentes, sobre todo a nivel local, decir que esos tres famosos catedráticos citados, así como algunos universitarios, eran, como ellos, carlistas.

En una de las fases de la gestación de la Universidad fue llevado a Pamplona el cardenal Ottaviani, destacado y popular en aquellos días por su actitud antiprogresista. Alguien le explicó que la Universidad de Navarra podía ser el cerebro del Carlismo, que no tenía cerebros y sólo contaba con gente de alpargata; el Opus Dei ofrecía este complemento tan importante y los carlistas debían agradecérselo. Al cardenal le llamó la atención esta interpretación, confidencial, y empezó a repetirla como una feliz y graciosa síntesis de la situación, hasta que llegó a oídos de los carlistas, que iniciaron unas protestas airadas: una comisión le siguió hasta Madrid donde, además, alzó sus quejas, destempladas, ante las autoridades de la Comunión.

Los miramientos y atenciones que los dirigentes de la Universidad de Navarra y los del Opus Dei en general tuvieron con los carlistas, no los habían encontrado éstos en ninguna institución importante, y esto también les animaba. Un ejemplo fue la acogida a la princesa María Teresa de Borbón Parma en una de sus residencias, primero, y en sus aulas cuanto quiso, y con cierto sabor de homenaje en las segundas, como veremos en su lugar. Otro ejemplo son las cartas cruzadas entre el famoso y poderoso rector Don José María Albareda y Don Hugo. en una época en que éste se desvivía por introducirse en todas partes; bien valía un «generoso donativo» figurar en las listas del elenco de Amigos de la Universidad. Estas cartas eran poca cosa, pero ni aun ese poco podía conseguir Don Hugo de ningún rector franquista.

Pero en esto había el mismo error de valoración que en la co-

laboración con Franco; aquellas amabilidades y contraprestaciones no eran específicas ni exclusivas para con el Carlismo, sino casos particulares de una conducta general con todo el mundo.

Sobre todo, la Universidad de Navarra fue una gran oportunidad que el Carlismo no tuvo capacidad para aprovechar. Claro es que, no pudiendo dejar de ser el Opus Dei, en cierto modo, una correa de transmisión de lo que se pensaba en la Santa Sede, y estando muy presentes en ésta a la sazón las ideas liberales de Maritain y las de la Masonería, parecía difícil que hubiera podido llegar a ser tal Universidad una zona base ni una gran plataforma de íntima y plena colaboración con el Tradicionalismo. Pero parcialmente, sí; en mucha mayor cuantía de lo que se explotó, que fue casi nada. Esta cuestión está bien abordada, aunque fragmentariamente, por Don Alvaro d'Ors en un artículo publicado en el número de noviembre de 1962 de la revista «Montejurra», que decía así:

LO QUE EL CARLISMO NAVARRO PUEDE DAR AL MUNDO

«Como Catedrático de esta nueva Universidad de Navarra lo veo venir: se va a presentar al Carlismo navarro una oportunidad magnífica pero, como todo lo grande, con riesgo. Un verdadero reto.

Se acabó el encastillamiento. Se van a concentrar en pocos años miles de universitarios en esta bendita ciudad, para convivir con los navarros, y concretamente con los carlistas navarros. Españoles vendrán, de todas las regiones, y extranjeros. Una de dos: o los carlistas influyen en ellos, o los que no lo son acabarán con los carlistas; con los estudiantes, que no es decir poco.

Yo ya me sé que no faltan en Navarra quienes temen esta oportunidad. Que piensan hubiera sido mejor seguir encastillados, conservando la Tradición pero sin contacto con nadie, como regodeándose de ser "mejores" que los demás. Alguno conocí yo en nuestra Cruzada que se disgustaba de que los españoles de las ciudades que se conquistaban no fueran todos rojos, y se exasperaba cuando alguno de aquella procedencia venía a darle lecciones de tradición. Esto se acabó. No discutamos más: el encastillamiento se acabó.

Pero vamos a ver: lo que es bueno, si lo es realmente, no pue-

de menos de difundirse, porque el bien es difusivo de suyo. Si el Carlismo es un bien, un bien político, que lo es de verdad, no puede menos de tener fuerza y coraje para difundirse. ¡Bendido sea Dios! ¡Cuando uno se encuentra, por este mundo adelante, tantas personas que son carlistas sin saberlo! ¿Cómo es posible que los carlistas navarros no sientan la grave responsabilidad que les incumbe por querer mantener reservado para sí aquel bien que un privilegio especial de la Providencia les permitió conservar con más pureza que en otra parte?

Estos miles de universitarios que van viniendo se hallan con grandes dudas, y su pensamiento político suele ser amorfo e inconsistente. Sólo los comunistas saben bien lo que quieren, pero no esperemos que vengan. Y aun de ellos creo yo que un buen carlista acabaría por dar razón. Quiero decir que saldría airoso de la discusión, pues los fundamentos del Carlismo son muy sólidos. Muy sólidos y muy actuales.

El carlista, con sus ideas claras en la cabeza, puede enfrentarse con cualquiera, pero más aún con una juventud sin ideas muy fijas y que, por lo demás, vendrá a Pamplona con buena disposición, sin prejuicios; así lo espero.

Entendámonos: influir en los demás los carlistas navarros no quiere decir que los demás se hagan también ellos carlistas navarros. Sería absurdo que un yanki o un congolés se hicieran carlistas navarros. Si así fuera, sería por pura diversión, y las ideas no calarían mucho en su cabeza. Ellos han de volver a sus tierras, han de vivir otras realidades políticas muy distintas de las de acá, y un carlismo navarro estrictamente tal, de poco les serviría para moverse en sus propios ambientes.

Se trata de algo mucho más excelente y universal: de infundir en gentes de otras latitudes, españoles, hipano-americanos, europeos y de todos los continentes, aquella sustancia de pensamiento político que se ha podido conservar mejor en Navarra, bajo especie de Carlismo navarro, pero es universal.

Esta es la misión: percatados del deber de no encastillarse, ver claro lo que hay de universal en nuestro propio pensamiento político y comunicarlo a una juventud universitaria que anhela tener uno, pues no tiene ninguno. Si el Carlismo es un bien, que lo es, no podrá menos de difundirse entre todas las gentes.

Esta clara visión de lo que el Carlismo navarro tiene de universal no es cosa que pueda yo decir en pocas palabras, ni sabría

decirlo en muchas suficientemente. Pero no por eso dejaré de apuntar aquí algo como una base de operaciones mentales para descubrir esa sustancia universal y comunicable de nuestro pensamiento.

Ante todo, algo que está en la cabeza de muchos y que, aunque puede presentarse como jactancia, tiene su fondo de verdad: que el Carlismo se funda en ideas básicas de la doctrina social católica.

Está claro que el Carlismo no es la única opinión política que pueda caber en cabeza cristiana, pero no es menos verdad que ninguna teoría política ha sabido mantener con más fuerza y pureza lo que constituye uno de los fundamentos de la doctrina social · política de la Iglesia, a saber, la eminencia de la familia.

Para el liberalismo y todas sus ramificaciones, hasta el totalitarismo, comunista o no, la familia es cosa privada y no debe trascender a la cosa pública. Para el Carlismo, en cambio, toda la escala de grupos sociales está montada sobre esa primera unidad natural que es la familia, en virtud de un principio de asociación, que llamamos desde el Papa Pío XI "principio de subsidiariedad" (1), según el cual cada grupo se justifica por cumplir los fines naturales que los grupos inferiores, empezando por la familia, no pueden cumplir por sí solos. Esto, que sí es esencial para el pensamiento católico, pues lo contrario, que es el socialismo, resulta incompatible con ser cristiano, esto está en lo más hondo de la doctrina carlista.

De ese principio se deriva también el que los carlistas, que exaltamos como el que más la virtud del patriotismo, no seamos nacionalistas. El nacionalismo es también cosa de liberales, que ponen el Estado como único cuerpo político. Como la familia es independiente de la nación, la pertenencia a la nación es para nosotros secundaria. Los extranjeros siempre han sido bien recibidos en nuestros tercios del Requeté (2), y la legitimidad dinástica está por encima de las diferencias de nacionalidad; como mi hijo no deja

---

(1) Véase la encíclica Quadragesimo Anno; en ella se explica el concepto del Principio de Subsidiariedad del Estado, pero no se menciona con este nombre. Este texto se recoge íntegro en la Encíclica Mater et Magistra, de Juan XXIII.

(2) En la Cruzada de 1936 vinieron a los Tercios de Requetés legitimistas de toda Europa. Especial mención merecen, por su número y cohesión, los rusos «blancos» exiliados por la revolución roja de 1917. Casi todos eran de religión ortodoxa y por ello un grupo de más de veinte que murieron en combate por Dios y por España fueron enterrados en el cementerio civil de Madrid por un cruel positivismo.

de ser mi hijo por hacerse alemán, tampoco mi rey deja de ser mi rey por ser alemán.

Ya se puede comprender qué actual es este pensamiento carlista en un momento, como el que vivimos, en que las fronteras, gracias a Dios (1), se vienen abajo. Los liberales que siguen presumiendo de modernos, no se dan cuenta de lo atrasados que van con su nacionalismo, y dentro de los liberales— no hay que olvidarlo— están aquellos monárquicos que prescinden de la legitimidad. Porque nuestro ideal monárquico depende de esa idea de la familia como eje de toda vida social, y no de una moda de restauración más o menos pinturera; no es monarquía del "último cuplé".

Este pensamiento fundamental del Carlismo es cosa que no depende de las condiciones especiales de una región, sino que puede resultar bueno en cualquier rincón del mundo, ya que se funda en la familia, y la familia es una institución natural y universal. Es la clave de la verdadera libertad.

Aparte esa idea política sobre la que puede apoyarse la fuerza expansiva de la libertad carlista, otra cosa que todo el mundo puede venir a aprender del Carlismo navarro es su especial alegría para vivir la religión. La religión se ha hecho aquí como sustancia natural. La Gracia no niega la naturaleza, sino que la perfecciona: pues aquí la perfecciona con tal soltura, que se vive la Gracia con una naturalidad de hijos de Dios desconocida fuera. Esto que es cosa de religión, es también política, pues esa alegría de vivir la Fe no puede menos de empapar toda la vida, y no hay por qué tener escrúpulos de que la vida política refleje esa alegría católica. El padre que corta el pan en su mesa, el mozo que juega a la pelota, el vecino que protesta contra su alcalde, el secretario que despacha el oficio, el juez que hace justicia, el Rey que gobierna..., todos lo hacen en católico, y no hay razón para andar con remilgos liberales de que la religión es cosa sólo para adentro. Esto también se puede venir a aprender a Navarra.

---

(1) Don Alvaro d'Ors no parece aquí enterado de que, al firmarse el Tratado de Roma de 1957, con el silencio de Pío XII, se había terminado la esperanza próxima de una Europa unida bajo el signo del Cristianismo y se había constituido la Europa unida bajo el signo del liberalismo. Por encima de las fronteras españolas caídas no salían nuestras ideas misioneras, sino que entraban ya, arrolladoras, las progresistas. Y no llegaban a Navarra solamente de labios de los estudiantes venidos de lejos a su Universidad, sino también de boca de algunos de sus propios profesores, dóciles a las modas romanas.

Creo, queridos amigos, que no hay que decir más para ver lo fecundo que puede ser el Carlismo navarro: lo muy universal que es. Si queréis, seguiremos hablando otro día, pero, manos a la obra... y con el mazo dando, que es un reto lo que la historia pone en nuestro camino. ¡Bien venido sea! ¿Quién dijo miedo?»

* * *

Las desavenencias de la Universidad de Navarra con el Carlismo fueron sutiles y difíciles de objetivar pero reales e importantes. Buena parte de ellas a veces fueron omisiones de acciones ni obligatorias ni acordadas jurídicamente; pero que en un orden psicológico cabía esperar.

Entre los dos diarios locales, «El Pensamiento Navarro», carlista y con cierta resonancia en el resto de España, y el «Diario de Navarra», de la alta burguesía liberal y local, los dirigentes de la Universidad optaron decididamente por éste en vez de por el periódico carlista, más proclive a la piedad y a la ortodoxia; podían también, y no lo hicieron, haberse mantenido, al menos, equidistantes. Ni los profesores de la Universidad enviaron colaboraciones al periódico carlista, ni la administración de la misma anuncios y otras formas de ayuda. De muchos y graves males murió «El Pensamiento Navarro»; pero entre ellos, se alinean la desasistencia de la Mitra y de la Universidad de Navarra.

La principal desavenencia entre la Universidad y el Carlismo fue la propagación desde la mayoría de sus cátedras de doctrinas contrarias al mismo, impregnadas de liberalismo y de progresismo. No expuestas como confrontación ni con dolo, sino como cuestiones profesionales de la conciencia del profesor. De entre los alumnos de la Universidad no salió ningún dirigente tradicionalista, pero sí salieron no pocos al servicio de otros grupos políticos, algunos no caracterizados por su celo por la ortodoxia. El gran hueco de la política católica nacional en el postconcilio y en la «transición», no fue llenado por la Universidad de Navarra. El balance de muchos años de su funcionamiento fue decepcionante para quienes oyeron la propaganda de su época constituyente de que iba a ser un faro del pensamiento católico. No solamente no se confirmaron estas esperanzas, sino que en esta Universidad se gestaron altos y discretos estudios a favor de la libertad de cultos y del abandono de la confesionalidad del Estado. En último término, la Universi-

dad de Navarra no fue un alcázar de la Unidad Católica de España, como algunos esperaban en sus inicios, confiados en conversaciones privadas informales contra las que no había posibilidad de reclamar.

Los cuadros de la Universidad de Navarra padecían la misma obsesión clásica de muchos eclesiásticos de jugar todas las cartas y de estar bien con todos en lugar de buscar la verdad y de servirla totalmente. Algún sector del tradicionalismo que por esta mentalidad toleró entre su alumnado, fue de un pseudotradicionalismo impregnado de progresismo como el que en otras partes profesaban los jóvenes amigos de Don Hugo enquistados en A. E. T. Llegó así también a Pamplona la frialdad ya establecida en otras partes entre los de A. E. T., de ideas progresistas, y aun criptomarxistas, de cierto snobismo intelectual, orientados directamente por Don Hugo, y el Requeté, más duro, tachado de religioso, «integrista», anticuado y poco abierto al mundo moderno, mandado por Márquez de Prado.

El profesor norteamericano M. Frederick Wilhelmsen, que era a la vez una estrella del Requeté y de la Universidad, aumentó su condición pintoresca trabajando arduamente en la preparación doctrinal de los jóvenes «macas» (1) que militaban en el Requeté. Esto y su clara significación antiprogresista fue tomado por algunos como explicación de su marcha de la Universidad y por tanto, como un agravio de ésta al Carlismo. No es cierto. El propio Wilhelmsen lo desmintió al recopilador, insistiendo en que su regreso a Norteamérica se debió exclusivamente a motivos personales; había llegado con una beca Fullbright del Gobierno de los Estados Unidos para enseñar filosofía durante los años 1961 y 62, y luego se quedó dos años más, por un contrato personal, en 1963-1964.

Los carlistas prestaron un gran apoyo inicial a la Universidad de Navarra por el mero hecho de presentarse como una obra de la Iglesia. Tardaron varios años en ir enterándose de las omisiones de enseñanzas acerca del enfrentamiento de la Iglesia con la Revolución, y de que algunas doctrinas allí impartidas estaban impregnadas de liberalismo.

El Carlismo fue una buena plataforma para airear el derecho a la vida de las universidades libres frente al monopolio estatal de la enseñanza superior. Esto, que tanto necesitaba la Universidad de

(1) Denominación en el lenguaje popular local de los chicos que hacían los recados en el pequeño comercio. Vid. tomo III, pág. 182.

Navara, fue imbuído en muchas mentes de personas influyentes, no tanto de Pamplona como de Madrid, porque encajaba perfectamente en la famosa consigna de Vázquez de Mella: «Mas sociedad y menos Estado». El Carlismo era el único sector político que podía decir esto a la cara a un Estado totalitario, aunque en fase de deshielo, sin que le llamaran rojo o masón.

El enjambre de modestas publicaciones carlistas estuvo en todo momento abierto a los dirigentes de la Universidad de Navarra para que expusieran cuanto quisieran; pocos, sin embargo, les dieron la popularidad de sus firmas; pero con personas menos conocidas interpuestas, como jóvenes de A. E. T., no dejaron de utilizarlas en el sentido dicho de exaltar la Universidad libre frente a la estatal.

Consecuencia de estas lecturas y de movimientos entre bastidores fue lo que narra «Lavardín» en el siguiente párrafo de su libro «El Ultimo Pretendiente»: «Hacia el mes de febrero de 1961, tuvieron los estudiantes carlistas una extraña actuación: fueron los más encarnizados defensores de la Universidad no estatal —del Opus Dei— de Navarra. Resulta difícil explicarse esta actitud, pero, según dirigentes de la Universidad de Madrid, su intervención había sido decisiva para cortar la campaña que, en contra del reconocimiento oficial de aquel centro del Opus Dei, se había desatado en la Universidad Central. De todos modos, tenía suficiente poder el Opus Dei para valérselas por sí solo y, naturalmente, jamás agradeció a los carlistas su ayuda. Sin duda, no querían que se pudiera tachar de carlista a la institución, cosa que, efectivamente, jamás ocurrió» (pág. 92).

Hay que añadir que lo transcrito no fue un suceso único, sino que es una muestra paradigmática de otros episodios análogos. De todo esto y de otras cosas dio cumplida noticia Don Javier de Borbón Parma al P. Escrivá de Balaguer en una correspondencia cruzada entre ambos en un momento de tensión entre sus respectivas organizaciones, generada en parte por la disparidad de adhesiones dinásticas entre los señores Massó y López Rodó.

Las desavenencias del Carlismo y la Universidad de Navarra no fueron escritas sino verbales y más por omisión que por acción. Aparecieron tardíamente, cuando ante el incipiente reto progresista el Opus Dei desencantó a muchos y a la adhesión primera a él sucedieron las reticencias y la desconfianza. El profesor Elías de Tejada, aparte de la naturaleza de las cosas, fue quien hizo cristalizar aquella nube oscura de malestar indefinido en pie-

dras de granizo hirientes que descargaron contra el Opus Dei, e implícitamente contra la Universidad de Navarra, en el Consejo Nacional de la Comunión Tradicionalista de octubre de 1961. Distinguió entre política carlista y cultura pseudotradicionalista, acusando a algunos miembros del Opus Dei, señalamiento que englobaba a la Universidad de Navarra, de fomentar una variedad espúrea de tradicionalismo para tener en él un puente viable por donde hacer transbordar todo el Carlismo a la obediencia de Don Juan de Borbón. Descontando los errores de todo esquema, y la vehemencia de su autor, esta formulación tenía algo de verdad y terminó de abrir los ojos a muchos carlistas que habían esperado demasiado de la Universidad de Navarra. También habían esperado demasiado de la Iglesia.

XI. EL CARLISMO Y LA INDEPENDENCIA DE ARGELIA

Actividades de los carlistas.—Conducta de la Familia Real.—Nota de Don Javier en «Le Monde».

Las luchas que desembocaron en la independencia de Argelia fueron un prolongado episodio no solamente de la historia de Francia, sino también de la política internacional en general. Como en otros análogos —la unificación de Europa, el Concilio Vaticano II, la revolución en Cuba, etc.—, el Carlismo tuvo alguna relación con él, que esbozaremos en este epígrafe.

Concentramos aquí apuntes y documentos de los años anteriores y posteriores para dar unidad a la exposición del tema: su comprensión quedaría dificultada por una dispersión mantenida en aras de una escrupulosa fidelidad a una cronología estricta. Hemos seguido este método en la exposición de otras cuestiones, con aceptación de nuestros lectores.

ACTIVIDADES DE LOS CARLISTAS

En 1954 empiezan las actividades de los independentistas argelinos agrupados con el nombre de F. L. N. (Front de Liberation Nationale). Culminaron en 1962 con la independencia de Argelia. En 1963 se promulgó la Constitución del nuevo Estado, de una confesionalidad islámica extrema. Frutos posteriores de ella han sido el servicio de Argelia a la causa islámica en general, y a las tensiones antiespañolas en Africa.

El gran público español tardó mucho tiempo en entender las breves noticias que le llegaban de disturbios y terrorismo en Argelia. No solamente era discreta la prensa española; la francesa también disimulaba. Los españoles se dieron cuenta de la situación

cuando los patriotas franceses empezaron a reaccionar por su cuenta, subsidiariamente del Estado francés, cada vez más sospechoso de abandonismo, con lo cual aumentó la entidad del conflicto.

Don Javier de Borbón Parma tardó mucho tiempo en interesarse en este asunto, y lo hizo finalmente, presionado por los franceses de la metrópoli, y por tanto, velando más por los intereses de Francia, directamente afectada, que por los de España y de la Comunión Tradicionalista, indudablemente también alcanzados, pero de manera indirecta y a más largo plazo. Antes que Don Javier enviara instrucciones, ya se estaban moviendo los carlistas por contactos individuales y particulares con patriotas franceses, y fueron ellos los que requirieron el concurso de su Rey. La presencia de la Comunión Tradicionalista en este asunto fue por un movimiento interno popular y ascendente y no por una orden temprana y clara del Rey.

Los carlistas de filas no solamente fueron en esto más precoces que sus propios dirigentes, sino también que las Fuerzas Armadas españolas, a las que ellos alertaron por contactos personales acerca de la nueva forma de hacer la guerra —la guerra revolucionaria—, y les proporcionaron la primera documentación que tuvieron sobre ella, antes que los agregados militares en París.

Por supuesto que esta movilización espontánea de los carlistas no se produjo solamente entre los seguidores de Don Javier, sino también en los encuadrados de la Regencia Nacional Carlista de Estella —que, como tal, no produjo ningún documento al respecto—, y en los que no estaban sujetos a ninguna disciplina. Los ex carlistas juanistas no hicieron acto de presencia; Don Juan de Borbón no se pronunció frente al Islam.

El Estado Mayor del Requeté (1) vio en seguida la conveniencia de que el Carlismo estuviera presente en este asunto, y sus miembros salieron muy tempranamente al encuentro de los patriotas franceses que estaban empezando a buscar contactos en España para montar en ella bases logíticas. El Jefe Delegado, Don José María Valiente aprobó el plan y estuvo en todo momento informado de los acontecimientos.

Al abordar este asunto se pretendían, además de los grandes fines políticos estratégicos de la defensa de la Cristiandad contra el Islam, y de la descompresión de la agresividad de Marruecos con-

(1) Vid tomo del año 1961.

tra España, otros menores que llamaríamos tácticos e interiores, pero rentables a más corto plazo, a saber:

Dar una fe de vida y de capacidad ante los españoles en general antes otros grupos políticos, ante las autoridades, y, finalmente, ante El Pardo. Era una nueva versión de la antigua consigna, varias veces ya recogida en esta recopilación, de fomentar toda clase de actos, aunque fueran en pequeñas localidades, para que Franco supiera que existía el Carlismo.

Dar esa misma fe de vida en el extranjero; desde la Cruzada no se había vuelto a hablar de los requetés fuera de nuestras fronteras. Además, interesaba hacer favores a los patriotas franceses, con la esperanza de contraprestaciones futuras.

Iniciar la transformación del Requeté. Aunque durante la Cruzada hubo requetés marineros voluntarios (1) y especialistas en radios de campaña (que entonces eran una novedad) (2), y enlaces motorizados, etc., el Requeté en su conjunto fue una masa de infantería muy elemental. La modernización de los ejércitos y la creación incesante de nuevas especialidades dentro de ellos, exigía al Requeté —que es el ejército particular de la Comunión Tradicionalista—, una modernización correlativa que tenía que empezar por el abandono de la antigua mentalidad de infantería y el aprendizaje de la guerra revolucionaria.

Una de las novedades de la guerra revolucionaria era ser una guerra urbana. Se hicieron gestiones con el pintor de Pamplona Sr. Muro Urriza, autor del famoso cuadro de un requeté muerto en el campo, delante de una alambrada, iluminado por la luna y con la leyenda al pie de «Ante Dios nunca serás héroe anónimo», para que hiciera un nuevo cuadro de idéntico estilo, inspiración y mensaje, pero cuyo escenario fuera una calle, o una oficina. El pintor, ya anciano, no se decidió.

Don Hugo y sus amigos entendieron la necesidad de esta transformación del Requeté muchos años más tarde, y trataron de sustituir al antiguo Requeté por los G.A.C. (Grupos de Acción Carlista), si bien en esta maniobra concurrieron otros factores.

Aunque el balance final de esta intervención en la guerra de Argelia, en el teatro de operaciones español, fue beneficioso para el Carlismo, puso de manifiesto graves insuficiencias suyas.

(1) Vid. tomo XIV, pág. 129.
(2) Vid. el libro de Nagore Yarnoz, «Con la Primera de Navarra».

Los franceses, entre los cuales no era fácil distinguir entre patriotas y agentes secretos —«barbouzes»— del gobierno abandonista, se dieron cuenta de la decadencia del Carlismo. Se presentaban invocando la Reconquista y las luchas seculares de la España Católica contra el Islam, la integridad de nuestros territorios africanos y la contención de Rusia en el bajo vientre de Europa, que es el Mediterráneo, y se encontraban que sus palabras no electrizaban a todos, sino a unos pocos, y que el resto estaba ya tan tocado del progresismo periconciliar como el propio obispo de Argel, Duval, a quien llamaban Mohamed Duval por su complicidad con el Islam. (En seguida fue enaltecido con el capelo cardenalicio por Pablo VI.) En otros grupos de españoles, el mismo mal era aún mayor.

En dirección contraria, los carlistas empezaron a descubrir que sus nuevos amigos que se habían presentado invocando la defensa de la Fe Católica frente al Islam, y enarbolando escudos con el Sagrado Corazón que recordaban los «detentes» de los requetés en la Cruzada, no practicaban la religión y se divertían pecaminosamente en los más acreditados establecimientos del ramo de Madrid. Varios de ellos ostentaban títulos de nobleza que pensaban caerían bien en la España de pandereta, pero quedaron en evidencia de superchería cuando, en una reunión en una casa particular de Madrid, una señora mayor española se puso al piano y tocó «La Royale»; todos los asistentes españoles carlistas se pusieron en pie, pero no los franceses, de la O.A.S., que no conocían esa música y creían que se trataba de algún himno español (1).

Posteriormente, un carlista le hizo notar todo esto a un coronel francés de la O.A.S. en una conversación privada. Respondió el francés que aunque, en efecto, ellos no practicaban ninguna religión, no por eso sería su victoria menos perjudicial para el Islam —que era lo que interesaba a los carlistas— porque las reformas meramente civiles que abordarían socavarían sus cimientos sociológicos. En cuanto a «La Royale» y la bandera blanca flordelisada explicó que Francia había hecho después de la muerte de Chambord dos grandes guerras con la bandera tricolor y La Marsellesa, y eso, y el paso del tiempo, había unificado a todos los franceses en punto a ceremonial.

---

(1) «La Royale» es el himno de los legitimistas franceses, es decir, de los monárquicos católicos. En el planteamiento de la Segunda República Española, «La Royale» era el himno homólogo de nuestra Marcha Real, y «La Marsellesa» lo era del himno de Riego.

Con todo, los franceses comprendieron que los carlistas eran los más católicos de todos los grupos españoles con los que conectaron. Contrastaba su actitud con la de algunos militares españoles de prestigio que seguían informalmente la guerra de Argelia, y que, aunque simpatizaban con los patriotas franceses, creían que a España le convenía, más que la contención del Islam, la ruina del imperio francés y la decadencia de Francia, aunque fuera a costa del éxito del Islam. El paso del tiempo ha señalado cuáles eran las verdaderas prioridades, aun prescindiendo del servicio de Dios. Los militares franceses de la O.A.S. eran listísimos y olfatearon esta manera de pensar; un día que perdieron los estribos lo soltaron y anunciaron con entusiasmo que España, después de Franco, sería «achicharrada». España les había decepcionado.

En lo económico, el descrédito de la Comunión Tradicionalista fue notorio. Los franceses, apenas oídos los ofrecimientos generosos y sinceros pero frívolos de muchos carlistas, empezaron a hacer encargos inocentes pero caros; por ejemplo, trabajos de imprenta que la Comunión Tradicionalista no podía costear ni remotamente. La escasa movilización económica de algunos carlistas se dedicó a la beneficencia de algunos refugiados políticos y a la asistencia de fugitivos, heridos y enfermos en domicilios particulares y en una finca próxima a Calatayud propiedad de un noble carlista donostiarra (1). Pero no a acciones de guerra propiamente tales. La falta de recursos de la Comunión Tradicionalista quedó en evidencia.

Hubo dos males mayores. Uno, la ruptura de los propios organigramas internos de la Comunión Tradicionalista, que ya era uno de los vicios que más disgustos acarreó a Don Hugo, se volvió a repetir con motivo de lo de Argelia. Sus jóvenes amigos empezaron a involucrarse, aparentemente por su cuenta, en el mundillo de intrigas y aventuras que en torno al tema floreció en Madrid. Notorio era el caso de altos dirigentes de A.E.T., que en lugar de ocuparse y de hacer frente a la presencia de Don Juan Carlos en

(1) Curiosamente, ochenta años antes, el Rey Don Carlos VII rompía una lanza a favor de los españoles que habían ido a colonizar Argelia y eran metafóricamente, y quizá también realmente en algún caso, los abuelos de algunos militantes de la OAS. En un mensaje a los legitimistas franceses con motivo de su expulsión de Francia, el 18 de julio de 1881, incluía el siguiente párrafo: «En el instante mismo en que se comete conmigo esta violencia, hay españoles que, confiados en la protección de Francia, habían acudido a fecundar con su trabajo el suelo argelino, y que sufren, sin que nadie les defienda, atropellos intolerables. España llora a sus hijos asesinados, a sus hijas deshonradas y arrastradas al desierto.»

la Universidad de Madrid en el curso 1960-1961 se dedicaban a enredar en estos temas, dificultando la acción de la Jefatura Nacional del Requeté y desorientando a los franceses, que no comprendían tal desorganización. No solamente parecían extrañas las excursiones de ciertas personas por lugares apartados de su puesto en el organigrama de la Comunión, sino además que gastaban en ello cantidades notables de dinero que no procedían de la Comunión. La ruptura de la organización, que como en cualquier otro caso exigía que cada uno haga una sola cosa determinada y que no se meta en las de los demás, permitía sospechar que en la conducta de los que, como Tarzán, saltaban de liana en liana, no solamente había un espíritu incontrolado de emociones y aventuras, sino, además, un espíritu de servicio a otras organizaciones distintas del Carlismo a las cuales pertenecerían originariamente y seguirían perteneciendo simultáneamente.

Repitiendo una metáfora muy del agrado de Valiente, tenían un pie en el Carlismo y el otro pie en otro sitio. Cuando se le explicaba a Valiente esto con nombres, hechos y datos, lo entendía perfectamente, y daba en silencio, pero voluntariamente, la impresión indudable de que lo aceptaba. Pero no lo remediaba. Quizá él mismo estuviera en parecida situación originada por sus antiguos y juveniles contactos con socieades secretas vaticanas, distintas del Opus Dei (1).

Se desafiaba así, con todo esto, a los estudiosos de la política a investigar si los grupos puramente políticos, y los partidos políticos, aun con la amplitud de la Comunión Tradicionalista, tienen alicientes como para acaparar en exclusiva la total actividad desinteresada de una persona, o si, por el contrario, sólo pueden pedir que se les sirva generosamente en tanto en cuanto sirvan ocasionalmente a una empresa filosófica o religiosa, a una cosmovisión, la pertenencia a la cual se hunde en el fondo de la conciencia o en la clandestinidad.

---

(1) Tiene interés teórico práctico en este tema, tan espinoso, lo que escribe León de Poncins en su libro «El espionaje soviético en acción», ediciones Acervo, 1962, pág. 134: «Indudablemente, el caso Sorge pone de manifiesto la necesidad casi ineludible en que se encuentra un espía que trabaja en territorio enemigo de convertirse en un agente doble. La calificación de "doble agente" no debe tener forzosamente un sentido peyorativo, ya que significa que se facilitan informaciones a los dos bandos, pero no necesariamente que se les traiciona a los dos. Lo que permitió subsistir a Sorge (como él mismo reconoció) fue el hecho de que facilitó continuamente a los dos bandos informaciones completamente exactas y de gran valía.»

Vista la insuficiencia de los carlistas, que fueron unos de sus primeros contactos, los franceses patriotas buscaron cuantos otros pudieron y aceptaron encantados y conscientes el trato con altos funcionarios de la Dirección General de Seguridad. Mezclaban éstos en sus conversaciones preguntas intrascendentes con otras que no lo eran tanto; trataban de obtener información de las personas y grupos —no todos españoles— con los que conectaban los franceses y, naturalmente, también de los carlistas. Con la fe de vida buscada por estos últimos, llegaban finalmente a Franco noticias de la insuficiencia de sus recursos, de su desorganización y de sus luchas intestinas, descubiertas y transmitidas por los franceses. Pero, probablemente, a todos los demás grupos y personas españoles les sucedía lo mismo. Por su parte, los franceses, aun sin contar la presencia en sus filas de agentes secretos de De Gaulle, estaban atomizados en grupos heterogéneos, inconexos y rivales, que mostraban que la O.A.S. (Organization de l'«Armée Secrete») tenía en España poco de «O» de organización.

CONDUCTA DE LA FAMILIA REAL

Cualquiera la hubiera previsto. Frenado por su carácter tímido y dubitativo y por su devoción a la diplomacia del Estado de la Ciudad del Vaticano, la cual desde el primer instante estuvo increíble y escandalosamente a favor del Islam, intervino tardíamente en la incruenta batalla política en sus dos teatros de operaciones: en el español y en la metrópoli francesa. Lo de esta última sólo nos interesa como contexto de su gobierno de la Comunión Tradicionalista.

Ha quedado claramente afirmado que no pocos carlistas de filas de manera informal, y a título casi particular, fueron muy precoces en conectar con los patriotas franceses que buscaban un apoyo logístico en España. Esta precocidad reflejaba una actitud de vigilancia y un espíritu de servicio honrosísimos, pero que quedaron deslucidos por la falta de recursos materiales. Los franceses interpretaron que esas escaseces materiales eran individuales y que se podían remediar con la movilización de los recursos económicos de la Comunión Tradicionalista y de la Regencia de Estella, cuya inexistencia no podían concebir, y pensaron que la manera de desbloquearlos era

conseguir una orden de Don Javier en tal sentido. Tal vez se lo insinuaran, además, algunos carlistas humillados por su insuficiencia personal que trataron de disimular invocando las reservas de Don Javier.

Esta fue una de las líneas de presión que recibió Don Javier. Otra fue la que por su cuenta ejercieron sobre él, en cuanto personalidad relevante de la alta sociedad parisiense, los franceses metropolitanos, sin pensar en España, y solamente buscando objetivos puramente franceses y en Francia. El recopilador reconoce su insuficiencia para informarse de otras presiones más, que verosímilmente tuvo.

A fin de 1959 o a principios de 1960, Don Javier y Don Hugo recibieron una seria solicitud y oferta de incorporarse formalmente, seriamente y de una vez, a la lucha para impedir la independencia de Argelia. No la aceptaron, y por ello, entonces, un grupo de monárquicos legitimistas franceses que se agrupaban en torno a Don Javier transbordaron a otro grupo legitimista francés que atribuía los derechos a la Corona de Francia a Don Alfonso de Borbón y Dampierre, a la sazón soltero. Esos amigos de Don Javier eran unos trescientos que apenas tenían otra actividad que encontrarse anualmente en una Misa, presidida por Don Javier, en la iglesia parisina de Saint Germain l'Auxerrois. El grupo al que, desencantados, transbordaron de los seguidores de Don Alfonso de Borbón y Dampierre contaba con unos cinco mil afiliados, creció a raíz del matrimonio de éste con Doña Carmen Martínez-Bordiú y Franco y menguó muy poco cuando entró en escena M. Jean M. Rossi sin que Don Alfonso le cerrara el paso porque sus seguidores no dan importancia a esas cosas. No olvidemos que la fuerza monárquica francesa muy mayoritaria era la que seguía al Conde de París, aunque sus pretensiones fueran ilegítimas y su ideología próxima a la Revolución. Y que, como pronto veremos, Don Javier se pronunció finalmente a favor de la permanencia de Francia en Argelia.

El día 3 de febrero de 1960 se repartió en Madrid una exigua edición de unas hojitas volanderas bien impresas en castellano, explicando que el titular de los derechos legítimos a la corona de Francia era Don Alfonso de Borbón y Dampierre. Fue una pequeña venganza de aquellos franceses patriotas seguidores hasta entonces de las posibilidades de Don Javier a la misma Corona.

Más adelante, en enero de 1961, en algunas ocasiones, Don Hugo empezó a contar que se le había ofrecido una alta dignidad

en la organización para conservar Argelia como francesa, pero que él había declinado diciendo que se debía totalmente a España. Esta narración, acogida con sonrisas escépticas y burlonas como si fuera un camelo, tenía, sin embargo, algo de verdad en lo esencial, descontado el ropaje fantástico con que algunos adornan estas cosas.

A todo lo largo de los años 1959 y 1960 fueron apareciendo en Madrid, Barcelona, Palma de Mallorca, Alicante y otras ciudades españolas patriotas franceses dedicados a combatir contra la independencia de Argelia. Pero, a pesar de que los grupos paraestatales que espontáneamente se formaron en Argelia se unificaron luego en una sola organización en manos de los militares, la O.A.S. (Organization de l'Armée Secrete), aquellos franceses estaban enemistados unos con otros y recelaban entre sí, entre otras razones, porque los servicios de inteligencia del Estado francés, que tenía intención de abandonar Argelia, habían enviado también a España, previamente y mezclados con ellos, agentes suyos disfrazados de patriotas. Este núcleo de confusión fue precedido y seguido por otros análogos.

Fue precedido, poco después de terminada la Segunda Guerra Mundial, por la la instalación en España de extranjeros con apariencia distinguida a los que Don Javier presentaba y recomendaba a los dirigentes carlistas porque habían sido compañeros suyos de cautiverio en distintos campos de concentración alemanes. Sin embargo, las observaciones directas sobre nuestro propio terreno daban de ellos pésimos informes. Se enfriaron, pues, aquellas incipientes relaciones. Pero con el asunto de Argelia, aquellos antiguos recomendados de Don Javier volvieron a escena, rejuvenecidos, activos y entusiastas. Lo malo para ellos fue que, en cuanto salían de casa de nuestros dirigentes a quienes visitaron para reanudar los viejos contactos oxidados, llamaban a la misma puerta los agentes del Alto Estado Mayor Español para advertir que se tuviera cuidado con ellos porque pasaban informaciones militares, unos al ejército rojo y otros a la Gran Bretaña.

Como hemos dicho, también hubo fuentes de confusión posteriores.

Aquellos núcleos de personas interesadas en conservar Argelia para Francia fueron como electrodos a los que acudieron multitud de iones de los bastidores políticos de Madrid. Todos los servicios secretos extranjeros «acreditados» en la capital destacaron sus corresponsales. Por supuesto que, por derecho propio, el español. Se mezclaron aventureros nacionales y extranjeros, belgas como Pierre

Joly, alemanes como Otto Skorzeny, rumanos como Horia Sima, y muchos más de categorías inferiores que nada tenían que ver con la «grandeur» del imperio francés ni con la contención del Islam. Se formó un club exotérico con todos ellos llamado «Acción Cristiana Ecuménica», al que acudieron gran número de desocupados, curiosos y snobs madrileños y formaron una especie de lonja de chismes; mezclaban con el asunto básico las guerras coloniales de Portugal y la secesión de Katanga. La cuestión se hizo ininteligible y muchos carlistas se retrajeron.

Era emocionante y lastimoso a la vez ver que todos aquellos variopintos extranjeros tenían un concepto elevadísimo del Requeté, que a la sazón no correspondía en absoluto a la realidad.

En septiembre de 1960 el propio Don Javier dio marcha atrás y envió con un emisario de confianza el consejo de abstenerse de tratar con aquella maraña de gente rara.

Por aquella época y en aquellos ambientes apareció por primera vez en España, importada de Francia, la palabra «ultra», con que se designaba inicialmente a los carlistas franceses contrarios a la independencia de Argelia, y que luego, con el uso y el abuso, ha ido adquiriendo carta de naturaleza entre nosotros, con varios significados, generalmente difuminados, entre los cuales uno de los más rigurosos sería el de «extraparlamentarios».

En febrero de 1960, el Jefe Delegado Don José María Valiente visitó en Francia a Don Javier y le pidió instrucciones acerca de la O.A.S. La respuesta fue que se les ayudara cuanto se pudiera, pero sin comprometerle a él ni a la Comunión Tradicionalista, sino por medio de carlistas interpuestos a título particular. La misma consigna fue traída de París a Madrid por Don José Luis Zamanillo en junio de 1960 y retransmitida inmediatamente al jefe navarro Sr. Astrain y al jefe mallorquín Don José (Quint) Zaforteza, entre otros; en Mallorca tenía la O.A.S. dos importantes bases y radicaba el franco argelino Ortiz, «el cafetero».

En diciembre de 1960, el Jefe Delegado, Don José María Valiente, visitó a Don Javier en Francia. Este le dijo que el general Salan, jefe de la O.A.S., que aparecía y desaparecía en España con frecuencia, era hombre con múltiples conexiones peligrosas, entre ellas la Masonería, pero que en cualquier momento podía convertirse en el hombre fuerte de Francia y que por ello había que mantener el contacto con él y ayudarle a él y a los «ultras». Pero, «naturalmente», sin comprometer a la Comunión Tradicionalista, valién-

dose de personas interpuestas, preferentemente de militares amigos. Con todo esto, Don Javier daba una imagen más de un jugador de ventaja que de un caballero cristiano enfrascado en la lucha contra el Islam. Si bien esta imagen era infinitamente superior a la de algunas altas jerarquías de la Iglesia que desde el primer momento se volcaron a favor del Islam.

El día 26 de mayo de 1961 se celebró una reunión de carlistas destacados en el domicilio del jefe nacional del Requeté, Don José Arturo Márquez de Prado. Se presentó en ella Don Hugo, que, entre otras cosas, dijo muy explícita y claramente que España no debía intervenir en lo de Argelia.

En el curso de esta línea que acabamos de señalar, desde febrero de 1960 a mayo de 1961, se produce un suceso anómalo. A principio de 1961 apareció en Madrid, con un pretexto nada convincente, Doña María Teresa de Borbón Parma, hija de Don Javier, desplegando una actividad febril a favor de la O.A.S. Tenía constantes reuniones de escaso nivel para hablar de esos asuntos. Esto era un nuevo y grave quebranto del organigrama de la Comunión Tradicionalista, deporte muy del agrado también de Don Hugo, al que produjo grandes males. Doña María Teresa hizo esta guerra aparentemente por su cuenta y para ello se alió con dirigentes de A.E.T. que tenían esa misma afición de salirse de sus puestos en la organización, lo cual era especialmente grave en aquellos momentos porque Don Juan Carlos acudía a la Universidad de Madrid, y era allí donde debían poner en juego todas sus fuerzas. Curiosamente, gastaban más dinero del que habitualmente disponían los estudiantes en alternar con los aventureros extranjeros que pululaban en torno a la O.A.S., y hacían gala de poseer grandes recursos para resolver toda clase de problemas.

Don Javier fue informado de esta situación por Don José María Valiente y ambos estuvieron de acuerdo en que aquellos estudiantes eran demasiado jóvenes para intervenir en el asunto argelino. Pero la debilidad de carácter tanto del Rey como de su Jefe Delegado no detuvo el decidido empeño, sospechoso, de aquellos jóvenes de entrometerse en los contactos con la O.A.S., invocando a veces que servían a Doña María Teresa y de los cuales acabaron desplazando a los militares del Estado Mayor del Requeté (1). Este desenlace acabó de desacreditar al Carlismo ante los jefes militares de la

(1) Vid. tomo del año 1961.

O.A.S.; no fue mayor el escándalo, porque pronto fueron vencidos y se dispersaron.

En el trato de los militares del Estado Mayor del Requeté con los militares del Alto Estado Mayor español se produjo una anécdota aleccionadora. Dos coroneles franceses de la O.A.S. pidieron a los militares carlistas que les enlazaran con los del Alto Estado Mayor. Se prepararon varias entrevistas, que se celebraron en el domicilio de uno de los militares carlistas y, además, éste quedó de acuerdo con ambas partes en hacerles pequeños enlaces indirectos en cuestiones menores. Se llevaban hechas varias gestiones de éstas y se creyó haber fundamento para preguntar al Jefe Delegado qué se podía pedir a cambio. A Valiente le pareció que ése era un buen planteamiento por lo que pudiera contribuir a borrar la tan arraigada teoría de que los carlistas son unos bomberos gratuitos; pero no se le ocurría qué se podría pedir en aquel momento, y se decidió seguir acumulando méritos para cuando surgiera algo que pedir a cambio.

En esto, los carlistas de Irún avisaron que la policía había descubierto e incautado a los separatistas vascos dos modernas multicopistas. Inmediatamente se pidió a los del Alto Estado Mayor que las regalaran al Requeté, que, aunque no integrado en la situación política, las emplearía en combatir a esos mismos separatistas vascos.

El jefe de la sección del Alto Estado Mayor que recibió la petición la rechazó con un improvisado discurso grandilocuente, en el que dijo que parecía mentira que los carlistas pensaran en pedir nada por servir a España. El jefe carlista le contestó que no pedían las multicopistas para sus personas, sino para mejor combatir con ellas a los separatistas, y que en un terreno personal había que tener muy presente que él y sus compañeros y correligionarios intervenían en esos asuntos sin percibir un céntimo, mientras que su interlocutor intervenía en los mismos en función de su destino militar, por el que recibía un sueldo, y pluses, para él y su familia.

NOTA DE DON JAVIER EN «LE MONDE»

Como contexto de lo anterior cerramos este epígrafe con noticias de la participación de Don Javier en la vertiente puramente francesa de este asunto. Son evidentemente insuficientes y hacen sus-

pirar al recopilador porque alguien escriba una extensa biografía política de Don Javier en sus aspectos extraespañoles y extracarlistas (1).

CARTA DE DON HUGO A DON JOSE MARIA VALIENTE

«Hotel Cayré.

París, 5 de enero de 1961

Querido José María.

Las necesidades políticas europeas han obligado a mi padre a publicar una nota en el periódico francés «Le Monde». En esta nota insiste, sin decirlo, sobre la necesidad para los franceses, de estar NO al referéndum. Incluyo esta nota para que tú la trasmitas (si a ti y a los amigos les parece oportuno) a la prensa española para evitar que ésta tenga sólo la versión del periódico francés. Puesto que nadie nos garantiza que este periódico publicará íntegramente y textualmente la nota de mi padre. Ya en la redacción que incluso han transformado por error una frase. Si hay que comunicar esta nota a la prensa hay que hacerlo en seguida y si os parece con un comentario. De todas maneras, traducido en castellano. Creo útil comunicarlo a José Antonio e Ignacio.

Con un fuerte abrazo querido José María.

Tuyo.

Firma: CARLOS

P. S. Estoy de acuerdo con las ideas de María Teresa, pero con prudencia.

P. S. No *publicar nada* si el «Le Monde» del viernes 6 no la publica (a controlar).»

RESPUESTA DE VALIENTE A DON HUGO

«Señor:

Tengo el honor de acusarle recibo de su carta del 5, fechada

(1) Me comunica Don Juan Balansó que en 1970 se editó en Holanda un opúsculo de 64 páginas con el título «Z.K.H. Prins Xavier de Bourbon Parma», cuyo autor es Evrard Op De Beek. Parece inspirado por Doña Irene de Holanda para dar una imagen democrática de Don Javier.

en París, a la cual acompaña la Nota enviada por Su Majestad al periódico «Le Monde».

Pero esta carta de Vuestra Alteza no la pude leer hasta el sábado 14, en que llegué aquí, después de un viaje a Bilbao y Santander.

Inmediatamente me puse al habla con José Antonio (1), según me ordena Vuestra Alteza. Consulté también con José Luis Zamanillo, y no pude hacerlo con Juan (2) porque continúa en Barcelona. Tampoco pude hablar con Ignacio (3) porque había salido ya de Madrid.

Como ya se había producido un retraso de bastantes días, por mi ausencia, coincidimos todos en pensar que no era conveniente dar la Nota de Su Majestad a los periódicos españoles. También encargué en seguida a José Antonio que lo comunicara así, directamente a Vuestra Alteza.

Guardamos, y reservamos la Nota para cualquier momento en que sea oportuno dar alguna explicación de la actitud de Su Majestad.

Como la prensa española no ha publicado la Nota de «Le Monde» pensamos que tampoco por esta razón convenía enviar a los periódicos de aquí la Nota de Su Majestad (4).

José Antonio recibió el telegrama de Doña María Teresa (5) y sigue conduciendo el asunto con muy buen tacto.

---

(1) José Antonio Parrilla García, secretario de Don Hugo.

(2) Don Juan Sáenz Díez, miembro del Secretariado; el otro miembro era Zamanillo.

(3) Don Ignacio Toca Echeverría, amigo, a la sazón, de Don Hugo y dirigente carlista.

(4) Había otras dos razones más, que no se mencionan y eran las principales, según relató Don José María Valiente al recopilador: una, que la comparación que hace Don Javier de la situación en Francia por lo de Argelia con el 18 de Julio español es una exageración risible e impublicable. Y la otra, que varios españoles que habían leído la nota en «Le Monde» le echaron en cara a Valiente este nuevo acto francés de Don Javier; él se defendió diciendo que era un problema de toda la Cristiandad, para lo cual hay algunos apoyos en el texto de la nota. A lo largo de esta recopilación hemos visto muchas veces la preocupación de Don Javier por Europa y por la Cristiandad. Por eso es mezquina la interpretación que dio posteriormente (9-10 de febrero de 1964) el mismo «Le Monde» de que este «no» de Don Javier al Referéndum sobre la autodeterminación de Argelia era una réplica a la política seguida por su enemigo, el Conde de París, que hacía propaganda a favor de la concesión de un voto de confianza a De Gaulle, del cual resultaría el abandono de Argelia por la metrópoli. Sirve, al menos, para consignar la postura del Conde de París y de cuanto representaba.

(5) Doña María Teresa de Borbón Parma, hermana de Don Hugo, dedicada a la sazón al activismo a favor de la O.A.S., al menos aparentemente.

Estoy a las órdenes de Vuestra Alteza por si tiene a bien rectificar nuestra decisión. Ya sabe Vuestra Alteza que en todo momento deseamos atender sus órdenes del mejor modo.

Madrid, 20 de enero de 1961.

Señor,

José María Valiente

Para SU ALTEZA REAL EL PRINCIPE DE ASTURIAS.»

NOTA DE PRENSA DE DON JAVIER SOBRE ARGELIA

Traducción por el recopilador de la nota de prensa de Don Javier a que se refiere la precedente carta de Don Hugo a Don José María Valiente. El original se encuentra en el archivo de este último.

«Hasta aquí, yo no me había creído en el deber de expresar mi opinión sobre el conjunto de cuestiones que actualmente dividen a los franceses. Me decido a hacerlo ante el drama de conciencia de un gran número de amigos míos. También porque las circunstancias en las que se ha planteado la campaña del plebiscito son de una naturaleza que acrecienta aún más la confusión de los espíritus. Mas, en fin, y sobre todo, porque de la misma manera que en 1936 la suerte de Occidente se jugaba en España, de una manera análoga se juega hoy en Francia con motivo de la cuestión argelina.

Por las responsabilidades que asume en Argelia desde hace 130 años, Francia ha dado a este territorio lo mejor de sí misma y se puede decir que, a pesar de las imperfecciones inherentes a toda obra humana, fue y sigue siendo un testimonio de los valores de civilización que le ha proporcionado su larga historia.

A las poblaciones de razas y de religiones diferentes que tanto ayer como hoy no existieron a la vez como nación, Francia les ha aportado los beneficios de la paz y de la promoción humana fundadas en una concepción secular de la dignidad del hombre que ha constituido la grandeza del Occidente cristiano.

Nadie tiene posibilidad de descargar a Francia de esta misión que hoy asume por cuenta del mundo libre. No se trata de mantener unos privilegios cueste lo que cueste, sino de cumplir unos deberes. Sin embargo, ¿cómo concebir estos últimos sin la autoridad que hace posible su ejercicio?

No se puede dejar de comprender que cualquier relajamiento de los lazos íntimos que hoy unen las provincias argelinas a Francia y por ella al mundo occidental, se traduciría en el más breve plazo en el control del mundo soviético sobre Africa del Norte, primero, y después, sobre el conjunto del continente africano.

En estas condiciones, y como descendiente de Carlos X y heredero de una familia que ha dado a Europa, y no únicamente a Francia en particular, el testimonio de su vinculación a la civilización cristiana, me era imposible guardar silencio.

Desde el momento en que a través de su misión africana se juega el porvenir y el destino de Francia, no me es posible quedarme neutral. A un país que desde hace 50 años ha atravesado pruebas semejantes se le puede excusar un cierto cansancio. Habiendo participado de sus sufrimientos y de sus luchas, estimo que es mi deber subrayar la gravedad de su elección y exhortarla a no abandonarse a lo fácil.

Va en ello su supervivencia, y a través de ella la libertad del Occidente cristiano. Solamente me parece posible una solución, la que, rechazando desde hoy todo compromiso con nuestros enemigos exteriores, conservará Argelia para Francia.»

XII. EL CARLISMO Y LA NUEVA EUROPA UNIDA

Introducción.—Textos de Don Alvaro d'Ors, Don Francisco Elías de Tejada y Don Rafael Gambra.—Unas declaraciones de Don José M.ª Valiente.—Palabras de Don Blas Piñar en el Acto de Montejurra de 1963.—Otra serie de estudios: en la revista «Siempre»; en la revista «Azada y Asta».—Denuncias carlistas de una gran maniobra europeizante contra la España Nacional.—Conducta de Don Juan de Borbón y de sus colaboradores.

INTRODUCCION

Concentramos en este epígrafe apuntes y documentos dispersos de los años vecinos referentes a este tema. Parece obligado traerle aquí porque, aunque rebase muy ampliamente nuestros límites cronológicos, entre ellos ya estaba presente con suficiente claridad y entidad como para exigir unas páginas en esta recopilación (1).

Antes de ordenar los materiales de que disponemos, declaramos que nos faltan unos importantísimos: los referentes a las actividades, a veces febriles, de Don Javier en Europa y en asuntos ajenos al Carlismo. Como en muchos otros epígrafes, tenemos que advertir que la redacción de éste es, pues, deficiente y peligrosa hasta que se pueda volver a escribir a la vista de una buena biografía extraespañola y extracarlista de Don Javier de Borbón Parma.

Las tensiones entre España y Europa se van concretando ya en

(1) Vid. et. tomo XIX-(II), pág. 395, y tomo del año 1963.

la Paz de Westfalia (24 de octubre de 1684), que pone fin a la guerra de los Treinta Años. «Hasta ella había dos proyectos distintos de configurar al mundo moderno: una concepción teocéntrica, basada en principios objetivos, universales y permanentes; o bien, una concepción antropocéntrica, racionalista y, por consiguiente, individualista, lo mismo a escala personal que a escala nacional, y cuya norma de conducta en orden a la paz del mundo no pudiera ser ya otra que una carta de igualdad o una fórmula de coexistencia dentro de la diversidad capaz de amparar a una serie de verdades subjetivas e independientes. La nueva concepción del mundo traía consigo, pues, también una nueva ética, muchos de cuyos rasgos alcanzan hasta nuestros días» (1).

Durante la Guerra de la Independencia los afrancesados ponen de manifiesto la grave dimensión que discretamente había ido adquiriendo ya la tendencia a europeizar a España. Durante todo el siglo XIX, el Carlismo, no solamente en las guerras carlistas, es la defensa de la España católica y castiza contra la europeización que reviste la forma política del liberalismo o Derecho Nuevo nacido de la Revolución Francesa. Al terminar el siglo, Aparisi y Guijarro escribe: «La cuestión carlista no es una cuestión española; es una cuestión europea. Es más, mucho más, que una cuestión política; es una cuestión social y religiosa; de suerte que en nuestros aciertos o errores está interesado el mundo, y si es lícito usar una expresión atrevida, está interesado Dios mismo.»

En el ocaso de su vida, en el Real Decreto de 23 de enero de 1936, que puede considerarse su testamento político, Don Alfonso Carlos define «los fundamentos intangibles de la legitimidad española», a saber: «... V) Los principios y espíritu y, en cuanto sea prácticamente posible, el mismo estado de derecho y legislativo anterior al mal llamado derecho nuevo.»

Pero a los pocos meses, iniciada la Cruzada de 1936, la europeización de España cambia su fisonomía política y adopta el mimetismo de la moda europea nazi y fascista, contra la que también resiste el Carlismo. Esta resistencia está recogida en esta recopilación. Pero es de justicia advertir que también hubo otras resistencias no rojas ni de izquierdas.

---

(1) V. Palacio, revista Arbor, núm. 25, reproducido en la Gran Enciclopedia Rialp, voz Westfalia.

En este epígrafe haremos una crónica de la resistencia al nuevo proyecto de unificación de Europa que afloró después de la Segunda Guerra Mundial. Apenas ésta dejó de ocupar a las democracias, ya pusieron éstas manos a la obra de europeizarnos según su molde liberal y democrático.

Los horrores de la Segunda Guerra Mundial levantaron un clamor universal de que había que impedir a todo trance su repetición. Uno de los proyectos que para ello se propusieron fue la unificación de Europa. Pero tanto los gigantismos unificadores como los enanismos separatistas y disgregadores padecen a su correspondiente escala las mismas alternativas políticas que se dan en las naciones que son su punto de partida.

Desde el primer momento se vio, pues, que había que definir la fisonomía política de la nueva Europa unida. Algunos tradicionalistas que de antiguo estudiaban las sectas enemigas del Catolicismo en Schola Cordis Iesu, de Barcelona, avisaron precozmente que se empezaban a exhumar unos proyectos del conde húngaro Kalergi, unificadores de Europa y de signo anticristiano. En Francia se descubrió durante la Segunda Guerra Mundial una sociedad secreta llamada La Synarquía, sobre la que se escribió mucho en francés y que tenía parecidas pretensiones unificadoras y anticristianas. No tardó en dibujarse un frente unificador de Europa bajo un signo anticristiano. Ante él, el Papa Pío XII movió sus peones para que la nueva Europa fuera cristiana. Entre ellos, a Don Javier de Borbón Parma y a Don Otto de Habsburgo. Fue vencido, y el 25 de marzo de 1957 se firmó en Roma el «Tratado Constitutivo de la Comunidad Económica Europea» [Vid. tomo XIX-(II), pág. 395.]

La conducta de los carlistas en todo este asunto se desarrolla en dos planos:

Uno, doctrinal y teórico, que desenmascara y denuncia la verdadera naturaleza radicalmente anticristiana de esa Europa que se empieza a construir.

Otro, a nivel popular y fáctico, de denuncia y señalamiento de que las izquierdas plantean la integración de España en la Europa democrática como una gran maniobra para arruinar lo poco que iba ya quedando de la España Nacional de la Cruzada, tradicional y antiliberal.

Los principales intelectuales tradicionalistas, entre otros, Don

Alvaro d'Ors, Don Francisco Elías de Tejada y Don Rafael Gambra, expusieron sus tesis con la nitidez propia del más castizo talante carlista. Eran éstas que la nueva Europa y la España Nacional eran irreconciliables y que esta nueva europeización de nuestra patria implicaría su desnaturalización y descristianización. Ellos han dejado muchos documentos monumentales que constituyen un faro del pensamiento español. Sus trabajos han sido matrices donde se han moldeado muchos otros.

En este plano de las ideas hay que distinguir un segundo escalón, que describimos con el subtítulo de «Otra serie de estudios».

Algunos carlistas jóvenes del sector informal, pero poderoso, de amigos de Don Hugo, ya muy contaminados a la sazón de progresismo, escribían propagando las ideas antieuropeas aprendidas y copiadas de los maestros citados. Pero con un lenguaje a veces oscuro, equívoco y escurridizo y, lo que es más importante, con un estilo dialogante, conciliador y disimulador del peligro. (Los progresistas, como parte de la izquierda, eran europeizantes.) Estos carlistas mestizos de progresismo rehuían la denuncia, no tocaban a rebato y escribían como si aún fuera posible que una España tradicionalista ingresara en la nueva Europa anticristiana y la cristianizara; como si no hubiera el peligro de que lo que sucediera fuera todo lo contrario, o como si la nueva Europa estuviera en período constituyente y aún modelable en sus líneas maestras. Daban la impresión de no haberse enterado todavía del carácter liberal y democrático de la Europa unida; había ya fraguado el soporte económico de ésta en la Declaración de Estrasburgo (1949) y en el Tratado de Roma (1957), y en otros documentos técnicos, cuyos muñidores y beneficiarios eran anticristianos. En el fondo, la realidad era más grave; no se trataba solamente de un error en la estimación de la situación, como parecía a la primera impresión, sino que tenían muy adelantado en su intimidad el trasbordo desde el viejo Carlismo al progresismo liberal y neomarxista.

Por lo dicho, en algunos de sus artículos coinciden expresiones de la doctrina tradicionalista frente a Europa con otras de menor altura y relación con el tema, como son críticas indiscriminadas al liberalismo económico capitalista, pero no al liberalismo ideológico; de ensañamiento en la culpa que los malos católicos tienen en la génesis del comunismo (autocrítica progresista); y de una no explicada absoluta novedad que había de tener, según ellos, la nueva Europa sin referencias a su tradición política; amén de las habituales

invectivas al inmovilismo defensivo, y exhortación al «aggiornamiento», a la aventura y a las experiencias no precisadas. Esto les facilitaba familiarizarse con la nueva Europa de manera que se les podía parafrasear aquella sagaz observación de un impío francés que, al ver que León XIII aceptaba la democracia cristiana, dijo que la cosa estaba en que ya se había tragado la palabra democracia y que así no tardaría en tragarse todo el resto de su verdadero contenido.

No se deduzca de este comentario previo un desprecio o desaprobación de sus trabajos; tenían menos grados de antieuropeísmo que los de la primera serie, la de los maestros, pero eran antieuropeos y como tales, honrosas, meritorias y plausibles contribuciones a la Causa de la Tradición Española. Hechas las anteriores salvedades en servicio a la verdad, reproducimos, fragmentariamente, algunos de esos artículos, y no solamente por limitaciones editoriales, sino por disculparles de aquellas inútiles y feas erupciones del sarampión progresista, conservando lo mucho que tenían de útil, bueno y expresivo de tradicionalismo.

Digamos, para terminar esta «Introducción», que Don Juan de Borbón y Battenberg y sus más altos colaboradores eran europeizantes; eran como un molde en negativo de lo que es y hacía el Carlismo y facilitaban así, por contraposición, la comprensión de éste; hubo algunas escaramuzas sobre este tema entre unos y otros, esclarecedoras de la diversidad de las respectivas cosmovisiones.

Franco, por su parte, intuyó el peligro y fundó su estrategia en rehuir un planteamiento frontal y en perder tiempo, la cual le había resuelto anteriormente arduos problemas. La prensa del Movimiento y la prensa toda tocó poco el tema, y discretamente, restándole importancia. De ello resulta el honor para los carlistas de ser, una vez más, centinelas y vanguardias de la defensa de la Religión y de España. Si su voz no tuvo más resonancia, si no quedan más huellas de aquellos avisos proféticos, es por las limitaciones que el Gobierno ponía a su propaganda. Son excepciones los libros no oficial ni formalmente carlistas, pero sí de contenido tradicionalista, de la «Biblioteca del Pensamiento Actual» (Editorial Rialp), que en seguida veremos: el de Guardini, con prólogo de Don Alvaro d'Ors, que inició la colección, y el titulado «De la Guerra y de la Paz», de Don Alvaro d'Ors, que recibió el Premio Nacional de Literatura; la revista de Barcelona, «El Cruzado Español», y más adelante la de Madrid, «¿Qué Pasa?».

Ordenamos, pues, los materiales recogidos de la siguiente manera:

A) Idearios de los señores Alvaro d'Ors, Francisco Elías de Tejada y Rafael Gambra.

B) Otra serie de estudios.

C) Denuncias carlistas de la gran maniobra europeizante contra la España Nacional.

D) Conducta de Don Juan de Borbón y de sus colaboradores.

Volvemos sobre este tema en el tomo del año 1962 con motivo de las reuniones de todas las fuerzas de la oposición a la España Nacional en el Congreso del Movimiento Europeo celebrado en Munich en ese año.

TEXTOS DE DON ALVARO D'ORS

Nos resulta imposible reproducir todo lo que sobre Europa advirtió este ilustre catedrático, que ocupaba puestos directivos variados en la Comunión Tradicionalista. Los textos que siguen como muestra de su tarea han sido seleccionados por su bondad, pero sobre todo por su dispersión a lo largo del tiempo, lo que confirma su profundidad y la vocación de su autor.

La Editorial Rialp inició su colección titulada «Biblioteca del Pensamiento Actual», que tuvo gran éxito (1), con el libro de Romano Guardini, «El mesianismo en el mito, la revelación y la política». Le puso prólogo Don Alvaro d'Ors, y a él pertenecen los siguientes fragmentos:

«Con Guardini son hoy muchos los pensadores, incluso no católicos, que ven en la Iglesia la fuerza salvadora de Europa. Para todos ellos Europa resulta algo valioso en sí y digno de ser salvado de esta actual crisis en la que parece correr el riesgo de sucumbir definitivamente.

No creo formular una posición exclusivamente personal al decir que desde el ángulo visual del español el concepto "Europa" aparece de una manera algo distinta.

Constituye ya un viejo tópico que España, dentro de las nacio-

(1) Vid. tomo XV, pág. 86.

nes continentales, es la menos europea. Aunque la nota del africanismo con que siempre se han complacido en decorarnos nuestros cordiales enemigos sea absolutamente falsa, aquella otra afirmación no deja de tener su fundamento. Por más que España, durante muchos siglos, haya sido conductora de la vida europea, es cierto que en España no hay verdaderamente un sentimiento "europeo". Ello se debe, a mi modo de ver, a una razón que no ha sido puesta en la claridad debida.

"Europa", en realidad, quizá no pase de ser una fórmula secularizada para designar la "Cristiandad".

Si consideramos la historia de la palabra veremos que aunque como término geográfico tenga ya su abolengo, como término cultural dotado de sentido espiritual y político no aparece hasta la Edad Moderna. Precisamente cuando los cismas habían arruinado el antiguo concepto de Cristiandad. El Imperio Romano no era Europa. Se produjo aquella dolorosísima escisión entre Oriente y Occidente; aquél quedó fuera de la Cristiandad y fue arabizado, a diferencia del Occidente, donde la invasión árabe fue rechazada. El Sacro Romano Imperio tampoco era Europa. Se produjo luego una nueva escisión, igualmente dolorosa: la Reforma Protestante, que vino a arruinar el concepto de Cristiandad. Entonces, al apartarse de Roma aquellas regiones heréticas del Norte, para salvar la unidad de cultura religiosamente resquebrajada, se empezó a hablar de Europa. Por eso decimos que Europa es una fórmula secularizada para designar a la Cristiandad en un momento en que ésta había sido profanada.

España, reacia a la Reforma, no podía ver con agrado aquella suplantación. Por otro lado, una porción vital de su población y de su historia se había desplazado, al impulso de una misión cristianizadora, hacia un Nuevo Continente. Para la mentalidad española no podía haber gran diferencia entre un católico de América y otro de Europa. Aquello también era Cristiandad. Sí había, en cambio, una gran diferencia entre un católico y un hereje, europeos los dos. La discriminación se fundaba, pues, en un criterio de Fe, no en diferencias de raza, de localización geográfica, de clima cultural, etc. Ese contacto precoz con el católico no europeo y el encuentro igualmente precoz con el europeo no católico, hizo que el español se hiciera ecuménico y, en cierto modo, poco europeo. "Europeísmo", "occidentalismo", son formas de carácter histórico, pero teológicamente inadmisibles.

Si Europa es esencialmente cristiana, como dice Guardini, y nos encontramos con que una gran parte de ella es actualmente anticristiana, una de dos: o nos empeñamos en decir que tales europeos no son auténticos europeos, con lo que desvinculamos la palabra de su positivo sentido geográfico, o diremos que lo valioso en la pareja conceptual "europeo-cristiano" es el segundo elemento, y relegaremos el primero a un plano muy secundario. Esto es lo que prefiere hacer el español.

Ocurre con esto algo parecido a lo que acontece con el concepto "Edad Media". Ningún pueblo, quizá, sigue tan aferrado a ciertas formas medievales como el español, y, sin embargo, todo lo que se diga de un retorno a la Edad Media no podrá ser tomado nunca en serio por el hombre español. Porque para él la Edad Media es valiosa, no en sí, sino en lo que representa como realización cumplida de algunos ideales cristianos.

"Europa" y "Edad Media" son como formas culturales que contienen con cierta plenitud esencias del Cristianismo. Ante esas formas, el español no aprecia el continente, sino el contenido valioso. No creo que el valor pueda transferirse sin más del contenido al continente.

Por este motivo, quizá no llegue a causar gran entusiasmo entre los lectores españoles la afirmación que hace Guardini de que Europa es "una viva entelequia, una operante forma espiritual. Europa no deja de ser para nosotros un sustitutivo desgraciado de la Cristiandad". Esto introduce cierto matiz de incomprensión entre el español y el europeo incluso cristiano.»

* * *

En 1954, Don Alvaro d'Ors publica su libro «De la Guerra y de la Paz» (Editorial Rialp). Sigue pensando lo mismo respecto de Europa. A ese magnífico pequeño libro pertenecen los siguientes párrafos:

«Es necesaria una restauración en el pensamiento católico de la idea de la Comunidad Cristiana universal como proyección histórico-política de la Iglesia, y una renuncia, en cambio, a los sustitutivos de "Occidente" o "Europa", que no son más que fórmulas equívocas y peligrosas para mantener una unidad neutralizada y escindida por la herejía. "Europa" es un producto histórico de la Reforma» (pág. 20).

«Europa quiere decir, pues, la comunidad de los pueblos occidentales cuya unidad religiosa había sido arruinada, pero cuya civilización de abolengo cristiano parecía indestructible. El nombre de Europa es, pues, un sustituto moderno para disimular la quiebra sufrida en la Cristiandad a consecuencia de la satánica Reforma Protestante» (pág. 101).

«Esa actitud antiimperial del más genuino español ha pervivido después en la forma de su proverbial antieuropeísmo, pues, al fin de cuentas, Europa no es más que la fórmula moderna, impuesta por la Reforma y la destrucción de la unidad religiosa, que ha suplantado a la vieja fórmula del Imperio. A España, la menos europea de todas las naciones de Europa, un misterioso destino la ha arrastrado a mirar hacia el Atlántico, de espaldas a Europa. Ni el menor interés por los problemas europeos la ha sacudido, ni la menor simpatía. España está ligada a Roma por una razón de fidelidad religiosa imperturbable; por el brillo de un luminoso París, la sociedad española de ciertos momentos de decadencia ha podido sentir un especial atractivo; también, muy accidentalmente, el estupor de la admiración por el fuerte ha podido invadir al español ante el éxito de alguna potencia europea, pero, la verdad sea dicha, España nunca se ha sentido auténticamente europea. Sus simpatías, sus anhelos, se han dirigido hacia las Américas» (pág. 127).

* * *

Artículo «El equívoco del Europeísmo».

En la revista «Montejurra», de junio de 1963, Don Alvaro d'Ors publicó un artículo titulado «El equívoco del Europeísmo». Fue muy reproducido por los modestos impresos carlistas, entre otros, por «Boina Roja» de 23 de mayo de 1970, lo cual muestra la permanencia de estos criterios en el seno de la Comunión Tradicionalista. Por supuesto que ni éste ni otros artículos semejantes fueron reproducidos, ni siquiera aludidos, por la gran prensa, de dueños desconocidos. Decía así:

«Entendámonos: como carlista que soy, no puedo ser nacionalista, pues el nacionalismo pertenece a la revolución liberal y de ésta el Carlismo vive libre; el Carlismo es hoy la única ideología y fuerza política que no está contaminada de liberalismo; de ahí su prestigio y su inmenso porvenir. Sobre la clara distinción entre el amor a la patria, que es una virtud clásica y excelsa, y, por otra parte,

el nacionalismo, he escrito casi hasta la saciedad, pero se trata de una distinción clave, olvidada la cual, todo queda en tinieblas.

Pues bien, sin ser nacionalista, quiero denunciar una vez más un espejismo en el que fácilmente pueden caer los que tienen mejor voluntad que prudencia: El espejismo del "europeísmo".

Los fautores del "europeísmo" lo presentan como una superación de las estrecheces nacionalistas, y se colocan así a favor de la corriente innegable de los tiempos. Pero el "europeísmo" es ante todo un encogimiento del universalismo católico.

Lo recordaré una vez más: Europa es la que suplantó a la Cristiandad cuando la Cristiandad se escinde por obra de la herejía protestante. Como no hablo para protestantes, sino para católicos —que son o lo debieran ser—, no hay falta de caridad en llamar a la herejía por su nombre; al revés, me mueve a ello el amor por las almas de mis hermanos que podrían llegar a creer, a fuerza de miramientos diplomáticos, que eso del protestantismo no es tan malo como nos lo pintaban. "Europa —digo— es un producto de la Reforma".

Ahora lo que nos viene a decir el europeísmo de algunos españoles es que no, que España no iba por buen camino; que los que tenían razón eran ellos, los extranjeros que se pervirtieron hasta suplantar la Cristiandad por la Europa; y que hay que aproximarse a ellos y "hacerse europeos". Así, si nos fijamos bien, eso de que España debía "europeizarse" lo solían decir aquellos que no se sentían orgullosos de la incontaminación del Protestantismo. Lo peor es que ahora dan en decirlo algunos que pretenden ser auténticos católicos, y la moda europeísta hace estragos.

Que España se integre en tal o cual grupo económico, militar, técnico, en fin, que abarque otros pueblos europeos, eso puede estar muy bien, y no veo inconveniente en que quien puede conocer la conveniencia decida la integración. Pero a título de conveniencia, sin necesidad de "europeísmo". Y si la conveniencia está en acercarse a un grupo africano, americano o lo que sea, debe seguirse con tranquilidad. El mal no está en el hecho de una aproximación utilitaria, sino en la ideología mítica.

En el terreno de la ideología, España tiene razón y Europa no la tiene. Son ellos los que deben rectificar. No diremos que deban "españolizarse", pero sí que deben "cristianizarse".

Sería absurdo que en el preciso momento en que el mundo acabe

por dar la razón a España, nosotros nos hayamos disfrazado de "europeos".

"Europeísmo", oro de mala ley, espejismo de oropel.»

* * *

EUROPEISMO

Por D. Alvaro d'Ors

«Frente al europeísmo gubernamental me encuentro en franca oposición.

Hace treinta años el afán europeísta nos forzó a adoptar una forma que imitaba el totalitarismo entonces imperante en Europa. Ese mismo europeísmo nos lleva hoy a disolvernos en la revolución democrática que domina en nuestro Continente. En todo caso, complejo de inferioridad del español, que renuncia a su propia Tradición por no encontrarse seguro de ella.

Europa no es hoy una unidad, pero si la tuviera sería de tono hedonístico y democrático. Vale más que no haya tal unidad europea. En este momento de revolución dominante, España nada tiene que decir que valga la pena y esté a tono. Pero, al renunciar a su Tradición, se inhabilita España para poder ofrecer en el futuro otros ideales que pudieran salvar a Europa de la revolución que la domina.

Quizá se quiera renunciar a la Tradición por una esperanza de mejor aprecio exterior, pero la verdad es que no se recoge más que desprecio. También en la República hicimos dejación de nuestra personalidad histórica y nunca fue España menos estimada por la opinión mundial.

Cuando se llega incluso a la dejación de la potestad, a una indefensión ante la violencia revolucionaria por la ilusión de aquel poquito de mejor fama que luego no se alcanza, piensa uno que el empeño por la acomodación europeísta de España es cosa tan ingenua como inútil, tan floja como funesta, y que, por el contrario, nada favorecería más a España y a sus intereses reales como el mantener en ella una fuerte reserva frente a la epidemia revolucionaria.»

(«El Pensamiento Navarro», 28-II-1971)

* * *

En su libro «La violencia y el Orden» (Ediciones DYRSA, 1987), Don Alvaro d'Ors escribe, página 19: «Lo que no cabe esperar de España es que se avenga a ser un europeo "país" pluralista, tibio, liberal y transigente, como parece, a veces, ser el deseo de los católicos de fuera, incluso de algunos Papas.»

TEXTOS DE DON FRANCISCO ELIAS DE TEJADA

En una valoración cuantitativa de las aportaciones carlistas a la confrontación España Nacional-Comunidad Económica Europea, sobresale mucho sobre las de los demás la del profesor Elías de Tejada. Denunciaba el peligro en libros, artículos, conferencias, cartas y conversaciones, con una insistencia que pudiera parecer obsesiva, pero que la historia posterior aclara más bien como carismática. Es imposible recoger aquí todo lo que hizo. El fue el campeón y a él tienen elemental obligación de acudir en primer término los estudiosos de tan grave asunto.

Presentamos a continuación su ponencia al Congreso de Príncipes Alemanes de 8 de septiembre de 1951 (vid tomo XIII, pág. 44). Fue precedida tres meses antes por un «Informe que la Comunión Tradicionalista eleva a S. M. I. Otton de Habsburg», que, aunque suscrito por el Jefe Delegado, Don Manuel Fal Conde, está redactado por Elías de Tejada (vid. tomo XIII, págs. 112 y sgs.). Con los originales de ambos documentos, y como preámbulo de su gestación, se encuentra (1) una minuta suelta a máquina de una conversación, sin nombres ni fecha; por coetáneos se sabe que los interlocutores fueron Don José Luis Zamanillo y Don Otto, y está escrita por el primero. Muestra, una vez más, la familiaridad de los carlistas con el proyecto de que la nueva Europa unida fuera la reconstrucción de la Cristiandad. Esta minuta previa dice así:

«Después, llegada la hora de irse a Capitanía, me retuvo y en un aparte me dijo que a principios de Junio va a presidir una reunión de todos los Príncipes alemanes, católicos y protestantes, como resultado de un acuerdo inicial entre ellos, en la que van a trazar las normas conducentes a las restauraciones monárquicas de centro de Europa. Este asunto es reservado, me dijo. Pero el pro-

(1) Archivo de Don Joaquín García de la Concha.

blema consiste en que hay que dar los principios para esas monarquías y para la lucha monárquica y que esos principios los habíamos de dar nosotros. Conviene notar que yo ya le había hablado varias veces de los Príncipes de Baviera y del príncipe de Württember de los que nos habló Paco y cuyos nombres y direcciones me había dejado el pulmonífero Lippmann. Sobre quienes son y el juicio que merecen me habló por extenso.

Pues bien, acabó pidiéndome que yo dé la nota de los principios fundamentales para esas restauraciones monárquicas y para ese movimiento monárquico europeo. Claro está que yo levanté en mis brazos paternales a Paco Elías y hablando largamente de él. De él dije todo lo que es verdad, por lo que entró en ganas de conocerle y le di su dirección y teléfono en Madrid para que a su paso por Madrid a fines de Mayo o principios de Junio le llame. Quedamos en que Paco Elías será quien dé esa declaración de principios. Don Otto me preguntó si tenía en Elías plena confianza, por lo que, declarada ésta por mí, le acepté como representante nuestro a ese fin.»

PONENCIA DE ELIAS DE TEJADA AL CONGRESO DE PRINCIPES ALEMANES DEL 8 DE SEPTIEMBRE DE 1951

«Majestad. Altezas. Señores.

S. A. el Príncipe de Waldburg zu Zeil y el Dr. Gerhard Kroll, organizadores de este acto, han tenido la gentileza de invitar en mi persona a la Comunión Tradicionalista de España para que la voz de la experiencia del más antiguo de los grupos monárquicos existentes en el mundo venga a dirigiros un saludo de felicitación esperanzada y venga a participar en este magno movimiento que quiere encauzar la vida política de nuestro siglo. En el nombre de S. A. R. el Príncipe Javier de Borbón-Parma, nuestro Regente, y en nombre del Jefe-Delegado de la Comunión Tradicionalista Don Manuel Fal Conde, tengo el alto honor de traer aquí la voz de los "requetés" españoles, de quienes, con ciento dieciocho años de historia activa, habiendo perdido por traición tres guerras tan tristes como gloriosas, constituimos el grupo político más sólido, más vigoroso y unido de cuantos alientan al margen de la dictadura del ge-

neral Franco, así como la única esperanza en un muy próximo porvenir hispano.

El tema que S. A. el Príncipe Erich con Waldburg zu Zeil me designó es el de analizar los movimientos políticos de orden en Europa y en el espacio cultural ibérico de Ultramar con lo que, a mi entender, se me indica, no el empeño imposible de trazar en breves palabras una reseña histórica de las auténticas tendencias monárquicas en los últimos dos siglos, sino la exposición de una serie de consideraciones críticas desde el punto de vista del pensamiento político tradicional.

Repasando el mapa histórico de los pueblos de Occidente desde esta roca firme de la Tradición inconmovible de las Españas, encontramos a partir de la Revolución Francesa tres fenómenos característicos: 1.°, la confusión entre la verdadera doctrina monárquica y los falseamientos circunstanciales, fruto espúreo de las transigencias innobles. 2.°, la crisis de la idea de la libertad, y 3.°, el mecanicismo político. A nuestro entender, la solución de las agonías que aquejan al mundo contemporáneo ha de basarse en la negación de esos tres hechos, y porque vosotros los negáis, los hombres de la Tradición española hacemos nuestro el brillantísimo "Manifest der abenländi chen Aktion" propuesto por el ilustre Dr. Gerhard Kroll, sin apenas otra reserva que una cuestión de terminología a la que luego aludiré.

— 1 —

Opinamos nosotros que la causa de todas esas enfermedades del mundo moderno radica al final de cuentas en la teoría del hombre abstracto, esto es, del hombre que ignora a la Tradición como fuerza viva; en el principio nivelador de la revolución que arranca al yo de la historia, dejando al viento las raíces de los hombres sin el amparo concreto del terruño acogedor donde espiritualmente nació. Es que a partir del Renacimiento los pueblos modernos de Occidente olvidan su ayer inmediato y cristiano, fuente de su particular situación en la vida, para igualarse en poner igualmente los ojos en la paganía clásica. Maquiavelo reforma la ética dando a la "virtú" la acepción latina de la fuerza vigorosa, en vez del sentido ascético de la corrección del apetito sustentado por la ética escolástica medieval. Bodín paganiza al poder político al neutralizarlo, quitándole cualquier acento religioso. Descartes duda de todo salvo de sí mismo, acreditando

filosóficamente en sí y en sus propias fuerzas, al par que duda metódicamente de Dios. Grocio elabora un derecho natural paganizado, ya que puede existir aunque Dios no exista, según expresamente proclama. La Aufklärung, tras la Enciclopedia, concibe a un ser Supremo como algo accesorio y no entrañable, lo mismo que Kant admite a Dios por algo innecesario, casi como un adorno ético al final de su "Kritik der praktischen Vernuft". A partir del Renacimiento el hombre se siente satánicamente soberbio y seguro de sí mismo por encima de Dios y del pasado, sin otra razón que la de ser hombre, en la máxima exaltación conocida del más desbordado optimismo antropológico.

Optimismo antropológico desnudo que es fe ciega en el hombre como tal hombre. Los enciclopedistas se atienen a la razón, Rousseau basa en la voluntad el orden político, Kant reduce a la razón pura el conocer y a la voluntad autónoma la justicia; y en el supremo alarde del optimismo, Fichte hace del yo gnoscitivo de Kant un yo creador, mientras que Hegel, más exagerado todavía, deifica al hombre en el proceso dialéctico que va desde el espíritu subjetivo hasta el espíritu absoluto. El pensamiento bonachón de las primeras generaciones burguesas es todo optimismo: económico con Bastiat, científico con Comte, político con el doctrinarismo. Se vive en el mejor de los mundos.

Un optimismo que se aferra tanto al hombre que rechaza a la historia. Basta dejar al hombre desarrollar los impulsos de su naturaleza, axiomáticamente buena, y se logrará la dicha: tal es la opinión común. Con ella Rousseau cree que la civilización es un mal porque ha encadenado a los hombres, proponiendo por meta política una organización en la cual el hombre decida en cuanto tal hombre, independientemente del puesto que ocupe en la sociedad por obra de la historia.

Así nace la igualdad general, que es la negación total de la historia, que es la sublimación de la teoría del hombre abstracto, que es mirar a los hombres solamente como hombres, que es reducirlos a seres sin cultura, contarlos como abstracciones numéricas de la matemática en vez de pesarlos como concretas realidades vivas. La teoría del hombre abstracto es absurda, porque desconoce la realidad; es necia, porque niega la vida mudable y variada; es insultante para el hombre, porque le priva de toda consideración cultural y, según ya sostuvo certeramente la escuela alemana de la filosofía de los valores, lo que diferencia a los hombres de los animales es

únicamente que en aquéllos caben los valores históricos de la cultura, mientras que los segundos son ciegos para los valores culturales resultado de la historia. Nosotros no podemos aceptar la teoría del hombre abstracto, signo de la revolución en todas sus formas, porque equipara los hombres con los animales al desposeerlos del pasado vivo que forja a la cultura, o sea, al desposeerlos de la Tradición por la cual son lo que son.

Mentira parece que esta teoría del hombre abstracto haya sido el criterio político dominante en estos últimos ciento cincuenta años; pero, aunque parezca monstruoso, ha sido así en efecto. Combatirla será eje de nuestra ofensiva ideológica, a juicio de la Comunión Tradicionalista de España.

— 2 —

La teoría del hombre abstracto es la doctrina del hombre democrático y del hombre totalitario en política, del "homo oeconomicus" puro en economía y del hombre arreligioso en la moral.

Ciñéndome a la política especialmente, he de hacer notar da pie a dos fenómenos aparentemente contrarios, pero idénticos en cuanto ambos anulan a la personalidad: el democraticismo y el totalitarismo. El democraticismo porque éste cuenta a los hombres, coloca el centro de la decisión política en la voluntad de la mayoría; mas al ajustar al individuo a la voluntad de la mayoría omnipotente le desposee de cualquier libertad, ya que la ley es la expresión de una voluntad general sin frenos contra la cual el individuo carece de garantías. El totalitarismo porque considera sujetos del quehacer histórico, no a los individuos, sino a los pueblos, sumiendo al individuo en la sima de la colectividad; así el yo en el espíritu objetivo hegeliano, así el yo en la nación con el fascismo, en la clase con el bolchevismo o en la raza con el hitlerismo. Fenómenos de cuño romántico, equivalentes a aquella orientación de la escuela histórica que llevaba a Savigny a ver en las masas burdas y no en las minorías selectas el verdadero y auténtico Volksgeist.

Y hechos paganos tanto el democraticismo como el totalitarismo puesto que suponen una negación del individualismo tajante que Cristo trajo a la tierra cuando proclamó a cada uno de nosotros responsable de nuestro negocio principal, aquel tema para qué venimos al mundo: nuestra salvación o condenación eternas. Libertad

teológica frente y sin la cual no cabe responsabilidad humana, ni, por consecuencia, libertad política.

Porque nosotros amamos la libertad política cristiana, negamos resueltamente al democraticismo y al totalitarismo, dos herejías dimanadas de los yerros filosóficos de la teoría del hombre abstracto.

— 3 —

Si los principios revolucionarios matan la libertad política por subordinar al hombre, con mengua del destino transcendente que Dios le trazó al nacer, a entidades transitorias como la mayoría electoral o el espíritu mudable de la colectividad, en lo internacional continúan el mayor mal de Occidente: la sustitución del concepto de Cristiandad por el concepto de Europa.

Nosotros creemos en la Cristiandad, pero no creemos en Europa. Europa es el concepto mecanicista del equilibrio de fuerzas en la política internacional que se inaugura con el Congreso de Westfalia en 1648 como sistema de alianzas y contraalianzas. La Cristiandad es aquella ordenación jerárquica de los pueblos cristianos bajo la capitanía del Sacro Imperio, que quiso, y a las veces consiguió, dar unidad política a la unidad de fe.

Como, aunque hable para alemanes, soy español, no he de ocultar que para la Comunión Tradicionalista de las Españas el nacimiento de Europa va ligado al nacimiento del Protestantismo, ya que solamente a consecuencia de la división de las potencias cristianas se rompió la jerarquía política. Creemos, no obstante, que es un hecho histórico perteneciente al pasado, y que será posible reconstruir la Cristiandad bajo la capitanía de un Sacro Imperio renacido y sobre los cimientos de las verdades cristianas.

Creemos también que únicamente restaurando el Imperio, el Sacro Imperio Romano-Germánico, volverá la Cristiandad y morirá Europa. De ahí que la única objeción que se nos ocurre al magnífico "Manifest" del Dr. Kroll es su título. En lugar de una "acción occidental" quisiéramos dejar claras las cosas y que empezásemos a hablar abiertamente de una "acción para el retorno a la Cristiandad política".

— 4 —

Para el logro de esta meta, entrando ya en la acción, la experiencia centenaria de la Comunión Tradicionalista, acreditada por

el vigor actual de que gozamos mientras vimos pasar reinos y repúblicas, dictaduras y anarquías, tronos y demagogias, totalitarismos y democracias, falsos regímenes de autoridad y falsos regímenes de libertad (en España han pasado a nuestra vera dos restauraciones liberales y dos repúblicas), reclama la necesidad de separar al trigo de la paja para hacer el buen pan de la historia; esto es, diferenciar a los auténticos monárquicos de los fautores del presente confusionismo. Quizás porque los españoles somos un pueblo tajante y lento, entendemos más de la teología que de la discusión y somos mejores soldados que diplomáticos. En todo caso la experiencia centenaria nos enseña es imprescindible evitar la caída en "boulangerismes" o en regímenes a lo Luis Felipe, por expresarme dentro de la historia constitucional francesa.

Dos son los factores confusionistas: las situaciones demoliberales y los neototalitarismos actuales.

Creemos nosotros, a las primeras, que una monarquía demoliberal no es una monarquía. Si se practica el sufragio por completo, porque el eje del poder no será el rey, sino las masas, con lo que apenas tendremos más que una república coronada. Si no se practica el sufragio, porque apenas si pasaremos de la ficción de una dictadura encubierta, como en el caso del sistema labrado por Cánovas del Castillo en la constitución española de 1876.

Asimismo creemos ha de evitarse confundir a la ideología monárquica con situaciones de fuerza. La mascarada del reciente cambio aparente sucedido en España el pasado mes de julio, denominando monárquicos a caracterizados falangistas para salvar apariencias exteriores, al mismo tiempo que se fortalece en el interior al partido totalitario único, es otro escollo que ha de salvar nuestro navío si no queremos perdernos en la niebla de la confusión.

Y si no queremos parecer. Porque al final en ambos casos se echa a espaldas de la monarquía el fracaso de situaciones que no tienen nada que ver con la monarquía verdadera.

— 5 —

Y nosotros creemos que la monarquía verdadera es: aquella en la que el rey reina y gobierna, asesorado de parlamentos que representen la voluntad de la comunidad del pueblo, entendido como comunidad organizada de parlamentos que ni sean reflejo del sufra-

gio universal, ni estén compuestos de individuos designados por el mismo gobernante; de parlamentos verdaderos que hagan carne política la teoría tradicional del hombre concreto.

Aquella que contemple al pueblo como entidad con vida propia, organizada en contra de lo que opina el demoliberalismo, y organizada libremente en contra de lo que sostienen los totalitarios.

Aquella en donde el espíritu cristiano informe efectivamente toda la vida social y política.

Aquella en que el Estado no carezca de fines, como opina el demoliberalismo, ni sea un fin en sí como sostienen los totalitarios, sino que sea medio al servicio del hombre para favorecer el ascenso del hombre hasta Dios.

Con tales principios y a tenor de estas ideas, los tradicionalistas hispanos, soldados heroicos del "requeté" y mantenedores auténticos de una política cristiana, se inscriben en vuestro movimiento con honor y con fe. Porque supimos resistir a las sirenas del mal cuando iniciaban sus cantos, sabemos que ha pasado ya la hora de los falsos profetas y de los viles mercaderes, esto es, la hora de los charlatanes de "meeting"; sabemos que ha sonado la hora de los reyes.

Pero de los reyes que sepan serlo de verdad. Pues solamente los reyes cristianos conducirán sus pueblos al Imperio y reharán la Cristiandad que anhelamos sobre las ruinas de esta Europa moribunda.

Francisco Elías de Tejada»

UN PARRAFO DE SU CONFERENCIA «DECALOGO DEL TRADICIONALISMO ESPAÑOL»

Fechada en Sevilla y marzo de 1977, existe en el archivo de Elías de Tejada el escrito de una conferencia suya. A ella pertenece el siguiente párrafo:

«El ideal político del tradicionalismo lo constituyen los principios cristianos del orden político y, por ende, es enemigo de las rupturas que supone Europa. Los tradicionalistas no pueden ser europeos porque son cristianos, siendo así que lo que significa Europa es la civilización antropocéntrica y anticristiana que engendra-

ron la ruptura religiosa de Lutero, el retorno a la moral pagana por mano de Nicolás Maquiavelo, la doctrina del poder soberano ilimitado endosada por Jean Bodin y la secularización del Derecho Natural llevada a cabo por Hugo Grocio. Que no es Europa expresión geográfica, sino concepto cultural e histórico. Es lo que en tierras de Occidente ha sustituido a la civilización teocéntrica cristiana para luego dilatarse por el orbe entero. Europa es el resultado de la descristianización traída por el humanismo aliada a las contradicciones teológicas de Martín Lutero; es el desenfreno del hombre desafiando a Dios; es la revolución religiosa, seguida por la revolución política burguesa y por la revolución social marxista; es la deificación satánica del hombre subido orgullosamente al altar donde se adora a sí mismo, e irguiéndose en su propio Dios; es la negación luciferina del Reinado Social de Jesucristo.

Contra esta Europa rebelde a Dios y culturalmente deicida, los tradicionalistas proclaman el reinado social de Jesucristo sobre todos los hombres y sobre todos los pueblos.»

TEXTOS DE DON RAFAEL GAMBRA

Su libro, «La primera guerra civil de España, 1821-1823» (1), narra no solamente los hechos de armas de la guerra de los realistas, sino su espíritu y significado, y los encadena a la guerra de la Convención y a la de la Independencia, que la precedieron, y a las guerras carlistas, que la prolongaron hasta la Cruzada de 1936. Esos eslabones de nuestra historia tienen un sustrato común, una concepción teocéntrica del mundo en oposición irreductible a las ideas de la Revolución Francesa, que Napoleón había traído a España; aunque en aquellos mismos años la Santa Alianza intentaba algo parecido a la oposición que hacían los carlistas, las ideas de la Revolución Francesa estaban ya diseminadas por Europa y definían cada vez más y mejor su fisonomía ideológica.

Todos los autores españoles que han combatido a la Revolución Francesa han combatido, inseparablemente, a Europa: son tradicionalistas *sensu lato*.

---

(1) Vid. tomo XII, pág. 194

El éxito del libro hizo a su autor reeditar en distintas formas algunos de sus capítulos; sendos resúmenes se editaron en la colección «Temas Españoles», núm. 259, con el mismo título del libro, y en la colección «Temas de Cultura Popular», de la Diputación Foral de Navarra, núm. 137 y título «Guerra Realista». Mantuvo así un magisterio permanente sobre la confrontación España-Europa, a cuyo sostenimiento se sumaron numerosos artículos y conferencias.

Algunos de aquellos artículos de esta inspiración fueron reeditados con otros del mismo Gambra en forma de libro, titulado «Eso que llaman Estado», por ediciones Montejurra, en 1958. También tuvo amplia resonancia. De él extraemos algunas muestras, a saber:

«La paz de Westfalia, por ejemplo, que puso fin a las guerras de religión tras el agotamiento de las armas españolas, fue una "solución liberal" respecto a la coexistencia de naciones u orden internacional. Los españoles lucharon por la Cristiandad como orden estructural —religioso, no liberal— de la sociedad. Si a la coexistencia neutra —liberal, laica—, que nació en Westfalia la llamamos Europa, por oposición a la Cristiandad, podremos convenir, siguiendo una interpretación de Elías de Tejada, que "Europa termina en los Pirineos".»

«Pero Westfalia es todavía un liberalismo de compromiso, de circunstancias. Los pueblos pacificados seguirán viviendo como sociedades confesionales según la religión de cada soberano. Posteriormente, el liberalismo teórico propugnará ese mismo orden neutro, arreligioso, como estructura política de cada pueblo, de la sociedad en general. No es casual que los liberales sean siempre "europeizantes", ni que problematicen sobre si esta sociedad histórica que llamamos España tiene o debe tener una significación positiva, comunitaria. Todos añoran para España ese orden puramente humano, laico, que representa Europa, la Europa moderna» (pág. 217).

En otro lugar hace un comentario de una famosa conferencia de Ortega y Gasset en Bilbao, y al final del mismo dice Gambra:

«La España futura —concluye el conferenciante— ha de ser una gran sociedad laica, una escuela de humanidad. Esta es la tradición que nos propone Europa. Y así el problema que es España encontrará en Europa su solución: regeneración es inseparable de europeización.»

«Todos estos conceptos nos aparecen ya diáfanos: "Cultura laica" es la actitud esteticista, estrictamente liberal, que se opone al trascendentismo de la actitud religiosa ante la vida. "Europa" es el

orden convivente, neutro, de grupos heterogéneos, que sustituyó a la unidad estructural de la Cristiandad. "Europeizarnos", en fin, quiere decir rendirnos pacíficamente, después de dos siglos y medio, a cuanto ha encendido la lucha civil y el espíritu de cruzada de un siglo a esta parte. Con otras palabras, renunciar a nuestra fe, liquidar nuestra cultura e incorporarnos al ambiente, políticamente laico, de la Europa moderna» (pág. 220).

En otro punto del mismo libro comenta el famoso «Prólogo a la Historia de España», de Don Ramón Menéndez Pidal, y, entre otras cosas, Gambra escribe: «Si el signo de la España moderna es la radical disconformidad de los españoles con el tolerantismo liberal de Europa; si lo que nuestro presente ha producido es guerra civil, luchas de principios, ¿por qué no admitirlo y respetarlo como una fase más en la manifestación de su carácter? ¿Por qué pretender sustituirlo, contra el ambiente y contra la historia, por una neutra y tolerante convivencia aconfesional que nadie desea ni vislumbra?» (pág. 226).

«Cuando un Gobierno fuerte y relativamente autónomo, plenamente en la línea del "castizo eterno" y del "castizo histórico", sin concomitancias europeizantes, logre restaurar entre nosotros la confianza en la Justicia —como hicieron los Reyes Católicos—, y remueva el hombre tradicional que hay en todo español, estará en condiciones de ser tolerante y realizar esa obra de selección humana que tanto echa en falta y tan maravillosamente describe Menéndez Pidal» (pág. 228).

UNAS DECLARACIONES DE DON JOSE MARIA VALIENTE

Reproducimos unas declaraciones de Don José María Valiente a Radio Juventud, de Zaragoza, el 21 de enero de 1963. Tienen el interés de su autoridad: Valiente era el Jefe Delegado de la Comunión Tradicionalista, cargo supremo desde el que venía asintiendo y apoyando a la línea ideológica que estamos transcribiendo. Dijo:

«El sentido federativo de la unidad que posee el Carlismo tiene puntos de coincidencia con los proyectos de federación que están elaborándose en Europa. Pero el Carlismo entiende la federación europea como la reconstrucción de la antigua Cristiandad, que puede

ser la fuerza espiritual que dirija de nuevo al mundo, entre el positivismo de Occidente y el materialismo de Oriente. El Carlismo no aceptaría nunca la Europa de la Revolución imperialista y colonialista, sino la Cristiandad, que puede ser hoy el verdadero vínculo federativo de las naciones de Europa. Vínculo federativo que ha de ser compatible con la personalidad y con la historia de cada una de dichas naciones. En el orden económico, España debe defender sus legítimos intereses. Si esta defensa es legítima no herirá intereses de nadie. Nuestro país debe defender su proceso de industrialización y protegerlo cuanto sea necesario, porque no puede permitir verse convertida en una modesta provincia agraria o pastoril dentro de la gran Europa industrial.»

PALABRAS DE DON BLAS PIÑAR EN EL ACTO DE MONTEJURRA DE 1963

Alrededor de 1963, el destacado propagandista católico Don Blas Piñar, poco después fundador del movimiento «Fuerza Nueva» (1966), anduvo en los aledaños del Carlismo, aunque repitiendo siempre que no pertenecía a él. Pero a él tenía que venir, lo mismo que otros, a encontrar posibilidades y ambiente para desahogar las cosas que el cerco enemigo a la España Nacional iba acorralando en su corazón. En el mismo número de «Boina Roja» (23 de mayo de 1970), que reproduce el artículo «El equívoco del europeísmo», de Don Alvaro d'Ors, ya transcrito, y formando cuerpo con él, se lee un recuadro titulado «Dijo Blas Piñar en Montejurra, 1963.—La adaptación a Europa». Su texto es éste:

«Se nos dice también en nombre de la Caridad que tenemos que adaptarnos al mundo, que nos tenemos que adaptar al tiempo presente, que nos tenemos que adaptar a Europa. Si tenemos la verdad, ¿por qué tenemos que adaptarla a la mentira? Si tenemos la verdad, ¿por qué tenemos que adaptarla al error? ¿No sabéis, como antes me decía el ex Presidente de la Diputación de Vizcaya, aquello de Cristo: "Si no estáis conmigo, estáis contra Mí" "?".»

OTRA SERIE DE ESTUDIOS:

En la literatura carlista se encuentra otra serie de manifestaciones contra la nueva Europa unida, diferenciado del anterior por ser de

una oposición menos nítida y de talante más contemporizador, y deberse a autores de relieve menor que el de los citados para empezar. Son las siguientes, entre otras muchas:

EN LA REVISTA «SIEMPRE»:

La revista «Siempre», tradicionalista más de corte intelectual que de exaltación dinástica, acudió pronto (en comparación con la mayoría de las publicaciones españolas) al tema de Europa. Entre los artículos que le dedicó escogemos para esta breve antología el de Don Salvador Aulló titulado «La Cristiandad y Europa» (número 32, octubre-noviembre 1961), al que pertenecen los siguientes párrafos:

«Europa, tal y como la presentan los demo-cristianos, se presta a confusiones y es materia de discusión.

Nos quieren hacer una Europa nueva, de unas cuantas naciones que se ajusten a los cánones liberales de Estrasburgo, y la que no lo haga así ¡ya no es de Europa! Muy gracioso y muy liberal. Es otra manera del liberalismo de respetar la libertad. Ahora ya no se trata de imponer "su libertad" a los individuos, sino a las naciones. Es decir, que las naciones han de barrer su personalidad y adaptarse en cuatro días a los ensayos de unos cuantos señores. Lo que puede ir bien a su pueblo germánico igual debe de ir a un latino; es un axioma que se han sacado de la manga, porque no ha podido salir de ninguna inteligencia, ni siquiera de la de estos señores. Aunque es posible que ésta haya sufrido una transformación antinatural para convertirse en "manga", vistas las cosas que se "sacan".

Luego están los intereses que les mueven a crear esa Europa. Según ellos es crear un bloque de oposición al comunismo. Y se llaman cristianos. Así no es extraño que se confunda cristianismo con anticomunismo y, lo que es más peligroso, se cree que el cristianismo es únicamente anticomunismo. El comunismo es enemigo del cristianismo, pero cristianismo es algo más que anticomunismo.

(.....)

Hace falta, pues, que el sentido verdadero de Cristiandad vuelva a estar latente en los pueblos cristianos. No como oposición a algo

determinado, sino para conseguir que la doctrina de Cristo nos informe plenamente: a los que nos decimos cristianos, primero, y luego, por expansión, al resto de la Humanidad. Si primero seguimos el "amaos" y después el "id y enseñar" eliminaremos al comunismo. Pero poco podremos enseñar si en nosotros hay odios, violencias y rencores. Y menos si esa Europa cristiana que nos quieren hacer está patrocinada por partidos políticos, que son los que han engendrado, en grado superlativo, la violencia y el odio. Esta Cristiandad que defendemos daría cuerpo al sentido comunitario cristiano en la Sociedad. Es lo comunal que hemos sabido mantener en muchas regiones españolas frente al todopoderoso capitalismo liberal.

Frente a esa Europa absurda, ficticia y anuladora de la personalidad de las naciones, el carlismo —esencia de España, guste o no guste— defiende la Cristiandad. Que no tiene límites geográficos. Que no anula, sino que une en Comunión de Amor a pueblos y clases. Sabemos que en la doctrina de Cristo, sentida y vivida, están las soluciones a los problemas de todos los momentos. Si en el plano nacional defendemos la total independencia, en su esfera, de la familia, municipio, región, sindicato, etc., y sólo reconocemos el poder superior en cuanto encauza a un fin nacional a estas sociedades geográficas o profesionales, en el internacional únicamente podemos admitir una federación superior que beba sus directrices en este sentido de Cristiandad. Que sea una verdadera federación, con libre desenvolvimiento de las naciones, encaminadas siempre al fin que la motivó. Que no imponga, sino que recoja y encauce.

Para mover las naciones a un fin es necesario que este fin sea capaz de moverlas. Bien están estas asociaciones supranacionales para extensión de mercados. Pero a la hora de la unión por algo superior sólo podemos aceptar algo que tenga miras más altas que la simple oposición. Fines positivos, que no pueden ser otros que la justicia y la libertad cristianos.»

EN LA REVISTA «AZADA Y ASTA»:

«Azada y Asta» presentó un número monográfico, el de febrero-marzo de 1962, dedicado a la nueva Europa. Es un número muy bueno que le acredita como una de las mejores revistas de pensa-

miento tradicionalista en aquel momento. Esta afirmación no es una contradicción absoluta con los reparos que en otros lugares hemos hecho a su ortodoxia, a veces algo desvaída.

La portada de este número está ocupada por grandes titulares: «¿Qué es Europa?—¿Qué queremos que sea?—La Tercera Europa.—Unitarismo o federalismo.—Las raíces sindicales de la nueva Europa.» Todos los artículos parten de la noticia de la creación, el 5 de mayo de 1949, del Estatuto del Consejo de Europa, en Estrasburgo. Noticia con un retraso de trece años, nada menos, que se disimularía con noticias del también lejano (1957) Tratado de Roma, pero al cual ni se alude. Hay que decir en seguida que este retraso informativo lo padecía todo el pueblo español, que no empieza a oír hablar de la cuestión hasta la década de los años sesenta. Ni el Estado, ni la Iglesia, dieron la alarma. Tampoco Don Javier de Borbón Parma, que no trasladó a la Comunión Tradicionalista las observaciones abundantes que sobre este particular pudo haber hecho en sus constantes correrías por Europa al servicio de causas distintas de la tradicionalista española. Tal vez estos silencios de tan altísimas fuentes fueran debidos a que hasta los propios europeizantes pensaran que no iban a llegar tan lejos y que bien pudiera tratarse de una moda pasajera que no llegaría a cuajar.

Otro rasgo común a los artículos de la revista «Azada y Asta», y a otros de tradicionalistas, es la repulsa por la Europa democrática y la propaganda de la Europa cristiana, como si ésta fuera aún una opción en un período constituyente, cuando estaba vencida y descartada definitivamente, y la configuración democrática muy firmemente establecida.

Al editorial, firmado por «Azada y Asta» y titulado «Hacia la Nueva Europa» pertenecen los siguientes párrafos:

«... la elevación del constitucionalismo democrático a escala europea, cual pretende el Consejo de Estrasburgo, se nos antoja tan antihistórico y utópico como lo fue, en su tiempo, el Congreso de Viena de la Europa posnapoleónica.» (.....)

«Más que el cuerpo, la estructura política de la nueva Europa, interesa crear su alma, el aliento que le dé la unidad espiritual que la sirva de base. ¿Dónde encontrar su alma? Dicho con palabras de Guardini —uno de los mayores del pensamiento europeo—. "Si Europa quiere seguir existiendo, si el mundo ha de seguir necesitando a Europa, ésta tiene que continuar siendo aquella magnitud espiritual determinada por la figura de Cristo; mejor dicho, tiene

que serlo con una seriedad nueva, como lo exige su naturaleza. Si pierde este elemento esencial, lo que de ella pueda quedar importará ya poco." La hora es propicia. El planteamiento secularizado de Europa ha fracasado históricamente. Su causa, la escisión religiosa, puede —coyuntura ofrecida a nuestra actuación—, superarse tras la llamada a la unidad de Roma. Cabe señalar que esta vocación religiosa de Europa no implica el monopolio del cristianismo, sino una de las formas culturales en que la dinámica social de la Religión verdadera puede hoy traducirse.»

«La Europa nueva debe ser fiel a su tradición de magisterio. Mostrando al mundo la posibilidad de unas formas políticas eficaces y libres. Esto implica la superación del Estado no sólo territorialmente, sino en sentido institucional: Arrasar el viejo y continental prejuicio que atribuye al poder político la creación del Derecho, usurpando funciones de la autoridad judicial. Y configurar, independientemente de la estructura social y legitimado por la conquista de la igualdad dentro de la jerarquización de funciones sociales, un poder limitado, en concepción política pluralista, por la vida autónoma de instituciones territoriales y profesionales.»

* * *

«¿QUE ES EUROPA?»

Con este título, envía su colaboración a «Azada y Asta» el Padre Arturo Juncosa, S. J., muy amigo de Don Javier y de Don Hugo, hasta el punto de poderse decir que, aunque de manera informal, era el capellán de la Familia Real. Entre otras cosas, escribe:

«Europa podríamos decir que es un conjunto de elementos grecorromanos y germánicos unificados y armonizados por el Cristianismo. De esta suerte, aquellos elementos serían como la materia individuante. Pero sin el Cristianismo, ni estaban unificados ni mucho menos elevados a otro orden. Para aglutinarlos e informar el todo dándole una unidad, fue preciso un principio que dirigiera la selección y asimilación y diera nuevo ser al conjunto: este principio se llama Cristianismo y, más en concreto, Iglesia Católica.»

«La unidad efectiva del Occidente fue forjada por la Iglesia

Católica; más aún, aplicando lo que Mella dice de España, podemos afirmar que el Catolicismo fue la razón única de esta unidad. Que la Iglesia Católica es algo más que un mero canal de cultura humanista, no necesita demostración.» (.....)

«Fijado este principio: Europa igual a Grecia, más Roma, más germanismo, más otros elementos menos importantes, y todo multiplicado por Cristianismo que asimila, dirige e informa, podemos llegar a una comprensión más profunda de la entidad cultural que nos ocupa.» (.....)

«Advirtamos aquí que mientras en Europa hubo armonía entre materia y forma, pudo nuestra pequeña parte del mundo cumplir su misión. Cuando la armonía se rompió, se truncó el cumplimiento de su finalidad y se inició un proceso de disgregación que sólo Dios sabe si se podrá frenar.» (.....)

«Para revitalizar Europa no sirve el Humanismo. Ha de buscarse una profundización en ese ser cristiano de Europa que impregna todavía la tradición auténtica de sus pueblos para poder eliminar con una vigorosa reacción positiva todos los gérmenes patógenos.» (.....)

«La disputa de "europeización" o "casticismo" suena a trasnochada. Siendo fieles a nuestra esencia española podremos ser auténticos europeos en su más genuino sentido, y podremos, encontrándonos con otros pueblos de nuestra cultura, aportar algo original a la Europa naciente, que será fundamentalmente cristiana o no será.»

* * *

Don Ricardo González Antón, en su colaboración «LA TERCERA EUROPA», escribe:

«Nuestro siglo XIX es, entre otras cosas, la traducción en el tiempo de las luchas centroeuropeas de los siglos XVI, XVII y XVIII. Es el intento de introducir en España los principios pre-revolucionarios. Una pretensión de europeizarnos en dosis masivas; y el hecho es que a España se le indigestó la medicina. La España real, antípoda de la oficial, siguió guardando sus viejos conceptos religiosos y políticos.» (.....)

«La Europa que se espera surja de Estrasburgo es una organización aséptica para resolver problemas que la marcha de la historia demuestra que no pueden ser abordados por los estados nacionales.» (.....) «No sirve otra superestructura sobre realidades radicalmente desfasadas del momento presente y sus necesidades.»

«Con el título de "Nation Europe" se lanza una nueva idea

sobre Europa: la Europa unida y comunitaria.» (.....) «Pero el ideal unitario y comunitario que se nos presenta creemos está tan lejos del verdadero ideal europeo como el de Estrasburgo. No se puede adoptar como solución la de crear un superestado del mismo estilo que los fracasados Estados nacionales surgidos de la Revolución. Porque sería, simplemente, operar en los mismos problemas con cantidades mayores.» (.....) «Ambas Europas fallan, porque parten premisas inadecuadas a nuestro nivel temporal. Busquemos una tercera Europa. Esa puede ser hoy nuestra aportación al mundo.»

«Unitarismo o Federalismo» es el título de la colaboración de Humberto Cirarda, de la que extractamos los siguientes conceptos:

«... respecto al problema económico social no son soluciones ni el comunismo ruso ni el capitalismo americano, ambos trasnochados e injustos; son dos posiciones antagónicas, inoperantes tanto la una como la otra, en cuanto a una posible solución para el hombre.» (.....)

«"La lucha de nuestras democracias contra el comunismo no ha sido más que una larga continuación de abandonos y renuncias". El párrafo es exacto y viene a puntualizar nuestras ideas de siempre. Es hora ya de dar el golpe final a todo el juego democrático con su comparsería liberal. Su fracaso institucional y político ha sido el fracaso comunitario de todas las naciones europeas que, en la bancarrota a que habían sido conducidas por el estúpido juego de la democracia, se han visto obligadas a echarse en manos de hombres como De Gaulle, que han inaugurado un nuevo tipo de dictadura. Por ello sería suicida dejar que la nueva Europa que quiere crearse, sobre y contra el fracaso democrático de las naciones europeas, pudiera a su vez basarse en la idea de la democracia liberal como forma de pensamiento político práctico.» (.....)

«Debe ser el Cristianismo, sustrato espiritual actualmente adormecido de Europa, quien presente y presida la batalla, dando tono a todos los actos del hombre europeo.»

«Cuando todos los hombres de Europa estén integrados en una serie de comunidades naturales que aseguren su libertad (familia, municipio, región, entidades corporativas, etc.), y cuando la vivencia comunitaria de estos hombres y grupos les pida la creación de una comunidad superior que abarque, proteja y complete sin anular las inferiores, será el momento de colocar sobre el conjunto de todos los pueblos el símbolo de Europa o, lo que es lo mismo, el de la Cristiandad.»

DENUNCIAS CARLISTAS DE LA GRAN MANIOBRA EUROPEIZANTE CONTRA LA ESPAÑA NACIONAL

Las izquierdas, vencidas en la Cruzada de 1936-1939, no iniciaron en serio su vuelta a la política nacional hasta que las democracias ganaron la Segunda Guerra Mundial. Entonces, desde altos centros políticos internacionales montaron el chantaje de que España no entraría en la Organización de las Naciones Unidas, que se estaba gestando, si no se retiraba el bando vencedor de la Cruzada y se instauraba una democracia. Tampoco recibiría los beneficios del Plan Marshall (1). La reacción en contra del pueblo español fue asombrosamente unánime y tan llamativa que ha pasado a la historia. En esta recopilación hemos hecho la crónica de la conducta de los carlistas en aquellos días (2).

A pesar de aquel fracaso rotundo, las izquierdas repiten la maniobra en los años sesenta, con epicentro en Munich, 1962, aprovechando la constitución de la Comunidad Económica Europea y el Tratado de Roma, 1957. Donde dijeron, en 1946, «Organización de Naciones Unidas» ponen ahora, en los años sesenta, «Europa Unida». Pero el chantaje es semejante: España no disfrutará de un bienestar material mientras no se incorpore a la nueva Europa y ésta no la recibirá hasta que el régimen nacido de la Cruzada no ceda gratuitamente el poder a la democracia.

Lo que sí ha cambiado, y mucho, es la reacción del pueblo español. Sigue favorable a la España Nacional, y apoya a Franco también en este trance, pero mucho menos que cuando el bloqueo de la O.N.U. Hay factores nuevos: el chantaje apoyado en Europa es insidioso, disimulado por la censura, y no tiene la nitidez de un choque frontal como fue la retirada de embajadores en 1946; los recuerdos de la guerra se han alejado muchos años; aunque Franco inicia una etapa de prosperidad económica, se va desgastando con el paso del tiempo; Europa está más próxima, es conocida y tiene más ambiente que la O.N.U.; a cambio de la apostasía ofrece algo mucho más comprensible: «el nivel europeo»; las masas empiezan a pedir que todo mejore hasta ponerse «a nivel europeo»; esta expresión se prodiga tanto que se hace vulgar, chabacana, y es objeto de bromas; muchos eclesiásticos, en los umbrales del Concilio Vati-

(1) Vid. «Fuerza Nueva» de 15 de octubre de 1977.
(2) Vid. tomo VIII, pág. 141 y sgs.

cano II, no se han enterado todavía de que además de la democracia hay otra alternativa a la dictadura, que es la organización tradicional de la sociedad, y que esta última es la propia de la Iglesia; finalmente, esta batalla es mucho más larga.

Los carlistas, conspiradores, guerreros y centinelas permanentes dan la voz de alarma, denuncian la creciente movilización de la izquierda a favor de la europeización democrática y apoyan al Gobierno frente al ataque exterior, como cuando la retirada de embajadores, en 1946. Se repite la antigua paradoja: son antifranquistas en el interior y franquistas en el exterior. Ciertamente, están en una oposición o modus vivendi muy «sui generis».

Desgraciadamente, esta valerosa posición carlista, siendo verdad, no es «toda la verdad». El progresismo avanzaba su infiltración dentro de las filas carlistas, especialmente en las más próximas a Don Hugo a lo largo de la década; era minoritario, pero inseparable del europeísmo y le hacía penetrar igualmente. Los trabajos de los más puros carlistas por detenerle encontraban, a medida que pasaba el tiempo, y más aún a raíz de la declaración del Concilio Vaticano II, a favor de la libertad de cultos, cada vez menos eco en otros sedicentes carlistas, iniciados en el progresismo, que luego, en la década de los años ochenta, fueron a las elecciones generales en una candidatura —«Izquierda Unida»— formada por los comunistas.

En el archivo de Don José María Valiente hay un escrito que le dirigen un grupo de amigos carlistas el 27 de febrero de 1962, que, entre otras cosas, dice lo siguiente: «El europeísmo va prendiendo en nuestras filas. No disciernen la que se nos viene encima. El ambiente europeísta es incompatible con nuestra Monarquía; incluso con la liberal, pero a ésta le daña menos (1). Para nosotros es un golpe político terrible que sólo nos deja posibilidades políticas en la reacción hipotética que más tarde suscite esta invasión europea. Hay que recordar la genial síntesis de Paco Elías: «El Carlismo fue la defensa de España frente a Europa.» Como la reacción empezará por lo religioso (2), debemos enarbolar bien claramente la bandera de la Unidad Católica para constituir desde ahora el núcleo en torno

(1) Vid. declaraciones de D.ª Irene de Holanda a López Rodó en «La larga marcha hacia la Monarquía», 2.ª ed., pág. 214.

(2) Todo el Concilio, y especialmente la Declaración de Libertad Religiosa y lo referente al Ecumenismo, crearon un ambiente entreguista y no hubo reacción alguna.

al cual vengan a adherirse más tarde los demás. Fuera de la reacción, si el europeísmo sigue progresando, no tenemos nada que hacer.»

Publicamos a continuación una pequeña antología de las denuncias carlistas de la gran maniobra contra la España Nacional, que era su preparación previa para la europeización. Está formada por los siguientes artículos:

— Marzo de 1961, «España y la Unificación de Europa», en «Boina Roja».
— Mayo de 1961, extractos del Boletín de Información de la Delegación Nacional de Requetés.
— Diciembre de 1961, «España y la Unificación de Europa», en «Boina Roja».
— Febrero de 1962: «Los católicos y la integración europea», en «Cruzado Español» (1).
— Noviembre-diciembre de 1962, cabecera en «Azada y Asta».
— Finales de 1962, núm. 76, de «Boina Roja», artículo «España y la Unificación de Europa».
— Comienzos de 1963, «Boina Roja», núm. 79, réplica a «La Actualidad Española».
— «El Pensamiento Navarro», de 10 de diciembre de 1974, artículo «¿Son sinceros los europeizantes españoles?».
— 1976, denuncia en el libro de Don Rafael Gambra, «Tradición o Mimetismo».

«ESPAÑA Y LA UNIFICACION DE EUROPA», ARTICULO EN «BOINA ROJA» DE MARZO DE 1961

«La influencia de Europa sobre España es un asunto importante desde hace muchos años; todos los pensadores carlistas han protestado de los intentos de desnaturalizar nuestro solar. Ultimamente, el catedrático Sr. Elías de Tejada ha puesto como una síntesis genial un nuevo hito en la línea recta del pensamiento carlista: "El carlismo es la lucha de los españoles contra Europa" ("Siempre", octubre 1960). Los proyectos de unificación europea se van realizando rápidamente y en direcciones políticas e ideológicas. Urge,

(1) No era una revista carlista, pero sí muchos de sus miembros y lectores y el autor del artículo.

pues, aclarar el contenido de ese matrimonio mixto que proponen a España y señalar sus peligros, cosa que no hace la prensa oficial que o no dice nada o sólo habla de sus ventajas. Grandes amenazas debe encerrar para la Religión y la Patria cuando nuestros enemigos todos son tan entusiastas del europeísmo. Desde la Revolución Francesa los católicos españoles son nacionalistas y los anticatólicos se sienten apátridas e internacionalistas; ahora tienen puestas sus mejores esperanzas en la incorporación de España a los organismos políticos del Consejo de Europa como medio de una revancha democrática.

Conviene concretar que el verdadero motor de esta unificación, el que hace las cosas, el que tiene gente, fuerza y dinero, el oficial para Alemania, Francia, Italia, Bélgica, Holanda y Luxemburgo, es el Consejo de Europa. Otra serie de gobiernos se va adhiriendo a algunas de sus realizaciones. Su embajada oficiosa en Madrid se llama Asociación Española de Cooperación Europea y desde su local de la Gran Vía, 43, difunde gran cantidad de propaganda democrática y masónica; en él conspiran varios ex procesados y "transmite la antorcha de la democracia a las generaciones jóvenes": José M.ª Gil Robles. Para disimular su alarmante izquierdismo conspirativo se ha puesto últimamente a su cabeza Yanguas Messía, agente de don Juan. Un dato más para cerciorarnos de la perversidad de éste y su equipo.

Frente a estas poderosas realidades, no es serio que se replique, a los argumentos que diremos, que hay otras concepciones de la unificación europea que quedan a salvo de ellos. Porque esas no tienen realizaciones concretas, ni valor jurídico, ni gobiernos detrás, ni dinero, ni nada. Son entes de razón que no hacen más que ocultar la luz que hay que lanzar sobre el único enemigo real: el Consejo de Europa, la democracia, la masonería, la Asociación Española de Cooperación Europea de la Gran Vía, 43, de Madrid.

Parece cierto que la Comunidad Europea del Carbón y el Acero, la Euratom y el Mercado Común pueden elevar el nivel de vida material de sus asociados; pero no es seguro que este beneficio se extendiera a España, a quien se le asignaría un papel agrícola, deshaciendo la industrialización iniciada estos años, la cual también puede ostentar servicios brillantes a la elevación de nuestro nivel de vida. De otra parte, es fundamental consignar que esta cuestión material, menos inaceptable, ha sido siempre y será, cada vez más, secundario, no sólo en nuestra mente, sino en la de los europei-

zantes que nunca han disimulado que no era más que un paso previo, un medio más para más altos fines políticos, filosóficos y religiosos.

En lo político volvemos a ver enfrentadas la aspiración masónica de un superestado en manos de sus conspicuos frente a la concepción cristiana de respeto y admiración por la variedad inmensa de la Creación y su traducción política, que es el sistema foral. Si ya nos molesta que desde Madrid se legisle por igual para Valencia que para Orense, un Parlamento y un Gobierno Europeo dictando simultáneamente para Alemania y para Canarias, resultarían insufribles. No se replique que serían respetadas las características nacionales, porque para eso no hacen falta novedades y, además, en diciembre de 1960 se desechó el proyecto de la "Patria de las patrias" y se reafirmó el primitivo de una sola Patria, Europa.

En el ánimo de todos está que el precio de nuestra incorporación a esa nueva Europa es la ruina del Régimen nacido de la Cruzada, al cual no se le ataca desde fuera por sus defectos técnicos, que los carlistas no cesamos de combatir a todo riesgo, sino por su religiosidad, que defenderemos a punta de bayoneta.

En lo filosófico es demostrativo el folleto editado por la Facultad de Derecho de Zaragoza en mayo de 1959, titulado "Convención Europea de los Derechos del Hombre", en que éstos se definen tras un sabroso prólogo. A él remito a mis lectores (lo pueden conseguir en la citada logia de Gran Vía, 43), y a las Encíclicas "Libertas e Inmortale Dei". Solamente un juanista o un democristiano son capaces de armonizar ambos documentos.

En lo cultural hay que señalar el proyecto de la Universidad de Europa, acatólico cien por cien, y lo ya realizado con el mismo signo en cuatro centros de enseñanza que expiden títulos con validez internacional. Resulta que después de verter sangre, sudor y lágrimas porque el crucifijo volviera a las aulas, tenemos que sufrir las intrigas de juanistas y democristianos para que España se adhiera a un sistema de enseñanza ateo.

Por último la Religión, que para nosotros es lo primero. Invocan los fariseos textos pontificios en favor de una mayor unidad europea. Es cierto que Benedicto XV, Pío XI y Pío XII han deseado una mayor unión de los pueblos de Europa. Especialmente claro es este deseo en el discurso de Pío XII a los juristas italianos ("Ecclesia", 19-XII-53). Pero en él no se concede el monopolio de su realización al Consejo de Europa, ni a ningún organismo concreto. Después de

consideraciones teóricas y abstractas, envueltas en salvedades, el Santo Padre terminaba exhortando a respetar los Concordatos. No puede, pues, alegar armonía con el deseo de unidad de los pontífices ningún proyecto que amenace nuestro Concordato. Y nadie puede sostener de buena fe que no ya el vigente, sino otros menos ventajosos para la Iglesia, sobrevivirían más de un mes a una incorporación política de España a la Europa democrática de hoy.»

EL BOLETIN DE INFORMACION DE LA DELEGACION NACIONAL DE REQUETES, DE MAYO DE 1961, ESCRIBE:

«Sigue con creciente intensidad la propaganda izquierdista de la Asociación Económica de Cooperación Europea (Gran Vía, 43), habiendo organizado durante el mes de abril, en el Instituto de Ingenieros Civiles, un ciclo de conferencias titulado "Jornadas pro integración europea", de descarado ataque a los principios del 18 de Julio, conferencias cuyo significado no ha sido señalado por la prensa. Al final de esas Jornadas, dicha Asociación, el Comité Español de la Liga Europea de Cooperación Económica y el Instituto de Estudios Europeos, de Barcelona, han formulado unas conclusiones en las cuales, tras una escueta condenación del comunismo, se adhieren a cuantas maniobras públicas tiene actualmente desplegadas sobre Europa la Masonería Internacional, entre otras, a la Convención Europea de los Derechos del Hombre ("Ya", 20 de abril de 1961). Según noticias, dichas "Jornadas pro Integración Europea" se repetirán en Valencia del 10 al 15 de mayo.» (.....)

«El Carlismo, al margen de toda función de Gobierno en todos estos años de la postguerra, cuando se encuentran de nuevo en juego extremos fundamentales para España, como son la Cruzada y todo lo que ella significó, reafirma una vez más su apoyo a los que están dispuestos a defender dichas razones fundamentales, y lo hace con la autoridad e independencia que le da esa postura hasta la fecha de no haber participado en la gestión de Gobierno ni en beneficios de cualquier orden de ella derivados.»

Este boletín hizo muchas otras denuncias del mismo tema. Entre otras, en su número de octubre-noviembre de 1961, la siguiente:

«La Unión Española (1) ha difundido una "Hoja Informativa"

(1) Vid. tomo XXI, pág. 225.

con las "Reflexiones en torno a la boda del Príncipe de Asturias". Tomando como pretexto el anunciado noviazgo, se dedica a comentar que Grecia es un país libre gracias a la eficiente aplicación de la "Convención Europea para la salvaguarda de los Derechos del Hombre y de las Libertades Fundamentales". Y que, "por ser libre ha podido asociarse sin dificultades al Mercado Común" y gracias a ello su prosperidad está garantizada. En cambio, España es un país sin libertad y condenado al fracaso por no entrar en el Mercado Común. Pero, en fin, la restauración de esta dinastía "habrá de facilitar a los españoles que su destino discurra a través de Europa por los caminos del mundo occidental.»

«ESPAÑA Y LA UNIFICACION DE EUROPA», ARTICULO EN «BOINA ROJA» DE DICIEMBRE DE 1961

«En el número de marzo de este año de "Boina Roja" publiqué con este mismo título algunas notas sobre el estado de esta cuestión. Acontecimientos posteriores han confirmado cuanto allá dije y alcanzan ya una extensión que pide su ordenación y registro. Veamos cómo, desde entonces, se han ido situando al respecto los carlistas, Falange, el Gobierno, las izquierdas, la Democracia cristiana y los norteamericanos.

Los carlistas hemos continuado en nuestra línea política de siempre, que en este caso nos da la gloria de ser los más antiguos y esforzados defensores de nuestra autenticidad frente a proyectos extranjerizantes. Dejando una voluminosa antología posible, encontramos de marzo a septiembre dos aportaciones considerables. La del Profesor Elías de Tejada, que en docenas de conferencias, muchas resumidas después en la prensa, y centenares de conversaciones, ha sembrado por todos los rincones de la península su concepción de las Españas en oposición al europeísmo en boga; prepara una obra en varios tomos sobre el tema y en breve la colección Montejurra editará un volumen, de otro autor, con análogas tesis. Otra aportación considerable es de la Delegación Nacional de Requetés, que en sus Boletines de Información de abril, mayo y junio de 1961 ha denunciado las esperanzas puestas por las izquierdas en nuestra integración europea, y aclarado que el español, defensor

histórico del espíritu de la antigua Cristiandad frente a la herejía protestante, madre del concepto moderno de Europa, no puede aceptar las ideologías que van implícitas en este concepto.

Acabábamos de enviar nuestro precedente artículo a la redacción de "Boina Roja" cuando se inició la divulgación de unas "Consideraciones" que la Junta Nacional representativa de la Vieja Guardia elevaba al Jefe del Estado: "En política internacional, consideran axiomático que, mientras que para los países fuertes resulta la formación de conglomerados de países pequeños, confederaciones o alianzas, el mejor procedimiento de dominio y consecución de sus particulares fines, los países pequeños han de procurar la fórmula que les libre de caer totalmente bajo la plena influencia de los colosos —con el consiguiente peligro de ser víctima eventual de sus ambiciones o conveniencias—, y les permita atajar posibles intentos de colonialismo ideológico, que pudieran llegar incluso a mermar en una u otra forma la soberanía de los países menos fuertes. Y creen que España debe tender: 5.°: a no padecer en nuestro comercio exterior las consecuencias y las imposiciones de los mercados únicos, y 6.°: a abrir nuevos mercados. En este mismo apartado 11, de lo Internacional, se vindica una libertad en política internacional, ya presente en los puntos fundamentales de la Falange, ostensiblemente incompatible con la entrega a organismos políticos supranacionales."

El Jefe del Estado había ya mencionado esta cuestión en su mensaje de Navidad de 1959: "Nosotros entendemos que la integración de Estados Europeos puede y debe concebirse sobre el supuesto indeclinable de respeto a la personalidad real e histórica de cada país como una unidad de destino en lo universal. Es justamente esta unidad de destino de los pueblos de Europa la que puede salvar la fortaleza y la estabilidad de la unión dentro de la necesaria e irrenunciable variedad." El 3 de junio de este año, en su discurso a las Cortes, vuelve al tema con mayor amplitud: se queja de que a los países pequeños se les coloca ante hechos consumados; de que pueden ver afectada su política interior y exterior; de la injusticia de que unas naciones sean industriales y otras agrícolas, impidiéndose la industrialización de éstas y obligando a emigrar al exceso de población agrícola; y advierte que hay otros bloques económicos además del europeo. Formuló estos reparos sin contrapartida de entusiasmo por las hipotéticas ventajas de la integración. No figuran entre ellos los gravísimos de índole político-religiosa. Aludiendo a

las campañas exteriores de esta índole contra España, afirmó días después (14-VI-61) en declaraciones al periodista Hearst: "En último término, si hemos de elegir entre la paz, el orden y el progreso interno, o el perder éstos y ser gratos fuera, nos quedamos con lo primero."

El Ministro de Comercio estudió el tema de nuestra integración europea en sus discursos de las Ferias de Muestras de Valencia (3 de mayo) y Bilbao (15 de agosto). Algunos conceptos generales se encuentran en ambos, y son: La gran complejidad y dificultad del asunto; su trascendencia incalculable: "decisión que va a afectar a todo su ser (el de España)" (Valencia), y "paso irreversible en la historia" (Bilbao); necesidad de que se formen grupos de opinión pública; llamamiento a la serenidad frente a nerviosismos y prejuicios; aclaración de que no es un hecho fatal (Valencia) y de que se aplaza (Bilbao). Ideas generales totalmente opuestas al clima creado por periodistas frívolos e insensatos y por izquierdistas astutos, como veremos en seguida. Pero lo mejor de las intervenciones del Sr. Ullastres, con ser lo señalado tan excelente, es el enfoque técnico del problema, con datos y con ideas concretas de política económica que garantizan sus conclusiones y han ganado para ellas la confianza de todos. La prensa diaria ha publicado íntegros ambos discursos y esto nos alivia de repetir la larga relación de consideraciones que desaconsejan nuestra integración. Pero queremos hacer notar que esa relación, con ser impresionante, ha quedado peligrosamente incompleta porque faltan en ella, lo mismo que acabamos de decir al hablar del Jefe del Estado, las objeciones no económicas, las objeciones políticas, culturales y religiosas, que son las principales.

Con carácter de independiente y a título personal, el ex-ministro Sr. Larraz ha intervenido también en el asunto; su prestigio y el enfoque técnico de su estudio merecen que se consigne. El 6 de julio afirmó en el Instituto de Estudios Políticos que el Mercado Común está muy lejos aún de lograr la deseable unidad económica de los países que lo componen; está en los comienzos y no puede lograrse en absoluto que llegue a buen puerto. Y que en su situación actual carece de capacidad para hacer frente a las consecuencias presumibles, en España, de la plena integración, por donde podría resultar ésta claramente injusta.

Las izquierdas no se han mordido la lengua ni fuera ni dentro de España. Ya el 28-11-49, los países asociados para el Mercado

Común formularon en Bruselas una "Declaración sobre los Principios de Política Europea" muy centrada sobre la democracia, la libertad entendida masónicamente, y los derechos del hombre. Conceptos que habrán de aceptar los futuros signatarios. Anteriormente, las masonerías de todas las obediencias habían proclamado que el triunfo de las democracias en la GMII aseguraría la formación de organismos supranacionales en sus manos, y así nació la ONU como anteriormente la Sociedad de Naciones.

Los grupos de izquierda españoles cazaron al vuelo la ocasión y sus dirigentes, entre los que hay más sedicentes "intelectuales" que economistas de solvencia, se vienen esforzando en dar la sensación de que la unidad europea es ya un hecho, y además, sencillísimo; de que nos arrolla fatalmente; y en imbuir con nerviosismo histérico que el retraso en nuestra incorporación es una catástrofe. Pero sin razonar ni demostrar nada, creando un ambiente pedantesco que hacía fuera mal visto, como de ignorantes y atrasados, siquiera dudar del fatalismo y la grandeza del fenómeno. Términos vagos y tópicos han tratado de suplir estudios técnicos económicos en este sector político.

El 19-IV-61 la Asociación Española de Cooperación Europea, el Comité Español de la Liga de Cooperación Económica Europea y el Instituto de Estudios Europeos de Barcelona formularon entre otras Conclusiones las de adherirse a la Declaración de Principios, antes mencionada, y al Convenio europeo de los Derechos del Hombre. Documentos en abierta contradicción con las Encíclicas Mirari Vos, Libertas e Inmortale Dei, con el Syllabus y con el vigente Concordato.

La Democracia Cristiana, además de nutrir las filas de esas asociaciones de izquierdas, les ha prestado el concurso del diario "Ya" y su cadena en provincias; éste ha servido con numerosos artículos y reseñas a la maniobra heterodoxa. El 24-VII-61 publicaba una crónica de Javierre (¿Pbro.?) con gran entusiasmo por los progresos de la atea e impía futura Universidad de Europa.

La Casa Norteamericana de Bilbao patrocinó el 17-III-61 una conferencia del notable economista Sr. Vila Coro contra el ingreso de España en el Mercado Común. El Embajador yankee se esforzaba en junio, en la Cámara de Comercio de Barcelona, en convencer a los españoles para que optaran por la libertad de comercio, con la misma grandeza de ánimo que Hernán Cortés (sic) y los conquistadores. Tres meses después declaraba en San Sebastián ("ABC" de

9-IX-61) que los Estados Unidos verían con agrado la integración de España en el Mercado Común Europeo. ¿Tratan de ayudar a España o de arrastrarla a las veleidades de su desorientación política?»

«LOS CATOLICOS Y LA INTEGRACION EUROPEA», ARTICULO EN «CRUZADO ESPAÑOL» DE 15 DE FEBRERO DE 1962

«En la inauguración de la Feria Muestrario Internacional de Valencia, el Ministro de Comercio pronunció, el pasado año, un discurso sobre el problema de la integración de nuestra economía con los de otros países ("ABC" 3-V-61). Comenzó diciendo que el problema es "complejísimo". Por eso hace falta (...) dejar que se vayan formando las opiniones"; y terminó con estas palabras: "Estudiad el problema objetivamente, divulgad, popularizad, exponed vuestras opiniones y el tema en todas partes donde podáis (...) ayudad a crear ese clima dentro del cual y siguiendo el cual seguramente España tomará en su día una decisión."

¿Va esta invitación dirigida a los industriales y a los comerciantes exclusivamente, o alcanza también a los católicos como tales? Parece claro que se dirige a los interesados en el problema. ¿Están los católicos en cuanto tales interesados en el problema? Creemos que sí. El propio señor ministro dice que la decisión integradora es demasiado trascendente para tomarla sin haber "visto antes cuál es la opinión de los españoles, cuál es su disposición de ánimo". No dice la opinión de los economistas, sino "de los españoles" en un sentido altísimo que el contexto confirma. No es la cosa para menos, porque hacia el final dice que se buscará "lo que al ser y al devenir de España le siente mejor. Al ser y al devenir de España no solamente en lo económico sino en todos los aspectos de su vida". Manifiesta más adelante que "todo el proceso integrador, en el cual nos introducimos, nos tiene que dar la seguridad de que los países en los que nos integramos van a tomar mucho también de España. Y este mucho no se refiere, como comprenderéis, exclusiva, y mucho menos principalmente, a los artículos que exportamos a través de la balanza de pagos".

Nos ha agradado mucho la claridad con que el señor ministro,

salvado de una posible deformación profesional, muestra que el problema no es solamente económico, sino total; por tanto, cultural, político y religioso. Nos ha agradado, pero no sorprendido. Porque algunos grupos, sin esperar la invitación citada, ya nos lo están diciendo desde hace mucho tiempo. No podemos extendernos en nuevas citas, pero las hay abundantísimas. Puede verse en CRUZADO ESPAÑOL de junio de 1958; el "Ya" de 10-VII-58 y el "Ya" de 20-IV-61. En este último se publican las conclusiones formuladas en unas Jornadas pro Integración Europea por la Asociación Española de Cooperación Europea (Avda. José Antonio, 43, Madrid), por el Comité Español de la Liga Europea de Cooperación Económica y por el Instituto de Estudios Europeos de Barcelona. Entre otras conclusiones figuran las de adherirse a la "Declaración de Principios" adoptada por el Comité Internacional del Movimiento Europeo el 28-11-49; y la de adherirse también a la Convención Europea de los Derechos del Hombre firmada en Roma en 1950 y completada por el Protocolo de París de 1952.

Estas citas no se refieren a problemas económicos. ¡Son problemas religiosos! ¡Los católicos estamos interesados en el problema! ¡Estamos llamados a opinar en cuanto tales! Este es el objeto de estas líneas: hacer ver a los católicos españoles que deben de movilizarse ya sin más tardanza para sacar a flote los gravísimos intereses religiosos involucrados en la integración económica. Porque llama poderosamente la atención el contraste entre la abundancia de las manifestaciones de que la cuestión no es solamente económica, sino, además, política y religiosa, con la escasez, por no decir ausencia, de estudios sobre su aspecto religioso. Es inaplazable que el pueblo fiel tome conciencia de lo que se debate, de lo que está en juego; que lo estudie y que actúe.

Claro está que la última palabra, por nuestra parte, corresponde a los Obispos y a la Santa Sede. (Véase el discurso de Pío XII a los juristas italianos el 19-XII-53). Pero la Iglesia lleva ya definidas muchas cosas; en su "Depositum" hay encíclicas como la "Libertas", la "Divini Illius Magistri", y muchísimas otras que nos dicen ya desde ahora lo que debemos pensar de los "Derechos del hombre" y de la Universidad de Europa; del derecho nuevo y de las relaciones de la Iglesia y el Estado; del liberalismo y de la masonería; de muchos de los conceptos recogidos en los documentos fundacionales del Consejo de Europa, del Movimiento Europeo, de sus filiales y tributarias. Es urgente multiplicar los círculos de estu-

dio y acción sobre temas concretos políticos y religiosos que van encadenados a los proyectos de integración, y a los fines de ciertas organizaciones que usan la integración como pantalla y parachoques.

La Iglesia ha defendido también sus deseos respecto a España en el Concordato vigente. Es al estudio de los Concordatos al que remite en concreto Pío XII al final del discurso citado. Ellos expresan la voluntad de la Iglesia. El estudio y la difusión del Concordato vigente, su porvenir en una España más estrechamente relacionada con otros países europeos, son otros puntos de trabajo que acometer sin demora.

Que en el futuro no sólo opinen los afiliados a la Convención de los Derechos del Hombre. Opinaremos también los miembros de las células de Estudio y Acción de CRUZADO ESPAÑOL.

P. Echániz»

LA REVISTA ««AZADA Y ASTA», de la que tantos artículos antieuropeizantes hemos reproducido ya, publica en su número de noviembre-diciembre de 1962, en forma muy destacada y sin firma, el siguiente párrafo:

«Cuando tratando del ingreso de España en el Mercado Común se habla de la liberación del régimen, como paso previo, nos quedamos perplejos. Cierto que el régimen tiene muchas cosas que reformar. Pero sólo debe hacerse con criterios españoles y cara a la realidad de nuestros problemas. ¿Acaso vamos a convertirnos en los lacayos de la Europa capitalista, levantando nuestras estructuras políticas y culturales según sus moldes caducos?»

«ESPAÑA Y LA UNIFICACION DE EUROPA», artículo de «Boina Roja», núm. 76 (c. finales de 1962).

«En las reseñas que con este mismo título ha publicado "Boina Roja" últimamente, se ve que los enemigos del 18 de julio se agitan por una España democrática integrada en una Europa democrática, mientras que sus amigos y continuadores hacen una primera fase de resistencia al problema y luego plantean la unión de Europa con una estructura política análoga a la española tradicional. Es decir, que frente a la europeización de España de juanistas, democristianos y rojos, se propugna la españolización de Europa por Don Carlos, Franco y algunos falangistas.

Nuestro artículo precedente terminaba anotando el hundimiento del frente hispanista después del anuncio oficial de conversaciones con el Mercado Común; pero señalando una débil reacción que quedó por razones de espacio pendiente de detallar. Es la siguiente:

El 3 de marzo de 1962 en la inauguración de la II Feria de la Máquina-Herramienta de Bilbao, el Ministro de Comercio, si bien refiriéndose a problemas exclusivamente técnicos, puso una nota de serenidad en el histerismo reinante: "Con Mercado Común o sin Mercado Común la trayectoria de la economía española, la trayectoria política y la trayectoria estructural de la economía española tienen que ser exactamente las mismas en el futuro... de unas negociaciones con el Mercado Común no puede salir más que una forma suave, muy suave, de incorporación a Europa."

En una conferencia el 13 de marzo de 1962 el ex-Ministro don José Larraz, no se muestra nada sugestionado por los "slogans" que quieren causar la impresión que la unión de Europa es ya un hecho. La pone en duda, nueva nota de serenidad en el nerviosismo ambiente, basándose en el precedente histórico de las polémicas entre librecambistas y proteccionistas, y concluye que "habrá Mercado Común Europeo si hay federación europea. Y si no, no".

El teniente general Kindelán, que ya tenía en su haber un excelente artículo en "ABC" (24 de noviembre de 1955: "No permita el Altísimo que tal cosa —europeizarnos los españoles— suceda") publica en el mismo diario en marzo pasado otro artículo sobre el mismo tema, califica de "ruta difícil" la marcha de España hacia los Estados Unidos de Europa y considera el antagonismo entre patriotismo y superestado.

Inteligente y de gran alcance fue la actividad del profesor Karl Schmitt durante su visita a España. En el Instituto de Estudios Políticos dijo el 21 de marzo de 1962 que el mundo no avanza hacia su unidad, sino que se aleja de ella; parecía haberse alcanzado al final de la GM II cuando Roosevelt y Stalin eran amigos; pero pronto se pasó a una fase bipolar y dualista y ahora a otra pluralista. Frenó el entusiasmo que algunos sienten por la técnica y exaltó la sustancia espiritual de los hombres. En unas declaraciones en "Arriba" (23 de marzo de 1962) dijo que hay que impedir que la idea de la tecnificación se considere por sí sola capaz de producir automáticamente la unidad política del mundo; que "la situación de España ideológicamente es superior a la de Europa. Ustedes son los únicos que han vencido al comunismo." "Es posible que todos los países

europeos tengan que acreditarse frente a España; porque todavía no existe una posición común frente al comunismo." "España no va a remolque de nadie."

Hasta aquí, las escasas noticias agradables que debíamos a nuestros lectores desde el anuncio de conversaciones con el Mercado Común hasta el 1.º de abril, en que terminaba la recopilación de nuestra anterior comunicación. Desde el 1.º de abril hasta el 18 de julio de 1962, hay que anotar:

Nuevas aportaciones de la Comunión Tradicionalista a la causa de la Religión y de la Patria han sido: Un reportaje en el "Ya" (6 de abril de 1962), sobre las tres princesas hijas menores de Don Javier. Afirman que frente a una Europa materializada sin sentido del bien ni del mal, España, la España no gastada, tiene un momento único. "AZADA Y ASTA" dedica su núm. 17, difundido en abril, al tema de Europa y en un editorial y cuatro artículos distingue la vieja Cristiandad de la Europa democrática y decadente actual que sólo puede resurgir y unirse sobre las bases políticas del tradicionalismo español. "BOINA ROJA", n.º 71, publica un extenso estudio del profesor Francisco Elías de Tejada sobre el libro de Marrero: "La guerra española y el trust de los cerebros", que es, entre otros méritos, una gran aportación a la cuestión que nos ocupa, desde un punto de partida distinto y original que es la afirmación y exposición del ser peculiar de España en contraste con el de Europa. Y en el núm. 72 reproduce un artículo de "ARRIBA" (27 de agosto) firmado por el falangista Jesús Suevos, que termina diciendo: "Inútil es decir hasta qué punto miramos con recelo a esa Europa de los negocios comunes que, si Dios no lo remedia, va a ser inspirada y dirigida por la Internacional masónica." Se anuncia para octubre la aparición de una revista doctrinal de las Españas que se llamará "MONTEJURRA"; viene presentada por un texto que es ya una magnífica distinción entre las Españas y Europa.

El Jefe del Estado, en los discursos pronunciados en su visita a Valencia, junio de 1962, dijo: "Nuestra diferencia profunda con Europa no está en lo material, sino en lo espiritual." "En la defensa de todo esto (los valores del espíritu), es en lo que tristemente nos encontramos más distanciados." "Nos sentimos europeos; pero en todo caso nosotros no cambiaremos nuestra salud interior ni nuestra paz interna por complacencias con el extranjero."

El Ministro señor Gual Villalbí, en unas declaraciones a "YA" el 28 de abril de 1962, dice refiriéndose al Mercado Común: "Pero

en la realidad, y a causa de su misma envergadura, ha de tropezar con no pocas dificultades. Por ser esta aspiración de tanta trascendencia requiere calma y prudencia."

El Centro Europeo de Documentación e Información, CEDI, organismo oficioso del Estado en manos de demócratas cristianos, ha publicado una "Resolución Final" de su XI reunión internacional (26 de junio de 1962), en la que tímidamente mendiga compasión para que podamos tener nuestra propia política interior "por ahora".

Por parte del Gran Oriente de Estoril hay que señalar que no ha habido una expulsión nominal de sus órganos más elevados de sus miembros que intervinieron en el asunto de Munich, sino notas abstractas y confusas; una de ellas, de la Comisión permanente del Consejo Privado (11 de abril de 1962), afirma "que la incorporación de España al Mercado Común es un empeño nacional, cuya consecución debemos propugnar, sin reservas, todos los españoles".

Pero lo más importante de este período ha sido, sin duda, el asunto de Munich, que ya conocen nuestros lectores por el reportaje que sobre él hizo el Ministro de la Gobernación en las Cortes el 14 de julio de 1962. Una apostilla brevísima le pondremos, de Mella: "No se puede levantar tronos a las premisas y cadalsos a las conclusiones." Tanto "BOINA ROJA" como el Boletín de Información de la Delegación Nacional de Requetés habían señalado el peligro con anticipación sobrada sin que se hubiera tomado ninguna medida para atajarle.»

REPLICA A «LA ACTUALIDAD ESPAÑOLA»

La revista «La Actualidad Española» era un semanario gráfico muy introducido, con frecuencia por gestiones de socios del Opus Dei, en la clase media alta española. En su primer número del año 1963 (3 de enero de 1963) ofrece «los rasgos claros de lo que va a ser nuestra línea editorial en sus varios aspectos». Entre esos aspectos que se exponían destacaban estos tres: apoyo a la asociación al Mercado Común; apoyo a la libertad de cultos, y apoyo, igualmente encubierto en largas y complicadas frases oscuras, a abandonar las provincias africanas.

El recopilador le replicó desde la única tribuna, modestísima, de que disponía, «Boina Roja», núm. 79, de febrero de 1963. Hemos dejado para el tomo del año 1963 lo referente a la libertad de cultos y a las provincias africanas. Aquí trasladamos la réplica a su adhesión al Mercado Común, forzando la cronología para un más completo y global tratamiento del tema del epígrafe. El recopilador recibió numerosas felicitaciones por su artículo de réplica en «Boina Roja».

«Asociación al Mercado Común.—El texto íntegro que sigue a este título dice así: "En toda política constructiva, y no meramente defensiva, la amistad y el diálogo suponen una cierta igualdad de puntos de vista y de concepciones de la vida. A veces, incluso, cuando esa amistad es provechosa a toda costa, no sólo se supone esa igualdad u homogeneidad, sino que se crea. En esta línea de igualdad, de homogeneidad, en el terreno político con quienes tenemos y debemos convivir, deben moverse nuestros esfuerzos."

En el primer punto de este programa, titulado "Continuidad y Sucesión", la adhesión al 18 de julio es tan fría, escueta y modesta, que al menos experto le suena a falsa. ¿Cómo creer en ella después de leer unas líneas más abajo el párrafo transcrito? Ni en lo político ni en lo religioso, el 18 de julio fue afín a la Europa actual. Yo quisiera que alguien me explicara en qué se diferencia esto de lo que se trató de hacer en Munich en junio pasado. De entonces acá, Europa ha acrecentado su palmarés anticristiano con el aplauso a la eutanasia en Bélgica; el aborto criminal legalizado en Suecia; cinco millones de votos entre socialistas y comunistas en las elecciones francesas; alarmante presión comunista y agitación antiespañola en Italia.

Ya saben los lectores españoles: "La Actualidad Española" les va a animar durante el año 1963, no a soportar resignadamente, sino a "crear" una igualdad, una homogeneidad en el terreno político con los laicistas, masones, impulsores de los ataques a la religión, del divorcio y, claro está, de la libertad de cultos. Esto último viene aparte. Tampoco tiene desperdicio.»

«¿SON SINCEROS LOS EUROPEIZANTES ESPAÑOLES?»

Con este título publicó el recopilador el artículo siguiente en el diario carlista «El Pensamiento Navarro», de 10 de diciembre de

1974. Fue reproducido de inmediato, espontáneamente y sin tramitar la autorización de su autor por los grandes periódicos de Madrid «Pueblo», de 13 de diciembre de 1974, y «Nuevo Diario», de 14 de diciembre de 1974, suceso sin precedentes.

«Entre los comentarios que ha suscitado la negativa francesa a conceder la extradición de los asesinos del almirante Carrero Blanco, echo de menos éste: Que esa negativa señala la debilidad del argumento de los europeizantes españoles de que la unificación de Europa es un valladar contra Rusia y el comunismo.

Por supuesto que se refieren precisamente a la unificación en curso, única realmente existente, a la cual nos empujan, y no a otras posibles de variadas cualidades, entre las cuales podría, y debería, encontrar Rusia la horma de su zapato.

La propaganda europeizante aparece en España al final de la década de los años cincuenta, de boca, pluma y manos de las izquierdas. Es una de las primeras grandes y nuevas empresas que acometen después de sus derrotas en la Cruzada y en el posterior bloqueo diplomático de la O. N. U., del que esperaban recibir el poder sin el menor esfuerzo por su parte.

Ahora todo el mundo ve y entiende la presión izquierdosa y democrática, que en forma de chantaje, están ejerciendo sobre España las fases ya realizadas de la unificación europea. O democracia, o asedio. Pero cuando la gran maniobra se empezó a esbozar, las izquierdas españolas comprendieron antes que nadie la nueva oportunidad que se les ofrecía de conseguir desde fuera lo que no podían desde dentro. Los católicos tardaron mucho más en ver la jugada y el peligro para ellos del nuevo liberalismo democrático y filomarxista, que empieza con la separación "amistosa" (¿?) de la Iglesia y del Estado y acaba en el divorcio, la legalización del aborto y la libertad de cultos.

Aún ahora, veinte años después, adormecidos por la propaganda enemiga y por las herejías laicistas y secularizadoras, muchos no comprenden que si capitulamos sufriremos a la vez los dos elementos del chantaje reunidos: democracia y prolongación del asedio, entonces ya solamente al servicio de intereses estrictamente económicos de otros.

Futuro que recuerda el profetizado por Churchill a Chamberlain al regreso de la conferencia de Munich en 1938: "Habéis tenido que escoger entre el deshonor y la guerra; habéis preferido el deshonor, y no tardaréis en tener, además, la guerra."

Para mantener las ventajas de ser las únicas en ver la jugada, las izquierdas procuraron hacerla avanzar sin ruido, como de puntillas, hasta que la crisis conciliar creó una debilidad en las filas católicas que les permitió envalentonarse y manifestarse descaradamente. Aquel primer avance del europeísmo democrático fue cubierto con alardes anticomunistas; los cuales han sido cada vez menos necesarios; pero a veces, en raras coyunturas, aún se hacen.

Decían que la mejor manera de detener a Rusia era oponerle una Europa unificada. No se puede negar a esto algún viso de verdad. Ya lo vio antes, y cogió al vuelo para su canto de cisne, la Alemania nazi arrollada por el avance ruso. La falta de sinceridad de nuestros demócratas europeizantes se empezaba a notar en que cuidaban mucho de no hablar de una Europa atacante; no pensaban más que en una Europa a la defensiva, pobre proyecto.

También se advertía una falta de sinceridad en postular una unificación política donde bastaba un sistema de alianzas clásico. Es que iban a ver al señor duque... y a comer. Y la unificación, además de un instrumento defensivo ante Rusia, podía ser, como otra que yo me sé, un instrumento de absorción y liquidación de quienes no pensaban como ellos, de los no demócratas, mientras que las alianzas clásicas, no.

Finalmente, ni el espíritu político que iba a presidir a los unificados rebosaba anticomunismo, ni la situación aislada de cada sumando ofrecía posibilidades reales de enfrentarse en serio al ejército rojo: millones de votos comunistas, millones de otros votos igualmente anticristianos, corrupciones, apostasía y desorientación. Ahí estábamos cuando se añade la aparición del terrorismo.

La exactitud, la complejidad, la envergadura de las novísimas acciones del terrorismo contemporáneo, y la impotencia de sus espeluznantes salvajadas para suscitar una acción internacional eficaz contra ellas, hacen sospechar complicidades a muy alto nivel. Antes, para desentrañar un crimen pasional, se aconsejaba "chercher la femme"; ahora, para entender la supervivencia del terrorismo científico y organizado en gran escala, habrá que buscar a políticos y altos funcionarios.

A la vista de esta situación general, y de esta conducta concreta de Francia en favor de los terroristas, hay que pensar que ni nuestros europeizantes, ni nadie, pueden asegurar seriamente que entre los objetivos de esa unificación europea que se traen entre manos está la lucha contra Rusia y el comunismo.

Me atrevo a decir más aún: que esa unificación bajo el signo liberal, democrático y filomarxista, favorece a Rusia y al comunismo. Entre otras maneras, en la medida en que absorbe, corrompe y destruye los baluartes auténticamente cristianos que pueden quedar en Europa. Una España europeizada perdería el carácter de bastión anticomunista que hoy aún tiene, sin aumentar en compensación ni un ápice la ínfima capacidad de resistencia del conjunto frente a Rusia.»

* * *

Este mismo chantaje de la izquierda contra la España Nacional mediante el europeísmo es también denunciado unos años después por DON RAFAEL GAMBRA.

En su libro, «TRADICION O MIMETISMO» (1976) leemos (pág. 50): «Se ha contrapuesto a menudo esta nueva estructura de coexistencia con el antiguo orden sacralizado, en la oposición Europa-Cristiandad. Europa sería así lo que a partir de Westfalia sustituye a la Cristiandad medieval y se prolongará en un largo proceso individualista y laicista, cuyas cotas culminantes parecen reservadas a nuestra época. Hoy la nomenclatura es discutible, puesto que el nombre de Europa es también muy viejo y contiene múltiples resonancias históricas y míticas; pero es válida para los españoles, puesto que desde hace más de dos siglos se nos presenta con el nombre de europeísmo o europeización el ideal de incorporarnos a la Europa moderna, coexistente y religiosamente neutral, abandonando el sentido de nuestro pasado, fiel siempre a la unidad político-religiosa de la catolicidad.»

CONDUCTA DE DON JUAN DE BORBON Y DE SUS COLABORADORES

Aunque estas páginas no son la historia de la dinastía liberal y usurpadora, es útil para el conocimiento del Carlismo, que es nuestro objetivo, el seguimiento de algunas actitudes de Don Juan de Borbón y Battenberg y de sus más eminentes devotos, bien por las polémicas que desencadenaron con los carlistas, bien porque, en todo

caso, son como un molde en negativo de la morfología del tradicionalismo.

Don Juan de Borbón mantenía en su corte de Estoril, respecto de la incorporación de España, previamente democratizada, a Europa, un doble flujo: sus colaboradores van por cuenta propia a dirigir organizaciones y actividades europeizantes; y, por su parte, él cubre los puestos importantes de su organización con políticos que han militado y se han significado como europeizantes. Volvemos sobre este asunto en el tomo del año 1962, a propósito de las reuniones de Munich.

Aquí transcribimos de «Boina Roja», de abril de 1961, una carta abierta de Don Francisco Elías de Tejada a Don José María Pemán, destacadísimo miembro del equipo de Don Juan, que fue ampliamente difundida en los medios carlistas y en otros meramente patrióticos, como la revista «Fuerza Nueva», de agosto de 1972.

El Boletín de Información de la Delegación Nacional de Requetés, de octubre-noviembre de 1961, denuncia la presencia del chantaje democratizador en el grupo tolerado o semiclandestino llamado «Unión Española»; estaba capitaneado por Don Joaquín Satrústegui, y era a la vez parte del despliegue monárquico juanista y del de las izquierdas (vid. pág. 340 bis).

Don Florentino Pérez Embid, miembro del Consejo privado de Don Juan y siempre conspicuo y mentor de la corte de Villa Giralda, escribió en el diario de la misma significación, "ABC", de 8 de marzo de 1966, un artículo titulado «El Socialismo y Europa», demostrativo de nuestras denuncias, al menos por aceptación.

Don José María Toquero, en su documentado libro «Franco y Don Juan», escribe (pág. 312): «Además, el Conde de Barcelona era partidario del ingreso de España en el Mercado Común, con todo lo que ello conllevaba. No en vano había enviado en 1959 un telegrama a Robert Schuman, Presidente de la Asamblea Parlamentaria de las Comunidades Europeas, asociándose a los actos celebrados con ocasión del X Aniversario de la creación del Consejo de Europa y la Constitución del Tribunal Europeo de los Derechos del Hombre.»

CARTA ABIERTA A DON JOSE M.ª PEMAN

«Querido y admirado Pemán:

Permíteme que el más humilde de tus amigos apenas honrado por tu generosidad caliente de humanidades desde los tiempos de la remota juventud en que acudía a gozar en tus versos la gracia de la Tradición de las Españas, te exprese su desengaño al leer en el "ABC" de Sevilla de esta mañana tu lamentable artículo "Luz de Europa". Y digo lamentable, no por la excelencia literaria, que sigue siendo una prueba más de tu habitual maestría periodística; sino porque para mí ha sido el definitivo papirotazo que vuelca por los suelos enlodados la magia del ídolo que para mí fuiste siempre desde hace treinta años.

En cierto modo, pues que soy carlista, he de agradecerte este artículo, y creo que te lo agradecerán todos los carlistas militantes. Porque en él, con la doble autoridad de tu grandeza literaria y de tu presidencia del Consejo asesor del pretendiente liberal, acabas de perfilar las razones por las cuales los verdaderos españoles hemos de ser carlistas incompatibles con las sirenas del "estorilismo" oportunista, capaz de vender la Tradición por un plato de lentejas, aunque estén cocinadas con la basura de negación de la patria (1).

Bien sé yo que entre tu fe y tu talento y el modo nuevo de la Anti-España cursi que cultiva un Julián Cortés Cavanillas con su exaltación de las Saboyas que aplastaron las Italias españolas, media un abismo que va desde la zafiedad hasta el talento. Pero por eso mismo también tus palabras gozan de una autoridad insoslayable y hemos de tomarlas coronadas de la aureola de ser la doctrina oficiosa de la monarquía liberal que tus amigos propugnan.

Tu artículo declara la necesidad de ser europeos los españoles;

---

(1) «Estorilismo» es un neologismo afín a «estorilo», que era la denominación, en el lenguaje doméstico de los carlistas, de los tradicionalistas que el 20 de diciembre de 1957 transbordaron al servicio de Don Juan de Borbón. Esta alusión motivó que varios «estorilos», encabezados por Don Eduardo Gil de Santivañes, escribieran a Elías de Tejada una carta con prolijas explicacones de su decisión del 20 de diciembre de 1957. Este les replicó que se atuvieran al tema de la europeización. (Archivo de Don Joaquín García de la Concha.) Eludirlo significaba asentir la tesis de Pemán, que así pasaba a reflejar, tanto como un pensamiento individual, el de los seguidores de Don Juan de Borbón de abolengo tradicionalista; a fortiori, el de los liberales. Por este mismo artículo, Don Francisco Elías de Tejada recibió muchas cartas de felicitaciones de españoles irrelevantes.

esto es, de aceptar la democracia y el liberalismo como fórmulas en moda más allá de los Pirineos, ni más ni menos que en otra coyuntura tus amigos propugnarían aceptar a ojos cerrados el absolutismo o el facismo simplemente porque fueron fórmulas de eficacia administrativa en los pueblos europeos. Siendo tu argumento esencial el de que en estos tiempos que vivimos es óptimo el nivel de vida que alemanes, franceses, ingleses e italianos han logrado aplicando semejantes criterios de gobierno. Porque escribes a la letra: "Estamos a la orilla de Europa, pudiendo exhibir un capital de logros y realizaciones: orden, paz, recuperación; fábricas, pantanos. Pero lo que queda por hacer —cultura, universidad, instituciones, expresión reglada del pensamiento, pacificación espiritual— son gases que tienen, por esencia, peso y volumen superior a la pura localización peninsular."

Con lo cual reconoces que Europa se identifica, no con unos linderos geográficos, sino con la ideología liberal ahora en boga; y crees que nosotros, los españoles, hemos de copiar estas fórmulas para incorporarnos a una Europa que "vive uno de los mejores y más plenos instantes de su historia".

Puede ser que semejantes criterios sean aceptables para unos príncipes que vistieron uniforme inglés (1) de la Inglaterra que nos ha robado Gibraltar y que enfrentó a la hermana Portugal contra Castilla; pero, querido José María, para los carlistas esta actitud implica renegar de lo que fue el 18 de Julio, ímpetu español contra la aplicación de esas fórmulas democráticas que tanto ensalzas porque han traído bienestares materiales; supone además traicionar la entera historia de nuestros abuelos, cuyo quehacer consistió cabalmente en combatir las ideas de convivencia religiosa, de ruptura de las jerarquías políticas, de asesinato del organismo social, en que consiste esta Europa que nos brindas por modelo. Y no vale el argumento de que San Ignacio fundó en París a la Compañía de Jesús, porque lo que San Ignacio obró en París es precisamente lo contrario de lo que tú postulas: negó la ruptura religiosa de la Cristiandad con la fórmula españolísima de su Compañía, nacida para luchar contra las maneras religiosas europeas en nombre de las Españas, contra la quiebra de la unidad cristiana fragmentada en sectas heréticas desde la negación de la obediencia al Vicario de Cristo; en nombre de la unidad religiosa que informó a la Cristian-

(1) Alusión a que Don Juan de Borbón y Battenberg sirvió en la Marina de guerra británica.

dad, que abanderaban las Españas a fuer de continuarla y que Europa negó en la fórmula de esa "pacificación espiritual" que propugnas; antítesis de los bríos fundadores de Ignacio de Loyola.

Para que tengamos lavadoras, quieres que abracemos a los que enlodaron los sepulcros de nuestros abuelos; para que en cualquier "The Times" nos den espaldarazos de aplausos, quieres que olvidemos que nos robaron inicuamente el Rosellón y Gibraltar, Cerdeña y Sicilia, Filipinas y Nápoles, porque robo fue aplastar el espíritu español que encarnaban en la historia; para que nos llamen civilizados, quieres que abramos los brazos a la convivencia con las sectas; siendo así que la unidad religiosa es un bien superior a todos los bienes materiales para un católico a la española usanza; para que haya otra vez recepciones palaciegas con duquesitos cuajados de entorchados, no te importa reneguemos de lo que nos justifica delante de la historia.

No, querido José María. La Europa que ensalzas es la gusanera despreciable de ideologías venenosamente hóstiles que ya predijeron nuestros clásicos. El liberalismo que según tú aporta tantas comodidades materiales, fue la fórmula con que nos engañó Europa en el siglo XIX y contra la que murieron tantos hermanos de mi carne espiritual cubiertos por la boina roja que algunos de tus amigos van profanando al cubrir con ella esta superchería de jugar con cosa tan sagrada como es la Tradición de las Españas que enarbola el Carlismo militante. Hacerte caso sería asesinar el 18 de Julio por la espalda, trocando inútil la sangre generosa de quienes supieron morir como héroes para que ahora no nos engañéis como a tontos.

Os es lícito propugnar eso para vuestra monarquía, os es lícito soñar con europeizarnos, os es lícito renegar de la esencia de las Españas. Es vuestro derecho y vuestra lógica; es lo que han venido haciendo los absolutistas del XVIII y los liberales del XIX. Casi sería absurdo pediros lo contrario y yo reconozco hoy mi error de haberme dejado subyugar por tu magia poética hasta pensar que tus amigos pudieran cesar alguna vez por excepción de renegar la de Tradición de las Españas.

Lo que ya no es lícito es que cubráis esos proyectos anti-españoles de esa europeización ideológica comprada con moneda vil de automóviles y de frigoríficos, con el dosel sagrado de la boina roja. Esta es una insignia española que nos pertenece por entero. La recabamos en nombre de los abuelos que escupís, en nombre de los

que murieron sin ceder con heroísmo de cruzados o con tenacidad de mártires en las trincheras de la revancha española contra Europa. Tened, por favor, la gallardía de decir que sois una manera más de hacer inútil el 18 de Julio y lo que es más todavía que el 18 de Julio, con serlo tanto: la savia de las Españas, salvada milagrosamente tras el estandarte de la legitimidad.

Es lo que menos se os podrá pedir: las cosas claras. Te lo pide un carlista que jamás pensó hubiera de tener que elevar semejante petición a aquel José María Pemán que hace treinta años se aparecía a mis ojos como un capitán ideológico de las verdades españolas contra Europa. Porque este artículo "Luz de Europa" parece imposible venga de quien puso en labios de uno de sus personajes estupendos: "Y que aprenda España entera — de la pobre Piconera, — como van al mismo centro — royendo de su madera — los enemigos de dentro — cuando se van los de fuera. — Mientras que el pueblo se engaña — con ese engaño marcial — de la guerra y de la hazaña, — le está royendo la entraña — una traición criminal... — ¡La Lola murió del mal — de que está muriendo España!"

Nosotros, los carlistas, querido y admirado José María Pemán, estamos decididos a no morir estúpidamente engañados como tu maravillosamente española Piconera. Aunque sin darse cuenta pretenda vendernos gato por liebre nada menos que quien genialmente la creó.

Permite estas humildes palabras carlistas de tu devoto

Francisco Elías de Tejada»

EXTRACTOS DEL ARTICULO DE DON FLORENTINO PEREZ EMBID, «EL SOCIALISMO Y EUROPA»

«Cada vez está más claro que la unidad de Europa y el tono socialista de las formas de vida —dos datos elementales de la realidad actual europea— son también dos de las ideas-fuerza a las que mira con simpatía la "nueva conciencia" española.»

«No digo que atraigan hoy por igual a todos los muchachos españoles; no es posible en estos temas hacer afirmaciones válidas para todos. Pero, en cambio, ¿no valen acaso para uno de los sectores significativos? Quizás aquel que por su sensibilidad, por su

instinto del futuro, vibra más en consonancia con la marcha del mundo.»

(.....)

«... en cualquier caso, ahora es evidente que entre nosotros se ha abierto camino una conciencia nueva, en la que hay serenidad y mesura, sin que falte esa voluntad de renovación que es indicio siempre de la potencia creadora de la vida.»

(.....)

«En el horizonte del porvenir que se aproxima —para los españoles también—, Europa es pieza de mayor cuantía. Ha dejado de ser una mera denominación geográfica y día a día adquiere una mayor virtualidad operativa. El nacionalismo de Francia, de algunos franceses, le pone de cuando en cuando algún obstáculo. Pero hoy todo nacionalismo es ya pretérito. Y la idea de Europa es de las que tienen ahora capacidad de sugestión, ofrece ventajas y dificultades, mueve. Las palabras con mayúscula de hace cien o cincuenta años hacen sonreír; Europa, en cambio, es palabra con mayúscula psicológica para la segunda mitad del siglo XX.»

(.....)

«El socialismo, menos. No porque haya muerto, sino por todo lo contrario; porque se ha incorporado a las formas más comunes de la existencia diaria y condiciona los modos de vivir.»

(.....)

«Pase lo que pase con el socialismo y con Europa, ante la aparición en España de la conciencia nueva, lo que nadie normal podrá negarle es el brindis de una clara y abierta simpatía.»

XIII. LOS EPIGONOS DE DON CARLOS VIII

Política de Don José María Valiente respecto de ellos.—Carta de Don Luis de Olabarría al Doctor Gassió.—Carta de Don Francisco José a Cora y Lira.

Aún se encuentran en estos años documentos relativos al movimiento del fallecido archiduque Don Carlos de Habsburgo y Borbón, más conocido con el nombre de Don Carlos VIII. Sus seguidores, desesperados por su orfandad monárquica insalvable, se han ido incorporando a la Comunión Tradicionalista, pero con reticencias, y conservan sus antiguas amistades entre sí, que les caracterizan. Solamente muy pocos han pasado a las filas de la Regencia Nacional Carlista de Estella, porque ellos eran franquistas y ésta es antifranquista hasta la exageración.

En la correspondencia cruzada entre antiguos octavistas se encuentran estimaciones sinceras y veraces de la situación política de entonces.

POLITICA DE DON JOSE MARIA VALIENTE RESPECTO DE ELLOS

En febrero de 1960, Don José María Valiente era todavía Presidente del Secretariado. Hasta octubre no será nombrado Jefe Delegado. Envía al destacado carlista Don Raimundo de Miguel una carta con orientaciones políticas. Como ambos viven en Madrid y son amigos, que estas orientaciones estén escritas les da firmeza y autoridad. Esto es lo que aquí nos interesa de ellas:

«Campo octavista.—La Comunión debe abrir sus brazos con generosidad indiscutible y confortadora para los que vienen. Aquí hallo una cuestión dinástica que en muchos espíritus se planteó de buena fe. En Derecho Público, como en Derecho Privado, cuando la sucesión no es directa, siempre es posible un pleito. En cambio, frente al monarquismo liberal no tenemos una cuestión dinástica, sino una cuestión monárquica. La monarquía no es una forma de Gobierno, sino un fondo de gobierno. Hablo así para entendernos. Ello es que en cuestión monárquica de fondo no es aplicable ningún criterio de transacción porque se trata de cosas sobre las que no se puede transigir» (...).

«Podrías proponer algo muy generoso para incorporarlos al Consejo, Juntas Regionales e incluso a la misma Junta de Gobierno de la Comunión.»

CARTA DE DON LUIS DE OLABARRIA AL DOCTOR GASSIO

«13 de septiembre de 1960

Sr. D. Ramón Gassió
Barcelona

Mi querido D. Ramón:

Leí con mucha satisfacción su atenta carta, a la que correspondo agradecido porque hacía tiempo que no tenía noticias suyas.

En ocasión que estuve en Barcelona llamé por teléfono a usted desde Agustín. Luego le esperé en el café. Sin duda no recibió mi aviso. Me hubiese gustado mucho cambiar impresiones sobre temas que siempre nos son tan gratos.

En mayo del 59 regresé a Barcelona muy pesimista y dolorido por la forma en que Lizarza y yo, desconociendo las maniobras de D. Antonio y Riera, intentamos ayudarle y quedamos mal. Le contaría a usted el buenísimo Isern mis esfuerzos con D. Antonio y su definitiva actitud hacia lo nuestro. Después me dijo: "vosotros sois españoles y yo austríaco. No me interesan "vuestros problemas". Yo no conocí a mi abuelo, y no quiero que me hablen de él. Unicamente me interesa resolver aquí el pleito de mis sobrinas. Todos están en contra mía". Yo me convencí definitivamente de que habíamos hecho el ridículo y perdido el tiempo. Desde entonces, aver-

gozando, no he querido actuar. Me lo han pedido muchas veces aquí, en Vizcaya. ¡Soy carlista! ¡más que nunca! Por eso quiero la unión de todos en el Ideal. Porque más que necesaria es imprescindible si se ha de salvar España. Tenemos enfrente enemigo que empieza en D. Juan y acaba en Khruschev. En Vizcaya es enorme el potencial de izquierdas y el separatismo invade hasta la Iglesia (1).

Los monárquicos liberales son influyentes y poderosos. Solamente el valiente sector carlista y tradicionalista se mantiene y lucha contra todo esto. ¿Si todos se unen contra nosotros por qué mantener la división entre carlistas? ¿Es que no somos capaces de renunciar a nuestras pequeñas diferencias cuando hay cosas en juego que son tan importantes?

El Congo sería un paraíso comparado con España si faltase Franco. Ante esto nadie nos reproche que nuestros jóvenes, que nuestros requetés actúen en la universidad, en los colegios y en todas partes unidos con los javieristas, que nosotros nos reunamos en nuestros actos en un solo bloque, manteniendo, claro está, nuestra propia idea y personalidad.

Los javieristas, con buena voluntad hacia nosotros, hace un año disolvieron la Junta Señorial. Sólo actúan tres miembros, que trabajan mucho y están compenetrados con los que seguimos recordando a D. Carlos nuestro Señor. Quieren formar una nueva junta del Señorío integrándonos a nosotros. Yo tengo en mi antigua junta, entre otros, a dos concejales y un diputado, además, alcalde de Baracaldo. Todos están deseando la unión. Yo no puedo mandar "Rompan filas".

Se nos hace duro, pero no puede hacerse otra cosa que trabajar unidos. Hay que estar aquí y ver problemas. Lo contrario es desaparecer.

Hace unos días visité con la Junta Octavista a D. Esteban (2) en su casa de Durango. Nos animó a trabajar unidos y a mantenernos fuertes porque es mucho lo que espera España de nosotros. Fue una entrevista gratísima.

El 22 de agosto se celebró el acto de Begoña. Fue impresionante el banquete en el "Arizona", una sala de fiestas en el centro

(1) Vid. epígrafe del tomo XXII-(I), «Resucita el separatismo vasco, etc.».
(2) Se refiere a Don Esteban Bilbao Eguía, Presidente de las Cortes. Siempre mantuvo buenas relaciones con Don Carlos VIII y sus epígonos por su común franquismo.

de Bilbao con más de doscientos cubiertos. Preciosos discursos de Valiente y Zamanillo.

"Tradición" está muy bien. Yo tenía el complejo de que debía ayudar y por eso envié mi ayudita.»

CARTA DE DON FRANCISCO JOSE A CORA Y LIRA

De la revista «¡Volveré!» de 15 de enero de 1961 transcribimos la siguiente carta del archiduque Don Francisco José de Habsburgo y Borbón a su representante en España, Don Jesús de Cora y Lira, que mantenía sus pretensiones a través de esta publicación. «Trieste, 14 de diciembre de 1960.

Querido Cora y Lira:

Recibí tus dos últimas cartas del 26 y del 16 de noviembre hoy, al regresar de los Estados Unidos, a donde fui durante las elecciones presidenciales. Estuve solamente dos semanas en Nueva York, de las cuales, una, con anginas, en la cama. Pero todo va bien. Ahora he vuelto a Europa a bordo del trasatlántico "Saturnia", que tú ya conoces, hasta este puerto. Aquí me vino a buscar mi mujer, trayéndome tus cartas.

Regresamos a Barcelona mañana para pasar las fiestas de Navidad.

Lo que escribes de la prensa silenciosa, que nada ha dicho de mis viajes anteriores, es bien verdad, y de lamentar. La próxima vez habrá que recurrir a la prensa extranjera, como lo hacen los liberales. Todas las revistas están llenas de ello, de los cuatro pretendientes: Juan, Juanito, Jaime y su hijo. ¿Por qué no hacer nosotros una propaganda verdad, legítima, con fotografías desde Carlos VII hasta hoy, finalizando con un viaje por España, mostrando y defendiendo lo no sabido por las masas? Hay que actuar, ahora, por la prensa gráfica y las revistas; pero hay que seguir un programa bien estudiado. Yo estoy dispuesto a trabajar cuanto sea preciso.

A esta carta de Bilbao puedes contestarles que yo estoy dispuesto a seguir luchando por la Causa y por España, como descendiente y como heredero de mi abuelo Carlos VII; y que ¡quiero!, pero no con un sistema de atacar a otros. Ya te lo he dicho y

escrito: no quiero atacar a ningún español. Quiero solamente hacer conocer a todos nuestra Causa y nuestros derechos.

Que venga quien quiera a verme. Yo también iré a España cuando sea oportuno; pero no forzaré a nada que puede causar daño a quien no debo hacerlo.

Por hoy termino. Voy ahora a rezar a la iglesia de San Justo, ante la tumba de mi abuelo Carlos VII, para que en estos tiempos decisivos, sobre todo, me bendiga y me guíe para que yo haga lo mejor para el bien de España.

Adiós. Hasta pronto.

Te abraza,

Firmado: Francisco José.»

XIV. LOS TRADICIONALISTAS JUANISTAS

Resumen de la situación.—Carta de Don José María Arauz de Robles a Don Pedro Amor Maldonado, el 5 de febrero de 1960.—Contestación de Don Pedro Amor Maldonado a Don José María Arauz de Robles, el 26 de febrero de 1960.—Gestiones para aglutinar a todas las fuerzas monárquicas.—«Mensaje elevado por los oficiales del Requeté de Oñate a S. M. el Rey Don Juan III», el 5 de junio de 1960.—«Contestación de Su Majestad», el 6 de agosto de 1960.—Conferencia del Marqués de Luca de Tena en el Círculo Balmes, de Sevilla, el 23 de octubre.—Comentario de Don Jaime de Carlos.—Comentario de Don Mariano del Mazo.

RESUMEN DE LA SITUACION

La relación de Don Juan de Borbón y Battenberg con el Carlismo era trágica para él y cómica para los espectadores. Cada vez que creía hacerse con los carlistas, con el mando único de todos los monárquicos unidos en torno a su persona, se llevaba la amarga desilusión de ver, al poco tiempo, reaparecer masas de carlistas que le insultaban, que gritaban que esa unión de monárquicos era mentira, y que le aguaban la fiesta.

Con paciencia inmensa, Don Juan de Borbón, en vez de dar un sonoro carpetazo al asunto, seguía el contacto con los ex carlistas rebeldes cuanto podía, se ponía ocasionalmente la boina roja a hurtadillas, mandaba fotografías dedicadas a todo el mundo, contestaba cartas a algunos antiguos carlistas que se le incorporaban por afán de notoriedad y repetía en circunstancias bien escogidas,

y en dosis perfectas, algunas ideas tradicionalistas que, de paso, también, ¡quién sabe!, podrían agradar a Franco.

Pero, nada. Los carlistas reaparecían siempre y en contra suya, tan numerosos y tan impertinentes —«aguafiestas»—, como en sus mejores tiempos. Vázquez de Mella y otros ampulosos retóricos de su época les comparaban al ave Fénix de la mitología, que renacía incesantemente de sus propias cenizas. Después de la gesta del Alcázar de Toledo podemos nosotros compararles a los defensores de aquella fortaleza, que cada vez que el enemigo les volaba un torreón, en cuanto se disipaban las nubes de polvo, reaparecían, disparando, entre los escombros.

Este año de 1960 le volvió a suceder a Don Juan de Borbón algo parecido. Su gente había empezado el año explotando la entrega del Despacho de Oficial a Don Juan Carlos en la Academia General Militar de Zaragoza en diciembre de 1959. Después, su entrevista con Franco en «Las Cabezas», seguida de rumores vehementes a su favor y de prohibiciones gubernativas de actos carlistas, parecía una definitiva victoria suya. Pues, no. Esos carlistas de los pueblos —¡de esos gloriosos pueblos de España que salvaron a las capitales en 1936!— parecía que no se acababan de enterar, vivían su vida, y seguían, erre que erre, aclamando a «un príncipe francés». El día de Reyes, en Valencia, a la salida de una Misa en la iglesia del Patriarca, habían abucheado y desarticuldo a un grupo de sus seguidores, presididos por el barón de Cárcer, procedentes del tradicionalismo.

Todo esto, a pesar de las repetidas exhortaciones de Don Javier de que se evitaran las confrontaciones dinásticas; hemos recogido varias; he aquí una más, al final de una carta a Valiente el 1 de diciembre de 1960, sin otro interés: «Te pido en las manifestaciones que se evite los gritos contra la otra dynastia y que no sea mi apelido como una arma de lucha. Nuestro ideal esta mucho mas Alto, y nuestras actuacions siempre de cabaleros, aun que los otros no lo hacen!»

Don Juan volvía a empezar y obliga al historiador a incluir en la crónica de cada año un epígrafe dedicado a los tradicionalistas y ex carlistas juanistas.

Claro está que también tomaba sus contramedidas y coartadas. Por ejemplo, en este año, en una recepción en Villa Giralda con motivo de las bodas de plata de su matrimonio, dijo brevemente unas cosas, silenció otras y dio a entender algunas más, con el resul-

tado de que dos de los asistentes, independientes entre sí, manifestaron al recopilador a su regreso que veían claro que Don Juan no era tradicionalista y que lo que buscaba era apoyarse en cuanta más gente, mejor.

Poco antes de imprimirse estas líneas se ha publicado, en septiembre de 1989, un libro importante sobre Don Juan de Borbón (1) con la benevolencia y aportaciones documentales de éste. Llama nuevamente la atención, en él y en otros libros análogos, el silencio de todos estos episodios pseudotradicionalistas del biografiado, algunos de los cuales se podían haber transcrito también del libro de Don Juan Balansó «La Casa Real de España», en sus dos ediciones, y de un enjambre de publicaciones menores de la época.

CARTA DE DON JOSE MARIA ARAUZ DE ROBLES A DON PEDRO AMOR MALDONADO EL 5 DE FEBRERO DE 1960

«5-II-1960

Sr. D. Pedro Amor Maldonado

Granada

Mi querido amigo:

Su amable carta de 23 de enero del corriente año, que leí con el gusto que leo todas las suyas y con la atención que me merecen sus observaciones, plantea un problema que con reiteración se apunta por bastantes de nuestros amigos, los cuales no pudiendo negar la aceptación por Don Juan de los principios que como inseparables de la legitimidad dinástica señaló Don Alfonso Carlos, ni la firme posición tradicionalista por nosotros mantenida después de que le reconocimos como legítimo titular de los derechos al Trono, insisten en el argumento de que la Comunión será una fuerza más de esa Monarquía, o sea, un partido más de la misma, y toman de esto pretexto para aferrarse a una posición antilegitimista, con todas las tristes consecuencias que esto lleva consigo, y para no seguir el único camino viable para el triunfo de nuestros ideales.

(1) José María Toquero. «Franco y Don Juan.—La oposición monárquica al franquismo». Plaza & Janés, 4.ª, tela, 449 págs. 1.950 ptas.

Le pido a Vd. licencia para expresarme con toda claridad que me obligará en algún momento a parecer rudo y al mismo tiempo para poder hacer uso de la carta que aquí le escribo, enviando copia de la misma a algunas de las personas que me plantean la misma cuestión, que será la única que trate ahora.

Mucho le agradeceré que me autorice a hacerlo así, porque materialmente no tengo tiempo para repetir a cada uno en carta diferente los mismos argumentos y me parece que nuestros amigos tienen perfecto derecho a conocer los esclarecimientos que yo pueda hacerle, valga por lo que valieren.

Esa idea de la Comunión, gobernando sólo ella y la otra que constituye su revés, o sea, la de verla gobernando con un sistema de pactos y coaliciones, si se fija Vd. bien, son ideas hijas de una mentalidad partidista, influida, aunque los que la mantienen no se den cuenta, por las concepciones liberales que han imperado entre nosotros durante dos siglos, y de las cuales la última manifestación, perfectamente lógica, han sido los totalitarismos fascistas.

A esta misma filiación liberal corresponden otros dos principios recogidos en su carta: el de que para gobernar en tradicionalista sea necesario la adscripción a la Comunión, que queramos o no, ha tenido que funcionar como un partido más, mientras el régimen de éstos imperaba, de la mayoría de la masa popular, y el de suponer que la eficacia de sus concepciones sociales y políticas depende de una adhesión previa a las mismas, semejante a la que se prestaba a los programas de partido con los que se ha encandilado y equivocado a las gentes desarraigadas, y no de que por responder a un orden natural de cosas se puedan desenvolver en ellas con plena eficacia los pueblos, ejercitando de esta forma sus derechos concretos y disfrutando las legítimas libertades a que como hombres y ciudadanos tienen perfecto derecho también.

Si nosotros hubiéramos aceptado estas concepciones no hubiésemos planteado el problema con la claridad con que lo planteamos (1) pidiendo a Don Juan la adscripción a unos principios que consideramos consustanciales con la monarquía, ya que los otros, o sea, los liberales, eran en realidad postulados antinaturales, antitradicionalistas y antimonárquicos, metidos de matute bajo el prestigio popular e histórico de la Corona.

Don Juan aceptó aquellos Principios de forma clara, categórica y terminante, y en el acta que sirvió de base a lo que podríamos

(1) Vid. tomo del año 1957, pág. 266.

llamar pacto histórico de 20 de diciembre de 1.957, nosotros hicimos constar, y yo personalmente lo repetí en mis palabras durante el banquete, que la Comunión continuaría vigilante a su lado para llevar a cabo la restauración de las entidades infra-soberanas y demás organismos que integran la sociedad viva que debe presidir la futura Monarquía.

En Lourdes, Don Juan, firme en la línea emprendida, repudió de nuevo el régimen de partidos taxativamente y reivindicó la propia sustantividad de la Monarquía como régimen natural. Y en su discurso del 20 de diciembre pasado (1), fecha que por sí sola tenía suficiente significado, volvió a recordar que a los principios aceptados hacía dos años había que ser ante todo leales y señaló la presencia del Príncipe de Asturias como garantía de que todo esto sería continuado por él.

La adscripción no sólo personal de Don Juan, sino de la dinastía a los Principios Tradicionalistas señalados por Don Alfonso Carlos, quedaba consagrada, y yo no podía menos de recordar lo que con una visión clarísima de la situación me había dicho el propio Don Juan en la comida del 20 de diciembre de 1.957: Que él era el encargado de llevar el Tradicionalismo por toda España.

El secreto de que la nueva Monarquía sea efectivamente como la que nosotros hemos defendido siempre, está en que los principios políticos que con ella se implanten sean los nuestros, de manera que por su tarea de restauración de las realidades sociales devolviéndoles la soberanía que les corresponde, por su aliento a las organizaciones corporativas que permitan todas las evoluciones de la economía y de las relaciones de todo orden entre los ciudadanos; por su reconocimiento a estas realidades y a esta organización del derecho a ser ellas quienes constituyan la representación nacional política que ha de limitar al poder real, hacerle llegar el sentir del pueblo en cada caso, dialogar con él, etc., por las inmensas posibilidades que abrirá a la Iglesia en estas sociedades emancipadas de la opresión del Estado omnipotente; por su forma de gobierno interior acomodado a las características de cada Región, que dará al Estado monárquico la más actual y prometedora de las fisonomías, y en fin, por la restauración en la cumbre del poder de los imperativos religiosos y morales que en mala hora desterró de allí el racionalismo y ha pretendido sustituir brutalmente el materialismo; por todo esto se haga imposible, dentro de lo humano, que

(1) Vid. tomo de 1959, pág. 235.

con este régimen vuelvan ni los partidos, ni ninguno de los males que hemos combatido durante tanto tiempo, abriendo por el contrario cauces nuevos y de porvenir que yo no puedo menos de esperar con optimismo, teniendo en cuenta muchos datos que sólo el que cierre los ojos a lo que está sucediendo en todo el mundo puede dejar de ver.

En esto estriba todo y no en que el Poder se nos otorgue en monopolio a los carlistas o tradicionalistas, haciendo de nuestra Comunión, aun sin quererlo, un nuevo partido único de la Monarquía que tendría todos los tremendos e incorregibles defectos que nosotros denunciamos en este género de organismos desde el primer momento, como lo demuestra la carta de Fal Conde, renunciando en 1.937 a su puesto en el Consejo Nacional.

Naturalmente que tenemos que vigilar unidos —y ¡ojalá! no hubiese a este efecto entre nosotros la menor diferencia— para que las instituciones que desde el primer momento se establezcan, no se tuerzan y vayan rectamente orientadas hacia estos fines, siendo las que en efecto deben ser.

Naturalmente, también, que el Tradicionalismo tiene derecho en este momento en que ha llegado a su madurez histórica, a que se reconozcan sus sacrificios, sus méritos y sus realidades vivas, como apoyo y punto de partida de esta gran evolución que los tiempos reclaman.

Pero si empequeñeciendo nuestra misión e incurriendo en el mismo defecto que queremos combatir en los demás, pretendemos presentarnos y actuar como un partido, bien sea eligiendo nuestros Reyes para que sean exclusivamente nuestros, bien sea centrando toda la cuestión en un reparto de cargos y puestos, entonces no nos engañemos, nuestro fracaso puede ser peor que el de los demás, porque arrasaría con él la única solución que puede poner a salvo a nuestro pueblo y abrir un horizonte de esperanza a los demás.

Bendito sea Dios si en esta tarea de implantación de nuestros Principios nos ayudan los demás, aunque no hayan sido antes tradicionalistas. Nuestra firmeza o intransigencia debe ser para los Principios. Nuestra generosidad más amplia y más cordial para las personas.

Esta ha sido siempre la táctica de la Comunión rectamente entendida.

Carlos VII se rodeó en el mejor momento de nombres que venían en mucha proporción de la Monarquía derrocada de Isabel II.

Nocedal, Aparisi y Guijarro, Gabino Tejado, etc., son buenos ejemplos y fueron después maestros insuperables de nuestra doctrina.

Cuando la última república vinieron también a nuestro lado muchos que habían servido antes la Monarquía liberal y habían sentido con toda honradez el desengaño de aquellos Principios. En mayor proporción todavía ocurrió ésto al estallar la guerra en 1.936. No sólo monárquicos, sino católicos excelentes, gente neutra y hasta republicanos, se pasaron a nuestro lado y prestaron indudable servicio a nuestra Causa.

¿Por qué ahora hemos de establecer todos estos distingos, cuando tenemos la garantía de que el llamado a asumir las responsabilidades de la Corona está en esta misma línea y tenemos la seguridad de que ha de estarlo cada día más, si en ello se ve asistido (1), porque los Reyes, como dijo muy bien un amigo nuestro, son naturalmente tradicionalistas? Si tenemos una idea clara de nuestra tarea política, lo que debiéramos es más que tratar de provocar un movimiento partidista en torno a nosotros, dar vida a movimientos naturales de carácter municipalista, profesional, cultural, etc., en torno a las preocupaciones que constituyen el ambiente de la vida de cada uno de esos sectores, obligado y en los regímenes de partidas a buscar amparo para sus demandas y sus necesidades alternativamente, en el que se les ofrecía más propicio y por desgracia sin libertad, sin dignidad muchas veces y para acabar siempre defraudados y engañados.

Hacerles comprender que en nuestras fórmulas se encuentra no sólo el sistema que puede abrirles paso franco, sino la garantía de una vida nueva, en la que cada uno sea dueño de sus actos, protagonista de sus éxitos y responsable de sus fracasos, acabando con ese espectáculo deprimente de atribuirlo todo al Estado, o a una figura absorbente, cuya concepción choca con el realismo e individualismo tan rico en matices y en posibilidades de nuestro pueblo, es la más profunda y auténtica renovación a que podríamos aspirar.

---

(1) En estas palabras breves y discretas, que pueden pasar desapercibidas, radica nada menos que todo el sofisma de Don Juan de Borbón y Battenberg y el de los ex carlistas que se le adhirieron en 1945 y en 1957. Don Juan no era tradicionalista, «per se»; condicionaba su tradicionalismo a verse asistido por los tradicionalistas; si no, no. Si los que le asistieran fueran socialistas, sería socialista. Esa mentalidad liberal también se encontraba secretamente infiltrada en muchos carlistas de la Comunión Tradicionalista, que militaban en ella mientras creyeron en algunas probabilidades de éxito, pero que en cuanto se convencieron de que «ahí no había nada que hacer», desistieron de sus convicciones.

Tendríamos que hacer comprender a todos, no en la misma escala, sino en proporción a la capacidad de cada uno, que la gran empresa que se nos exige en estos momentos es ésta, y que en ella está la finalidad del partido carlista, que, como el grano de trigo del evangelio, debe morir en las entrañas de esta sociedad para revivir en el orden nuevo y en las sociedades restauradas, que, sin duda, van a dar carácter y forma a los tiempos que se avecinan.

No es, por tanto, cuestión de grupos ni de pactos, ni de reparto de puestos y de mandos. La tarea es mucho más profunda y mucho más trascendental. La única digna de nuestro siglo y medio de luchas, que si hubiera sido solo para situarnos en el Poder es demasiado tiempo, y siendo para esto se justifica plenamente.

Es verdad que los tiempos son malos, que las gentes están muy envenenadas por errores y por concepciones absurdas. Pero cuanto mayor es la dificultad, mayor es la gloria, y si Dios nos ha guardado para algo será para esto.

Las grandes obras redentoras han venido siempre en momentos como éste.

El ataque principal a la Civilización Cristiana se ha llevado a cabo desde el Estado moderno, destructor primero y opresor después, de las sociedades libres nacidas bajo la influencia del Cristianismo, antes del cual, como decía Mella, sólo hubo Estados.

La misión de reparar como un vestido viejo el orden político es quizás la más providencial, la más elevada y la más trascendental que podemos proponernos hoy. En eso estamos precisamente con infinito y amoroso acatamiento a las circunstancias en que Dios quiere que emprendamos y desarrollemos nuestra tarea. Con los hombres que El nos ha dejado, con las reacciones y las angustias en que se debaten nuestros contemporáneos y hasta con la confusión que la crisis de tantas cosas siembra por todas partes. El sabrá por qué ha permitido todo esto. Nosotros no tenemos derecho a dejar de trabajar porque estas condiciones no nos gusten.

Precisamente porque recordamos lo que había dicho Carlos VII, fuimos el 20 de diciembre a Estoril, hartos de la inhibición y la apatía de quien debió ir antes que nosotros si sentía la urgencia de España como nosotros la sentimos.

Mi optimismo es sencillamente fe, que es la que se necesita para llevar a cabo cualquier empresa que merezca la pena. No es apresurado, sino necesario. El optimismo a posteriori, cuando se han

conseguido los frutos, es ya innecesario. Todos entonces son capaces de sentirlo.

En resumen, no hay tal situación de la Comunión Tradicionalista cerca de Don Juan como un partido más, porque la Monarquía que El representa hoy y la única que nosotros podemos apoyar es precisamente un régimen que no acepta los partidos políticos permanentes y preestablecidos como factores esenciales del sistema, aunque tenga que haber siempre opiniones diversas sobre todas las cuestiones que Dios dejó a a las disputas de los hombres, y que en la terminología de Mella eran los partidos circunstanciales. Pero por esto precisamente en esta Monarquía caben todos los españoles dignos de este nombre.

Perdóneme que como ya lo he dicho al principio me haya expresado en algunas momentos con demasiada viveza.

Sigo sintiendo en mi corazón, y no espero perderlo, el cariño hacia todos los tradicionalistas, me honran y no me ofenden, ni mucho menos, sus opiniones y sus discrepancias, y no dejaré nunca de vivir en mi interior el espectáculo que no acabo de admirar jamás, de aquellos Tercios de Requetés recorriendo el Norte, entrando en Bilbao, donde no había podido entrar antes Carlos VII, llegando al mar, o desfilando entre una emoción inenarrable por Madrid.

Pero todo esto que es nuestro consuelo y nuestro sentir no debe estorbar a nuestra tarea, cuya dimensión y cuya trascendencia debe ser proporcionada a todo ello.

Resuélvanse Vds. todos a ayudarnos y verán cómo somos capaces de alcanzar lo que parezca más inasequible.

Sinceramente espero que esta carta no le moleste y, por el contrario, sirva para una mayor comprensión y mantenga este gratísimo diálogo epistolar que hace tiempo iniciamos.

Mientras tengo el gusto de saludarle personalmente, reciba un cordialísimo abrazo de su affmo. amigo,

José María Arauz de Robles»

CONTESTACION DE DON PEDRO AMOR MALDONADO A DON JOSE MARIA ARAUZ DE ROBLES EL 26 DE FEBRERO DE 1960

«26 febrero 1960

Sr. D. José M.ª Arauz de Robles

Madrid

Muy querido amigo: Su magnífica carta del 5 del actual me llegó cuando hallábame pagando el inevitable tributo a la gripe. Luego vino el tener que atender a lo que se había estacando durante mi forzada inactividad. Todo ello hizo que hasta hoy no haya tenido tiempo material para corresponder a la suya.

He calificado de magnífica su carta. Así la considero en cuanto al fondo doctrinal de sus ideas, tan magistralmente expuestas. Y así lo he dicho a cuantos la han leído. Pues no subestimo lo esencial porque se reconozca a este u otro «Abanderado». (Hay verdades esenciales que lo son no porque quien las toma les dé autoridad, sino porque quien se adscribe a ellas de ellas recibirá fuerza y acicate para obrar en su defensa y mantenimiento.)

¡Pobre de mí! Me creía —y me creo— antiliberal. Pero viene Vd. a decirme que mi posición —y la de aquellos que coinciden conmigo— está "influida, aunque los que la mantienen no se den cuenta, por las concepciones liberales que han imperado entre nosotros durante dos siglos". Y también me asegura que la misma filiación liberal tiene el creer que para gobernar en tradicionalista sea preciso serlo y el de suponer que la eficacia de sus concepciones sociales y políticas depende de una adhesión previa a las mismas.

En verdad que pecamos de ingenuos. Pues la eficacia de un puente —valga el ejemplo— no depende de quienes lo construyen, estén o no capacitados para ello, sino de... ¿de quién, mi querido don José M.ª? Y quien dice puente, dice sociedad política, que es también puente para unir los fines de los que la integran.

Eso de quedar la Comunión "vigilante" al lado de Don Juan para que no se "tuerza" —él o sus "órganos gubernamentales"— realmente no me convence mucho. Tiene tanto atractivo el Poder, que una vez "cogida la sartén por el mango" difícilmente se toleran violencias. Claro es que si la prudencia y el buen sentido anidaran en las cabezas rectoras del país, España se hubiera ahorrado muchos dolores. Pero cuando se toman las riendas no se sueltan hasta que

los desbocados caballos derriban el coche... Y entonces ya no hay "vigilancia" que valga.

Sería curioso la reacción del Pardo si se le invitara a irse, quedándose de "vigilante" para que las "esencias" de su régimen no se malversaran. Como no supo irse a tiempo el segundo Marqués de Estella, ni su Augusto señor, ni Fernando VII, ni su hija... ¡Cuán afortunada hubiera sido España si lo que no fue, para su desgracia, hubiera sido para su bien!

El ejemplo que pone de nuestro Carlos VII no lo creo de aplicación. Pues la figura de Carlos VII es tan gigantesca que no admite comparación con ninguno de los "Pretendientes" de hoy. Y, además, que Nocedal, Aparisi, Tejado, etc., al irse con él se desprendieron de sus ideas y vistieron el hábito de la Tradición de un modo total.

Estas observaciones no empequeñecen la admirable exposición que hace Vd. de nuestra doctrina política. Es una acabada y ortodoxa proyección de nuestros postulados. Y es más valiosa e inteligente que la de los que no tienen otra visión —ni otro anhelo— del problema que convertirse en domésticas mesnadas de intereses agenos a España. Bien —muy bien— dice Vd. que están "hartos de la inhibición" de la apatía de quien debió ir antes si sentía la urgencia de España como nosotros la sentimos.

"Resuélvanse Vds. a ayudarnos", me dice, olvidando que mi modesta ayuda no le ha faltado. Y como no está en mi mano hacer cambiar a los que tienen las mentes obnuviladas por una pasión malsana, procuraré ayudarle en todo aquello que signifique servir a los ideales de toda mi vida. Pero no se me pida ir más allá de ellos dentro de un límite razonable.

Con el afecto de siempre, cordialísimamente suyo.

Firmado: Pedro Amor»

GESTIONES PARA AGLUTINAR A TODAS LAS FUERZAS MONARQUICAS

Bajo este mismo subtítulo, Don Laureano López Rodó, en su libro «La larga marcha hacia la Monarquía», escribe lo siguiente:

«Desde el reconocimiento de Don Juan por un sector del Tradicionalismo se realizaron activas gestiones para aglutinar a todas

las fuerzas monárquicas que dieron positivos resultados, si bien hallaron su mayor dificultad en la captación de los partidarios de Don Hugo.

A estos esfuerzos se refiere el Conde de Barcelona en carta de 7 de abril de 1960 dirigida a Arauz de Robles, a la que pertenecen los siguientes párrafos:

"Ha sido particularmente grato para mí comprobar, por los acuerdos a que, partiendo de los principios aceptados, habéis llegado con otras fuerzas, la capacidad de la Monarquía y del Tradicionalismo para acoger sin riesgo a todos.

Espero que se inicie una etapa en que tengamos la satisfacción de comprobar que el Movimiento tiene conciencia de que no se agotó en determinadas formas y que necesita evolucionar hacia fórmulas históricas definitivas, a las que debe servir con la misma lealtad.

Pienso especialmente en los tradicionalistas todavía no incorporados a vosotros en la unidad de la única comunión política posible. Cualquier ilusión con que se les haya querido equivocar ya ven que se va desvaneciendo y confío que comprendan que ha llegado la hora para el triunfo de los principios y que no deben dejarla pasar.

Os encomiendo muy especialmente que procuréis obtener resultados eficaces en la unificación y propaganda del movimiento monárquico en Cataluña, región española que está siempre tan cerca de mi corazón"» (...)

«Mientras un importante sector monárquico se esforzaba por un acercamiento Franco-Don Juan que hiciera viable su candidatura, otros grupos se empeñaban en presentar, e incluso agigantar, su imagen como adversario de Franco y del Movimiento nacional. Por eso las posibilidades de Don Juan, ya por sí precarias, se irían desvaneciendo en los años siguientes.»

MENSAJE ELEVADO POR LOS OFICIALES DE REQUETE DE OÑATE A «S. M. EL REY» DON JUAN III (1)

«Señor:

Aprovechando el viaje de nuestro convecino Agustín Urrutia Anduaga, los suscribientes, oficiales de Requeté del que fue Tercio

(1) Tomado del boletín tradicionalista-juanista «Información», octubre de 1960, núm. 5.

de Montejurra, queremos expresar una vez más a Vuestra Majestad los sentimientos de nuestra lealtad inquebrantable, desde esta nuestra Villa que fue corte y residencia de los Carlos V y VII en las luchas del siglo pasado.

Vivimos esperando ilusionados el momento de aclamar a V. M. en el trono de San Fernando, instaurados en nuestra querida España los principios de la Monarquía Tradicional que Vos representáis, principios que son consustanciales con las personalidades regionales de nuestra Patria, caracterizada poderosamente en este nuestro país vasco.

Nosotros confiamos ciegamente en que Vuestra Majestad sabrá adoptar en nuestros tiempos aquellas particularidades infrasoberanas que, enriqueciendo la variedad regional, formaron los lazos indisolubles de la unidad nacional de España; por lo que jamás hemos perdido la esperanza de poderos proclamar solemnemente Señor de Guipúzcoa, que siempre ha sido "centinela avanzada del reino de España".

Con estos cálidos sentimientos, recibid, Señor, os rogamos, el testimonio de nuestra lealtad hasta la muerte.

FIRMADO: Daniel Mugarza, Vicente Ugarte, Juan Alcelay, Dionisio Medina, Juan Elorza, Faustino Inza.

Oñate, 5 de junio de 1960.»

CONTESTACION DE «SU MAJESTAD»

«Estimado Mugarza:

Aunque no tuve el gusto de poder recibir, por encontrarme ausente en Estoril, a don Agustín Urrutia, portador de su mensaje, no quiero dejar sin contestar un escrito tan grato para mí, y con cuyas ideas estoy de acuerdo.

Recuerdo haber leído en un ensayista español contemporáneo una frase que me parece oportuno recordar. "Todo lo que no es tradicional es plagio." El examen de la historia contemporánea española nos confirma la verdad de esta idea. Nos hemos dedicado a plagiar de la derecha o de la izquierda sin encontrar la solución duradera a nuestros problemas, ignorando que no hay nada tan nuevo como la tradición olvidada.

Mi firme voluntad no ha de faltar para procurar soluciones a tan gravísima cuestión como nos planteará la realidad social y política de España. Pero la autoridad del Rey no basta si no encuentra la ideal cooperación y la buena voluntad de la sociedad. Si en los principios políticos de la tradición podemos, en general, encontrar firme base en las que apoyarnos, creo que esto se puede afirmar de una manera particular con referencia a los problemas que la variedad regional plantea en esa parte de España donde ustedes viven manteniendo la fe en las soluciones políticas, aún no intentadas modernamente, que la doctrina tradicional ofrece.

Mucho agradezco vuestro escrito, testimonio de vuestra lealtad, al que correspondo con un afectuoso saludo.

Firmado: JUAN

Estoril, 5 de agosto de 1960.»

CONFERENCIA DEL MARQUES DE LUCA DE TENA EN EL CIRCULO BALMES, DE SEVILLA, EL 23 DE OCTUBRE DE 1960

El día 20 de diciembre de 1957 un grupo importante de carlistas notables fue a Estoril a reconocer a Don Juan de Borbón y Battenberg como rey (1). Hemos visto después (2) la situación incómoda en que siempre estuvieron estos ex carlistas neojuanistas. Los juanistas históricos no les asimilaron; si siquiera lo hizo el grupúsculo de los que entre ellos se deslizaban hacia Franco por creerlo tácticamente imprescindible y que de ahí sintió un énfasis antiliberal, obligado obsequio al espíritu del 18 de Julio que se podía confundir con el tradicionalismo; uno de los mejores representantes de este grupúsculo era el Conde de Ruiseñada, Don Juan Claudio Güell (3).

En las filas de Don Juan había, pues, tres grupos: los monárquicon liberales históricos, que seguían siendo liberales y demócratas; los ex carlistas neojuanistas (del 20 de diciembre de 1957), más conocidos por «los estorilos», y ese nuevo grupo de juanistas históricos neotradicionalistas. En la pequeña historia de estos últimos fue un

(1) Vid. tomo XIX-(II), págs. 232 y sgs.
(2) Vid. tomo XX, pág. 222, y tomo XXI, pág. 199.
(3) Vid. tomo XIX-(II), pág. 238.

hito la conferencia del marqués de Luca de Tena en el Círculo Balmes, de Sevilla, el 23 de octubre de 1960, que vamos a reseñar. Don Juan Ignacio Luca de Tena era un juanista liberal histórico que en esa conferencia hizo pública profesión de tradicionalismo, reagrupando y relanzando a los juanistas históricos neotradicionalistas que habían quedado dispersos, desorientados y silentes tras la muerte, inesperada, de Don Juan Claudio Güell, Conde de Ruiseñada, poco después de publicado su famoso artículo. La conferencia de Luca de Tena fue la nueva antorcha del grupo. Fue reproducida ampliamente por los diarios «ABC» de Madrid y de Sevilla, editada en separata por los «Amigos de Maeztu», e incluida en las publicaciones de los ex carlistas neojuanistas o «estorilos». Es interesante la presentación que éstos hacen de la conferencia en una de sus publicaciones. Dice así:

«Publicamos con profunda satisfacción el trascendental discurso con que el Excmo. Sr. Marqués de Luca de Tena inauguró el curso del Círculo Balmes de Sevilla el 23 de octubre.

Este discurso constituye uno de los actos más importantes realizados en los últimos años en servicio de la Monarquía, porque pocas veces se ha hecho nada más eficaz en favor de la unión de los monárquicos.

Con la gran autoridad de su nombre, de su categoría intelectual y de su condición constante al servicio de España, a costa de los mayores riesgos, y sacrificando sus intereses cuantas veces ha hecho falta, Juan Ignacio Luca de Tena, ha proclamado cuál es la única Monarquía posible, cuáles son sus caracteres y su contenido y cuál es el único camino para conseguir su instauración.

Con realismo de gran político, con fervor de gran español y con acrisolada lealtad monárquica hacia el Rey, único, legítimo y posible.

Nosotros, los que el 20 de diciembre de 1957 fuimos a Estoril movidos por esos mismos sentimientos, pensábamos oyendo la admirable oración de Juan Ignacio Luca de Tena, lo que dirían aquellos amigos nuestros que no tenían otras razones para oponerse a nuestro Acto, que el decir que quedaríamos reducidos en la Monarquía de don Juan, a un partido más, como si ésta fuera a ser un régimen de partidos, que nos arrollarían y desconocerían los que siempre habían estado a su lado, y que la Monarquía que íbamos, en definitiva, a traer, era una Monarquía liberal.

A todo esto, ha contestado uno de los hombres más representativos por su adhesión a la Monarquía, por su independencia y por

su enorme influencia en tantos de esos sectores de que nuestros amigos recelaban.

¿Qué pueden decir ahora? Juan Ignacio Luca de Tena, que pública y solemnemente ha declarado su oposición al Estado inspirado por el liberalismo, ha dicho sin lugar a duda que la Monarquía no traerá el sufragio universal e inorgánico, no será un régimen de partidos y estará vinculada al 18 de Julio; que su doctrina y sus principios inspiradores serán los de la Comunión Tradicionalista, aceptados por el Rey don Juan III y ha dejado bien claro que no dará nunca oportunidad a la vuelta de la anarquía que desató la República.

Para desoír su cordial y generoso llamamiento a la unión de todos los tradicionalistas, de todos los monárquicos y de todos los buenos españoles, hace falta estar envenenado por el resentimiento, el amor propio y los prejuicios.

Si nosotros ponemos los principios por encima de todo, ¿es que vamos a condicionar su triunfo a que venga un Príncipe extraño que algunos se les ha ocurrido elegir? Que mediten serenamente todos los que sean capaces de meditación.

Gran servicio el prestado por este ilustre español a la causa de la Monarquía y, por tanto, de España, en este inolvidable discurso pronunciado en Sevilla el 23 de octubre de 1960.»

La conducta política de S. M. Don Juan Carlos I después del fallecimiento de Franco, y los explícitos asentimientos que a ella dio en todo momento su señor padre, S. A. R. Don Juan de Borbón y Battenberg, nos exoneran de comentar tanto esta introducción como la conferencia misma. El contraste entre las declaraciones de aquel género y la política postfranquista suscitará en algún joven lector la pregunta, fundada e interesante, de qué decían ante esas impresionantes mutaciones tanto los «estorilos» como los juanistas neotradicionalistas de Ruiseñada y de Luca de Tena. La respuesta es tan sencilla como clara: nadie les interpeló porque habían muerto (la mayoría) o estaban inválidos en una extrema ancianidad.

Resumimos la conferencia de Don Juan Ignacio Luca de Tena:

La conferencia se tituló «Lo posible y lo imposible». Empieza recordando un mitin en Sevilla el 21 de abril de 1935, en plena república, seguido de una reunión en el Círculo Tradicionalista, en la cual Don Honorio Maura dijo a los carlistas: «¡Vosotros teníais razón!» Luca de Tena envía un respetuoso saludo, acogido con aplausos, a Don Manuel Fal Conde. Pero inmediatamente explica que el

futuro rey no puede ser otro que Don Juan de Borbón y Battenberg.

«Y es lo triste, lo verdaderamente trágico, que aún quedan algunos sectores sincera y profundamente monárquicos, hermanos nuestros, que durante la República lucharon íntimamente unidos a nosotros en el Parlamento y en la calle, con la pluma y con la palabra, o durante la Guerra de Liberación empuñando las armas, que están impidiendo o retrasando que haya un Rey en España por oponerse al único posible.»

«No es que yo dé una desmesurada importancia a esa disidencia aunque la lamente de todo corazón. Lo más importante es que esos elementos disidentes, que sinceramente quieren un rey, le están haciendo el juego a los que no quieren ningún Rey. Este tema espinoso está íntimamente relacionado con la Ley de Sucesión. Yo estoy persuadido de que su letra sería aún más clara, tan clara como para mí lo era el espíritu y la intención del primer proyecto de ley que conocimos los españoles el 1 de abril de 1947, si, cuando se promulgó, todos los monárquicos de España hubiéramos reconocido al mismo Rey. La Ley de Sucesión no podía, no debía herir el criterio de ninguno de los dos grandes grupos monárquicos que tanto contribuyeron a ganar la guerra. Pero como los dos grandes grupos monárquicos no estaban de acuerdo entonces sobre la Augusta persona del Rey y sólo había un Rey posible, por eso creo yo que la Ley definitiva que votaron las Cortes es distinta del proyecto, leído por la Radio el 1 de abril. Y por eso creo también que si la Ley de Sucesión se hubiera promulgado después del 20 de diciembre de 1957, en que importantes y prestigiosos grupos de la Comunión Tradicionalista reconocieron a Don Juan, su letra sería tan clara como a mi juicio lo es su intención.»

«Yo quisiera que las viejas paredes de este palacio tuvieran todavía más resonancia de la que en realidad tienen, y quisiera yo tener una autoridad de la que carezco para dirigirme a esos sectores hermanos disidentes y decirles, como Honorio Maura en el Círculo Tradicionalista de Sevilla: Vosotros teníais razón: el fracaso de una Constitución democrática, la tiranía y la demagogia de una República antijurídica y los horrores de una revolución comunista nos han hecho abdicar de la doctrina de nuestros padres y abuelos y sumarnos a la vuestra; ya pensamos como vosotros, deseamos para España lo que vosotros, tenemos del Estado el mismo concepto que vosotros; seguimos queriendo la libertad de los españoles, pero con postulados cristianos y jurídicos, repudiando el liberalismo del Estado

como vosotros. Y cuando la Providencia ha querido que haya un Príncipe, único heredero por línea de varón de los que representaban vuestras tradiciones, y es este Príncipe, que es hijo de Alfonso XIII y biznieto de Isabel II, ha proclamado como principios de su política los mismos, ¡los mismos!, por los que lucharon vuestros abuelos en el siglo pasado, no sigáis entorpeciendo su acceso al Trono, que al hacerlo entorpecéis el logro de vuestros propios ideales y contribuís a que siga siendo infecunda aquella sangre que generosamente derramaron vuestros abuelos.»

(.....)

«Los varones ilustres, los inteligentes políticos que constituyen la representación histórica del tradicionalismo español y que han reconocido y proclamado los derechos de Don Juan, no han tenido que rectificar, como he dicho antes, un solo punto de su doctrina. Al contrario: hemos sido nosotros quienes hemos aceptado la suya.»

Sigue una larga diatriba contra la República y una larga explicación de que Don Juan de Borbón solamente puede llegar al Trono traído por Franco.

«¿Y qué es eso de que los monárquicos no tenemos doctrina? En fecha memorable, Don Juan suscribió en Estoril unos principios que eran los de la Comunión Tradicionalista. Se podrá o no estar conformes con ellos —yo lo estoy, muchísimos lo estamos—, ¿pero puede alguien de buena fe afirmar que la Comunión Tradicionalista carece de doctrina política? ¿Es que no la tenían Balmes y Donoso Cortés y Vázquez de Mella y Víctor Pradera? ¿No era acaso la misma doctrina de un jurista y político tan insigne como Calvo Sotelo?» (1).

(.....)

«Queremos una Monarquía Católica, tradicional, social y representativa, con una representación de la Nación más auténtica, efectiva y justa que la basada en el sufragio universal inorgánico. Queremos en la cima de esa Monarquía a nuestro Rey legítimo: el Príncipe con mejor derecho, de que hablaba el proyecto de la Ley de Sucesión. Queremos el bienestar de las clases modestas, un alto nivel de vida para los obreros y una legislación social tan avanzada como lo consienta la economía del país. Y queremos un estado jurídico que haga respetable a la Institución por ser la Institución respetuosa con los españoles; que todos los españoles sean iguales ante la

(1) Acerca del tradicionalismo atribuido a Don José Calvo Sotelo, véanse en el tomo de 1961 las páginas de aniversario del Alzamiento.

Ley, y que las leyes se cumplan y hagan cumplir a rajatabla; que esas leyes sean tan justas como autoritarias, viables y acordes con las realidades de España para que el régimen estable que es la Monarquía no necesite vivir por temporadas en estado de excepción, y para que los españoles y sus gobernantes sepan siempre a qué atenerse y se atengan a ello. Y dentro de la Unidad sagrada e indestructible de la Patria española, aspiramos a la posible descentralización administrativa (1) y al respeto que merecen la personalidad y peculiaridades de las distintas regiones españolas...»

COMENTARIOS DE DON JAIME DE CARLOS

El dirigente carlista Don Jaime de Carlos y Gómez Rodulfo, que usaba el seudónimo de «Luis Castilla», replica al marqués de Luca de Tena en «Boina Roja», número 60, de enero-febrero de 1961.

Dice que ese discurso «es lo más claro y terminante que proveniente del campo juanista hemos oído o leído en torno a la carlistización del juanismo».

Don Jaime de Carlos o «Luis Castilla» centra su réplica en que Luca de Tena, de una parte, hace suya la afirmación de Don Honorio Maura en un mitin de 1935, cuando, dirigiéndose a los carlistas, les dijo: «Vosotros tenéis razón.» Y, de otra parte, dice que el abanderado de la Monarquía Tradicional es Don Juan de Borbón porque suscribió en el Acto de Estoril los principios de la Comunión Tradicionalista y fue reconocido por la representación histórica del Tradicionalismo.

Dice Don Jaime de Carlos que lo que se deduce, lógicamente, de la aceptación de que «Vosotros tenéis razón» es que son los juanistas los que tienen que pasar a las filas de Don Javier, de manera análoga a lo que hicieron en el siglo pasado, Aparisi Guijarro, González Bravo, el general Ortega, Cándido Nocedal y otros, que al convertirse al Tradicionalismo cambiaron de dinastía.

«Es falso, como lo prueba la lectura de su declaración en aquel momento y los documentos y hechos posteriores, que Don Juan

(1) La Monarquía Tradicional y la doctrina foral Carlista no incluyen una dispersión topográfica del material de oficina, sino una descentralización política adecuada a cada nivel, según la Historia de España y el Principio de Subsidiariedad.

suscribiera íntegramente en Estoril, en diciembre de 1957, la doctrina de la Comunión Tradicionalista. Es falso también que la representación histórica del Tradicionalismo español reconociera en esa fecha a Don Juan» (.....)

«¿Por qué se ha dedicado (Luca de Tena) en sus obras a exaltar las pobres "glorias" de los representantes de la dinastía liberal, que estaban hundiendo a España, en lugar de contribuir a la rehabilitación histórica de aquellos que "tenían razón"?»

COMENTARIO DE DON MARIANO DEL MAZO

Tres años después, en 1963, aún se hablaba de la conferencia de Luca de Tena; era el símbolo de un grupo de juanistas históricos que se había acercado a un neotradicionalismo y le andaba predicando por los círculos Balmes. Don Mariano del Mazo, carlista y director de la revista tradicionalista «Siempre», escribe una carta al jefe carlista asturiano Don Rufino Menéndez, en la que, entre otros asuntos, le dice:

«Yo tengo grandes amigos en el juanismo. Fieles a la dinastía alfonsina, siguen su lógica tradición con honradez y lealtad. También tengo amigos entre los llamados estorilos, entre quienes propugnan una solución tradicionalista con Don Juan. Pero esa bien intencionada actitud hasta ahora no ha demostrado firmeza alguna.»

«A este respecto es claro el discurso de 23 de octubre de 1960 de Luca de Tena en Sevilla. Allí dijo: «Reconocemos que vosotros, carlistas, tenéis razón. Como la tuvieron vuestros padres y vuestros abuelos.» Era una mea culpa evidente. Pero al mismo tiempo, las carteleras sevillanas mostraban carteles de la obra «Dónde vas, Alfonso XII», de la que es autor Luca de Tena, y que se dedica a glosar una de las personalidades liberales que ha sido objeto de más chuflas entre los carlistas: el pobre Don Alfonso de Borbón y de Borbón, llamado XII. El diario de Luca de Tena, «ABC», siguió glosando la monarquía liberal en las épocas en que se equivocaron «padres y abuelos». Con lo que las bellas frases de Luca de Tena quedaron en simples palabras. Esto indica que no está maduro el nuevo carlismo de Estoril.» (Tomado de «Boina Roja», agosto de 1963.)

XV. NECROLOGIA

Fernando López Barranco.—Alfonso Lascurain.

FERNANDO LOPEZ BARRANCO.—Transcribimos dos crónicas necrológicas de Don Fernando López Barranco, el gran jefe carlista de Valladolid, publicadas en dos revistas carlistas, «Siempre» y «Boina Roja».

El recopilador trató en su juventud a varios carlistas, como Don Antonio Soria y otros, de los que habían luchado, junto a López Barranco, contra los republicanos anticlericales de Valencia, acaudillados éstos por el escritor impío Vicente Blasco Ibáñez. Estas luchas no eran dialécticas en tribunas académicas. Eran reyertas tumultuarias en la calle, con garrotes y armas blancas y mucha sangre. En una de ellas murieron asesinados el abanderado de la Congregación Mariana y otro congregante. Porque los enfrentamientos se producían con ocasión de la devoción pública, admirable, del Rosario de la Aurora. De donde ha pasado a la lengua de nuestro pueblo la frase de que «eso va a terminar como el Rosario de la Aurora» para anunciar a cualquier asunto un final tumultuoso.

Crónica de la revista «Siempre».—«Ha muerto un hombre ejemplar.

Lejos de su tierra valenciana, en Valladolid, murió Fernando López Barranco. Un hombre ejemplar.

Su vida fue sencilla y complicada, cual corresponde a un luchador carlista. Sencilla de suma simplicidad porque en todo momento y del modo más natural siguió la imperturbable recta del Tradicionalismo. Complicada, porque la vida de un carlista es una aventura diaria al servicio de la patria.

Recuerdo que una noche, en Bilbao, después de un agitado día, nos tocó dormir a Barranco y a mí en el mismo cuarto. Nada más echarse en la cama se quedó dormido, pero, en sueños, murmuró largo rato avemarías. No se perdía el rosario ni siquiera dormido.

Barranco era un hombre ejemplar que empezaba por el principio. Comulgaba con un fervor extraordinario. Y, después de los infinitos trajines de su complicada vida, conversaba de corazón con el Dios que le despertaba.

Desde muy niño entró en el carlismo. Primero fueron las tardes pasadas en el casino carlista de su pueblo valenciano. Allí escuchaba las narraciones de los veteranos. Luego fue su intervención en el asfalto. Porque la calle había sustituido al monte. Y los blasquistas y sorianistas campaban por sus respetos en Valencia. Barranco se hizo dueño de la situación. Su valor, su extraordinaria decisión ponía siempre en fuga a los republicanos.

Luego fueron los años difíciles de la Jefatura en Valladolid.

No pasó un solo momento de la Historia del carlismo en su vida sin que Fernando López Barranco estuviera presente en él. Momentos de alegre euforia entre los requetés. Momentos amargos en que la desgracia caía una vez más sobre las huestes de la Legitimidad.

Hombre claro, tajante, asombraba por la entereza de su carácter. El mismo valor que imponía pavor a sus enemigos en el asfalto, era talento y razón ante las autoridades en los despachos oficiales. Barranco tenía el valor consciente del carlismo. La verdad y la razón que a nada y a nadie puede temer. Por ello todos le respetaban y —como decía Zamanillo— constituía un jefe nato.»

* * *

Crónica de la revista «Boina Roja»:

«Ha fallecido el entrañable amigo y magnífico carlista Fernando López Barranco, que ostentaba la Jefatura de la Comunión Tradicionalista de Castilla y León. Reciban sus familiares nuestro más cordial pésame por tan irreparable y dolorosa pérdida. A continuación transcribimos una breve nota biográfica que nos ha sido facilitada por la Jefatura Provincial de Valladolid: "Actuó activamente en el Requeté valenciano en sus luchas contra los republicanos anticlericales hacia 1918. Mientras cursaba sus estudios en Madrid ocurrió la separación de Mella con Don Jaime, pero él mantuvo su posición jaimista y colaboró intensamente con el Carlismo. Al advenimiento de la República, en su destino de Nava del Rey (Valladolid) hace revivir el Carlismo de la zona y organiza la resistencia contra aquel régimen ateo y sectario. Participa en la preparación del Alzamiento Nacional y se incorpora al frente de batalla seguido de una pléyade de muchachos castellanos. Por su edad se le encomienda, posterior-

mente, funciones de reclutamiento y se le nombra Jefe de Frentes y Hospitales de la provincia de Valladolid. Al finalizar la guerra sigue laborando por los ideales de la Tradición, asistiendo a todos los actos que se celebran. En premio a sus dotes de organización y espíritu de sacrificio, S. M. el Rey Don Javier, con fecha 19 de noviembre de 1951, le nombra Jefe Regional de León y Castilla, y con su actividad proverbial organiza las Jefaturas Provinciales de la Región y las de los Distritos universitarios. Organiza actos, crea periódicos de propaganda, propone sistemas de organización y sólo la muerte ha podido truncar su afán de cada día de hacer algo más por la Comunión Tradicionalista." En el acto del entierro, el féretro fue llevado en hombros por requetés uniformados, asistiendo al mismo Don José L. Zamanillo y, entre otros, los señores Del Campo, Inchausti e Isart. Asimismo el Gobernador civil de la provincia envió un representante, asistiendo el Alcalde de Valladolid y el Presidente de la Audiencia.»

DON ALFONSO LASCURAIN

En 1960 falleció en su ciudad natal de Vitoria Don Alfonso Lascurain. Durante la Dictadura y la Segunda República fue miembro varias veces de la importante minoría carlista del Ayuntamiento de Vitoria y de la Diputación Foral de Alava. En los años veinte fue animador permanente de la Juventud Carlista de Alava y de las actividades culturales que ésta realizaba en los locales de la Hermandad Alavesa.

Durante la Segunda República se dedicó de lleno al reclutamiento de requetés y a la preparación del Alzamiento. No creía en la eficacia de las enmiendas parciales que la democracia cristiana mendigaba a los sucesivos gobiernos, sino en un cambio radical de régimen. Iniciado éste el 18 de Julio, se consagró a la creación y desarrollo de un apoyo logístico propio a los combatientes carlistas, llamado Delegación de Frentes y Hospitales.

Desde su juventud fue hombre de consejo, cualidad que le dio fama más allá del ámbito local y tradicionalista. Precisamente la posibilidad de contar con su colaboración directa decidió a favor de los Maristas de Vitoria la elección que Don Javier tuvo que hacer entre éstos y los jesuitas de Valladolid para que Don Sixto iniciara sus estudios en España.

XVI. BIBLIOGRAFIA

Libros: «Para que El reine», por Jean Ousset.—Notas: I. La Ciudad Católica y la Comunión Tradicionalista. II. Carta de Don Javier a don Eugenio Mazón Verdejo.—«Cerdeña Hispánica», por Francisco Elías de Tejada.—Documentos de Don Alfonso Carlos de Borbón y Austria Este, por Don Melchor Ferrer Dalmáu.—Instituciones de la Monarquía Española, por Don Jaime de Carlos y Gómez Rodulfo.—Biografía del general Don Emeterio Celedonio Iturmendi y Barbarín, por don Marcelo Núñez.—Folletos: Forma de Gobierno y Legitimidad Familiar, por Don Alvaro d'Ors.—Memoria de Zumalacárregui, por Antonio Arrúe, Francisco Elías de Tejada y Melchor Ferrer.—Resumen histórico del Tradicionalismo Político Español, por Don Julián de Torresano y Vázquez.—Boletines: «Centinela», portavoz de la Asociación de Estudiantes Carlistas del Distrito Universitario de La Laguna.—«Boletín de Información del Tercio Carlos VII», de Barcelona.—«Montejurra».—«Clarín», portavoz del Requeté del Reino de Valencia.—Información Carlista.

LIBROS

«PARA QUE EL REINE», por Jean Ousset.—Transcribimos de la revista «Boina Roja» de diciembre de 1960 la reseña bibliográfica de la edición española de este libro. Hay que añadirle que éste es un caso más, entre otros innumerables, de la importación de escritos tradicionalistas franceses por los tradicionalistas —*sensu lato*— españoles. Todos los tradicionalistas políticos están hermanados porque son epifenómenos de la supervivencia de la Cristiandad. Este es un gran tema.

«Amigos, nos llegan refuerzos. Estamos de enhorabuena; demos gracias a Dios. En este mes de diciembre se pone a la venta el libro «Para que El reine» (Ediciones Fax; Zurbano, 80, Madrid; 900 páginas, 200 pesetas). Es el primer gran fruto visible de las células de *La Ciudad Católica* en España. Esta obra, nacida en Francia hace unos diez años, está formada por grupos de amigos que se reúnen para estudiar y difundir la doctrina católica frente al espíritu revolucionario en lo teológico y en lo filosófico. Edita unos cuadernillos o apuntes de trabajo, llamados «Verbo», y el libro que celebramos es la suma de muchos de ellos. Estos grupos de estudio se han iniciado también en España; en ellos trabajan, codo a codo con católicos de otros matices, muchos miembros de la Comunión Tradicionalista. Es de esperar que el disponer de este instrumento de trabajo en castellano hará que estos grupos se multipliquen mucho en un plazo breve y próximo.

La Ciudad Católica se propone ilustrar, suscitar y animar, por una acción específicamente doctrinal, todo aquello que puede promover un renacimiento católico en el orden temporal, en el orden de las instituciones políticas y sociales y en el orden inmenso de esas cosas que nos atañen a los seglares, en cuanto tales, y que el naturalismo moderno ha sustraído, aparentemente, a la tradición divina, con el pretexto de que no son específicamente religiosas. Se diferencia de la Acción Católica en que está mucho más directa y especializadamente empeñada en combatir la Revolución y defender a la Patria. Se trata de ser un foco de luz y de energía de donde irradie todo cuanto pueda ser útil a la restauración del orden social cristiano, pero sin hacer nunca política concreta.

¿Cómo decimos al empezar que nos llegan refuerzos, si *La Ciudad Católica* no hace política? La contradicción entre estas dos verdades es tan menuda como la que separa a los buenos católicos del Carlismo. "Haced buenos católicos y yo los haré carlistas", decía Don Carlos VII a los sacerdotes. En estos años de ahora, una de las mayores dificultades para el reclutamiento de requetés es la escasez de católicos auténticos. Se debe a que gran parte del clero, secular y regular, enferma de liberalismo, progresismo y democracia cristiana, no hace más que castrar a los católicos en vez de engendrar los macabeos que pide el momento histórico. Pero ahora el Señor de los Ejércitos cae sobre esa muchedumbre de enfermos con este libro cuyas palabras son como espadas de fuego. Curará a muchos y engendrará católicos valientes y conocedores de la Revolución. Este

es, pues, el refuerzo que nos llega para 1961: una buena masa de reclutas con ideas sanas, que cuando piense pasar a la acción no tendrá más salida que venir a nuestros cuarteles a por armas y organización militar.

Esta edición española de «Para que El reine» es, después del Glorioso Movimiento Nacional, el mayor golpe asestado al liberalismo, a la democracia cristiana y a la masonería; a la Revolución, en una palabra. En números recientes de «Boina Roja» hemos comentado algunos aspectos de la guerra revolucionaria; insistíamos en la necesidad de una mayor cultura política. Las enseñanzas de este libro sobre lo que es la Revolución bastarían a este respecto para declararle de texto.

Su índice no es de los que se pueden ojear rápidamente. Es riquísimo, extenso y sugerente, a modo de guión, y sus mismos enunciados son ya expresiones clave o síntesis clásicas. La primera parte trata de la realeza de Cristo; la segunda, de los obstáculos que se le presentan: el naturalismo, la revolución con sus tropas regulares de masonería y derivados y su quinta columna, el catolicismo liberal y el progresismo. La tercera parte resume los motivos para creer en el triunfo de la realeza social de N. S. Jesucristo. Hay una cuarta parte y un apéndice con normas y reflexiones prácticas para una acción eficaz en estos asuntos.»

NOTAS:

I.—LA COMUNION TRADICIONALISTA Y «LA CIUDAD CATOLICA»

Hacia 1950 se constituyó en Francia un grupo titulado «La Cité Catholique». Su planteamiento básico nacía de la observación de la desproporción entre el número considerable de sedicentes católicos que llegaban a ocupar cargos políticos importantes, y también en la administración y en la sociedad, y la exigüidad de la impregnación religiosa de aquel país, menor de la que cabía esperar. Explicaban este contraste porque esos católicos bien situados carecían de preparación doctrinal y desde sus puestos destilaban, paradójicamente, criterios anticatólicos recogidos del ambiente, con toda naturalidad e inocencia. El gran pecado original era la falta de afición al estudio. Procedía, pues, hacerles estudiar de alguna manera, a ellos y a

los que se preparaban para la vida pública, los documentos más importantes y autorizados de la Iglesia, las grandes encíclicas, relacionados con la política. Pero sin descender a inmiscuirse en el desarrollo menudo de la misma.

Empezaron a publicar unos opósculos modestos, quincenales, muy densos y de pura y rica doctrina, que eran estudiados en común en células o círculos de estudio. Después publicaron un gran texto base, «Pour qu'Il Regne», firmado por su presidente y fundador, Jean Ousset. Es un tratado muy completo, teológico, filosófico e histórico de lo que son el Catolicismo y la Revolución y de sus enfrentamientos. Estas publicaciones y sus propagandistas ponían un especial énfasis en combatir al liberalismo. De modo que todo resultaba a medida para entenderse con los carlistas españoles.

Uno de los primeros carlistas que se suscribió a esos fascículos fue Don Pedro Lacave Patero, magnífico dirigente de Cádiz. Pero a pesar de su dinamismo, no llegaron a cuajar en versión española las células de «La Cité Catholique».

Fue en 1959 cuando las trasplantó a España Don Eugenio Vegas Latapie, que había sido secretario y alma del movimiento de Acción Española durante la Segunda República. Hizo a sus expensas una edición española del texto base, «Para que El reine», y con ella como primer instrumento fue organizando a muchas de sus amistades en círculos de estudios semanales con el nombre genérico, informal y filial del francés de «La Ciudad Católica». Cuando más lozanos y prometedores parecían por toda España, los aires del Concilio Vaticano II los marchitaron, sobreviviendo la editorial Speiro, que ha puesto al alcance de españoles y sudamericanos gran cantidad de obras de pensamiento católico con acento antiliberal. Figura destacadísima de la fundación de este movimiento fue y sigue siendo hasta el día de hoy el notario de Madrid Don Juan Vallet de Goytisolo.

A esos círculos españoles de «La Ciudad Católica» acudieron desde el principio gran número de carlistas en toda España. Don Pedro Lacave Patero distribuyó por Andalucía centenares de ejemplares del texto base, titulado, ya en español, «Para que El reine». Don Javier lo recomendaba en conversaciones privadas. Carlistas radicados en las Américas contribuyeron en ellas a la formación de filiales. El pueblo carlista se encontró inesperada y gratuitamente con un gran fondo editorial para su formación, su intelectualización. Hay que hacer constar, con pena pero con verdad, que no lo apro-

vechó en mayor grado que otros sectores españoles menos próximos. La medicina le llegaba en el mismo momento en que el progresismo estaba haciendo ya presa en él.

Don Eugenio Vegas Latapie había sido en los años cuarenta secreario de Don Juan de Borbón (del que después se distanció), y en calidad de tal había tratado a Don Javier de Borbón Parma en exploraciones de la posibilidad de un acuerdo dinástico. Para evitar que aquellos recuerdos se involucraran con su edición de esta nueva obra contrarrevolucionaria, hizo el envío a Don Javier de un ejemplar de la edición castellana de «Para que El Reine» por medio de Don Eugenio Mazón Verdejo, hijo de Don José María Mazón Sainz, famoso carlista que tuvo parte distinguidísima en la incorporación de La Rioja al Alzamiento.

II.—CARTA DE DON JAVIER A DON EUGENIO MAZON VERDEJO

Don Javier le contestó con la siguiente carta:

«París, 30 de octubre de 1961.

Querido Eugenio Mazón.

He recibido la versión castellana del gran libro «Para que El reine». Es gran alegría para mi espíritu que este famoso libro se haya traducido al castellano y pueda hacer en España la gran labor que está haciendo en todas partes. Pocos libros como éste pueden ser tan orientadores de la conciencia católica porque sus criterios inspiradores son de la mayor solidez doctrinal y están expuestos tan lúcidamente que han de disipar mucha confusión peligrosísima que hay en las mentes católicas. Si no se construye sobre una simentación sólida, todo lo que se haga será efímero.

Te agradezco mucho el envío. Lo estimo como un delicado regalo espiritual.

Me consta la parte decisiva que ha tomado Don Eugenio Vegas Latapie en el generoso esfuerzo e inteligente trabajo de la traducción de «Pour qu'Il Regne». Te ruego que felicites de mi parte a Don Eugenio Vegas.

Un afectuoso saludo para tu padre, a quien siempre recuerdo con afecto, y otro para ti con muchas gracias de

Francisco Javier.»

Esta carta influyó mucho para que las publicaciones carlistas incluyeran propaganda de ese libro, a pesar de que ya el progresismo se hacía notar en sus redacciones.

«CERDEÑA HISPANICA», por Francisco Elías de Tejada.— «España en su Historia se proyectó por el mundo entero. No hubo límites para sus soldados triunfadores, como no les hubo para las doctrinas de sus teólogos y escritores. La epopeya hispana ha sido, ciertamente, cantada. Pero no en toda medida. Quizá debido a su extraordinaria grandeza sólo se hayan tenido en cuenta aspectos concretos de esta hazaña. Y así, mientras a la magna empresa americana se han dedicado obras meritorias, son menos las que han tratado de la aventura gloriosa de los españoles en tierras italianas.

Por ello, el profesor Elías de Tejada tuvo buen cuidado desde la iniciación de Ediciones Montejurra de dedicar en la precisa medida tomos a glosar esta empresa. Y así comenzó la magnífica serie de «Nápoles hispánico», a la que se ha agregado hoy el tomo «Cerdeña hispánica» de que nos ocupamos.

Si hacer carlismo consistiese en investigar la historia de las guerras carlistas, en estudiar los aún vigentes pensadores tradicionalistas del XIX, esta colección no tendría apenas objeto. Pero hacer carlismo es algo más amplio, como hacer España no es circunscribirse al estudio del contorno ibérico. Siendo el carlismo una consecuencia lógica del caminar hispano, recorrer los caminos andados por los españoles será naturalmente una fiel andadura.

Pero el profesor Elías de Tejada no se limita en este libro a hacer un canto épico. Con ese sentido riguroso que pone en toda tarea de investigación, el autor ha exhumado los documentos de los archivos, ha consultado innumerables obras en bibliotecas y centros sardos y la consecuencia ha sido presentarnos la «prueba documental» que avalora su tesis de que Cerdeña, como tantos otros territorios hoy integrados en otras naciones, son tan españoles como Córdoba y Valencia. Muestra también cómo en los tiempos en que la Corona de España regía aquellos lugares, el progreso crecía, sus habitantes paseaban triunfantes las banderas hispanas por el mundo y todos se sentían orgullosos de su nacionalidad hispana.

En los tiempos en que el irredentismo ha sido doctrina propicia a la exaltación de nacionalismos tantas veces artificiosos, España permaneció ausente. Pero no sólo ausente en la reivindicación material de un territorio. Ausente también en el recuerdo y reclamación moral

de una proyección espiritual en tierras tan llenas de hispanismo.

La amarga presencia de una bandera extraña en Gibraltar nubló quizá toda visión de un mundo español perdido. Sólo Hispanoamérica, muchas veces por sí misma, que no a fe nuestra, permaneció unida en la Historia y el recuerdo. Pero aquel Mediterráneo bienamado mereció sólo el canto esporádico de algún monógrafo ejemplar.

El profesor Elías de Tejada, entregado en cuerpo y alma a la investigación de esta España irredenta, nos muestra con su trabajo, su erudición y su verbo arrebatado una ruta más en el camino de la reivindicación patria.»

(Reseña bibliográfica tomada de la revista «Siempre» de julio-agosto 1960.)

«DOCUMENTOS DE DON ALFONSO CARLOS DE BORBON Y AUSTRIA-ESTE», por Don Melchor Ferrer Dalmau.—Colección de manifiestos, proclamas, órdenes, cartas y otros autógrafos políticos, algunos inéditos, que corresponden al período en que ocupó el mando de los Ejércitos Reales de Cataluña y del Centro, de 1872 a 1874, en su proscripción de 1874 a 1931 y desde que fue llamado a la Sucesión de la Dinastía Carlista y hasta su muerte en 1936. Madrid, 1960, 16×22 cm., 320 págs., láminas.

«INSTITUCIONES DE LA MONARQUIA ESPAÑOLA», por Don Jaime de Carlos y Gómez Rodulfo.—«Ediciones Montejurra acaba de publicar un nuevo volumen que juzgamos de gran interés para nuestros lectores. Se trata del libro «Instituciones de la Monarquía española», escrito por nuestro correligionario Jaime de Carlos.

«Instituciones de la Monarquía española» tiene, a nuestro juicio, un gran acierto, que es la sencillez y la claridad. Se ve, en efecto, que su autor ha prescindido en él de toda complicación y de todo alarde presuntuoso de erudición para, sin perjuicio del rigor doctrinal, hacer su lectura agradable y comprensible para la opinión media a la que va dirigido.

En sus páginas, Jaime de Carlos demuestra cómo la Monarquía Tradicional es un conjunto de instituciones básicas, estrechamente armonizadas y enlazadas entre sí, que va estudiando una por una en sus líneas fundamentales. Y así parte de la exposición de los principales derechos de la persona humana, para pasar luego al estudio de

los derechos y características de las instituciones sociales tales como la familia, los municipios, las corporaciones y las regiones. Dedica luego un capítulo a explicar cómo se realiza el entronque y la puesta en relación de la soberanía social con la política, y a continuación, en la tercera parte del libro, estudia las instituciones propias de esta última y el desarrollo de las funciones del Poder.

Es de alabar en este punto el equilibrio con que Jaime de Carlos, en la exposición doctrinal de estos capítulos, ha anudado lo teórico con lo práctico, ya que en ellos la teoría está inmediata y directamente enfocada hacia la práctica, indicando en todos la forma práctica y actual de realizar y concretar los principios teóricos en que se basa cada institución.

Expuesta de esta forma la parte propiamente doctrinal, De Carlos dedica un capítulo a demostrar, con argumentación moderna, clara y vigorosa, cómo el conjunto institucional que es la Monarquía Tradicional requiere un titular cuya adscripción personal a sus principios y fórmulas concretas no ofrezca duda alguna, probando irrefutablemente que este titular de toda garantía es, legal e idealmente, el Monarca de la Tradición, Su Majestad Católica Don Javier de Borbón-Parma y Braganza.

El libro que comentamos concluye con un apéndice en el que se ataca al indiferentismo político y se defiende la viabilidad, en los momentos actuales, de la instauración de la Monarquía Tradicional española.

Creemos que con lo dicho basta para poner de relieve el extraordinario interés del libro «Instituciones de la Monarquía española», una de cuyas excelencias está en la forma moderna, actual, clara y sencilla, al tiempo que exacta y rigurosa doctrinalmente, con que está concebido y escrito.

Y que hace amena y utilísima su lectura para quien desee iniciarse en el pensamiento tradicionalista y conocer la doctrina carlista en sus líneas fundamentales, pues sin pretender, ni mucho menos, agotar los temas tratados —lo que es, por otra parte, imposible de hacer en un sencillo volumen—, Jaime de Carlos ha acertado a darnos de ella una adecuada visión panorámica que facilitará extraordinariamente a la opinión nacional —tan necesitada de orientción y formación política— el conocimiento y la comprensión del contenido doctrinal del carlismo.»

(Reseña de «Boina Roja».)

«EL GENERAL ITURMENDI», por Marcelo Núñez de Cepeda. Editorial Gómez, Pamplona, 1960, 4.°, 152 págs., fotos, rústica.

El autor, presbítero archivero, sigue ceñidamente la hoja de servicios del general Don Emeterio Celedonio Iturmendi Barbarin desde que ingresa, el 9-X-1833, diez días después de la muerte de Fernando VII, en el Primer Batallón Carlista de Navarra, a los veintiún años, hasta que se retira a Francia, en 1876, al terminar la tercera guerra carlista. Es un libro ameno, dedicado exclusivamente a la descripción de las numerosas acciones militares de las tres guerras en que tomó parte el biografiado. No contiene estudios políticos ni ideológicos. El tono general de la redacción muestra la simpatía del autor por los carlistas.

Don Emeterio Iturmendi, «religioso, probo y morigerado», de familia linajuda, fue pionero de los alzamientos de la tierra de Estella en los años 1848 y 1872. En la primera guerra carlista o de los Siete Años había ganado la Cruz de San Fernando de Primera Clase y ascensos por méritos de guerra sucesivamente hasta el grado de Teniente Coronel Mayor; se opuso a las intrigas del general Maroto previas al Abrazo de Vergara.

FOLLETOS

«FORMA DE GOBIERNO Y LEGITIMIDAD FAMILIAR», por Alvaro d'Ors, Madrid, Editorial Nacional, 1960. Colección «O crece o muere», del Ateneo de Madrid, 41 págs.

Don Javier de Borbón Parma, en carta a Don José María Valiente, de 15-II-1961, dice: «... he escrito una carta de agradecimiento a Don Alvaro d'Ors. He leído su estudio «Forma de Gobierno y Legitimidad Familiar». Es un librecito pequeño de forma y de alto valor doctrinal que me ha gustado muchísimo. Es casi clásico para nuestros intelectuales.»

Es un denso trabajo del que extractamos algunas ideas casi literalmente y añadimos algunas notas históricas.

Señala el desinterés que a la sazón había por el problema de las formas de gobierno, que es síntoma de republicanismo, pues la forma republicana es la más neutral hasta el punto de no excluir necesariamente la posibilidad de ser sustituida por otra forma distinta.

Esta indiferencia hace que los tránsitos de una forma a otra sean cada día más insensibles. Es más violento el paso de una Monarquía a otra que el de instauración de una Monarquía a partir de una re-

pública (1) o de una república a partir de una Monarquía «instrumental».

La tradicional clasificación de las formas de gobierno debe ser objeto de una revisión, que el autor hace a partir de la contemplación de las formulaciones clásicas del pensamiento griego y de su *polis,* más que del romano.

La reflexión política es fruto de la decadencia política: un pueblo en decadencia no tiene nunca una jurisprudencia próspera. Por el contrario, la reflexión sobre el acontecer político presupone una situación de fracaso político. El hombre político suele ponerse a escribir cuando las circunstancias le han desplazado de la vida activa (2).

Lo decisivo para el hombre griego es el número de los que mandan: uno, pocos, muchos; monarquía, aristocracia, democracia. Jenofonte añade a este esquema las formas corrompidas y desarrolla la tripartición en cinco formas: la monarquía, la tiranía (3), la aristocracia, la plutocracia, en que los ricos sustituyen a los nobles, y la democracia.

Estudia las ideas políticas de Platón y de Aristóteles, que, indiferentes a las formas de gobierno y no creyendo mucho en las puras, optan por fórmulas mixtas. De Aristóteles recuerda que afirma que no hay una forma absolutamente perfecta, sino que cada pueblo necesita ser gobernado de una manera particular. Esta observación, fruto de la experiencia comparativa, tiene, en efecto, un valor permanente y una vigencia especialmente actual en una época en que con frecuencia se encumbran ideales constitucionales que pueden convenir a un determinado pueblo, pero no pueden considerarse como susceptibles de exportación incondicional. Esto ocurre hoy, por ejemplo, con lo que pudiéramos llamar «fe democrática», que lleva a una como pueril propaganda de una forma de existencia política que debe su éxito local a determinadas condiciones históricas, morales y

---

(1) Teoría seguida por Don Carlos Hugo (líder del Partido Carlista) y por su primo Don Otto de Habsburgo. Además, probablemente hubo en Don Carlos Hugo una interacción entre la indiferencia por las formas de gobierno y su evasión del tradicionalismo al republicanismo socialista.

(2) Al envejecer escriben sus memorias. Desgraciadamente, no es el caso de Don Manuel Fal Conde, que no escribió memorias. Ni el de Don José María Valiente, que cuando las circunstancias le desplazaron de la política activa prefirió buscar salidas imposibles a escribir las memorias de su mandato.

(3) En los días que historiamos, la propaganda antimonárquica saltaba esta obligada distinción e identificaba, con ignorancia y malicia, la monarquía con la tiranía, el Tradicionalismo con el absolutismo.

económicas que no son universales (1). Aristóteles infravaloraba el papel político de la familia.

Después, Don Alvaro d'Ors reconduce la antigua teoría de las formas de gobierno a un planteamiento de criterios de legitimidad. La monarquía es un traslado a nivel comunitario de la estructura familiar patriarcal; de ahí debe nacer la legitimidad del Rey. Se trata en el fondo de la legitimidad de la paternidad. Hay que reconducir el tema hasta ver que el criterio de la legitimidad del poder se relaciona con la estructura familiar de la sociedad gobernada. La auténtica monarquía supone el gobierno no de un pueblo por un rey, sino de un conjunto de familias por una familia.

Con esto, ya en el final de su escrito, el profesor d'Ors se centra en uno de los pilares del tradicionalismo, que es la legitimidad (2). La esencia monárquica reside no en la modalidad de ejecución del poder, sino en el principio de su legitimidad. Lo más contrario a un rey no es la democracia, sino otro rey ilegítimo. Todo gobierno democrático prescinde del carisma de la legitimidad y se apoya en la fuerza, expresada por un consentimiento de los individuos que constituyen la comunidad política. La sociedad democrática no consiste en familias y su gobierno; en consecuencia, no se funda en la legitimidad. Las democracias tienden siempre a relajar los miramientos de la legitimidad familiar y, a la vez, la familia misma. Así, una de las primeras preocupaciones de las revoluciones democráticas, como la Revolución Francesa o también la nuestra de 1931, fue siempre la de abolir las diferencias entre hijos legítimos e ilegítimos (3).

La legitimidad no atañe tanto al origen del fundador de una dinastía cuanto al origen del sucesor (4). En este sentido, puede decirse que la monarquía, más que una forma de gobierno, es una forma de sucesión en el gobierno: la sucesión legítima por excelencia. La sucesión, como legitimidad, es también una institución familiar.

La sociedad moderna parece haber perdido el miramiento de la

---

(1) Es una respuesta a las presiones políticas, agobiantes, de las democracias anglosajonas contra la España Nacional. Se podía haber desarrollado la misma teoría hacia abajo, hacia las regiones y los Fueros; quizá no lo hizo el autor por miedo a la censura.

(2) Vid. et. Raimundo de Miguel, «La Legitimidad».

(3) También en la revolución que ha seguido a la muerte de Franco. La falta de reacción carlista en este punto es un exponente más de la postración en que se encontraba el Carlismo después del Concilio Vaticano II.

(4) Vid. las palabras de Don Hugo en el tomo de 1958, en la concentración de Montejurra.

función política de la familia y el Estado de hoy ha borrado toda trascendencia política de la estructura familiar. El Estado ha vencido a la familia.

Este folleto termina con estas palabras: «Es un principio inconmovible que la virtud de un rey no está en ser uno, sino en ser la suprema personificación viviente y perdurable de toda lealtad y de toda legitimidad.»

«MEMORIA DE ZUMALACARREGUI».—En Cegama, en 26 de junio de 1960. Antonio Arrúe. Francisco Elías de Tejada. Melchor Ferrer. Ediciones Montejurra, 1960, 42 págs., 8.°

En el CXXV aniversario de la muerte de Zumalacárregi se celebró en Cegama un acto en el que hablaron Don Antonio Arrúe, en vascuence, y Don Francisco Elías de Tejada. En la página 228 de este mismo volumen publicamos una crónica del acto y el texto de los discursos tomado de este folleto, en el cual se ha incluido, además, una colaboración de Don Melchor Ferrer, «Gloria póstuma del gran capitán carlista (Notas para una historiografía de Zumalacárregui)».

«RESUMEN HISTORICO DEL TRADICIONALISMO POLITICO ESPAÑOL», por Don Julián de Torresano y Vázquez. Editorial Selección. Olesa de Montserrat, 1960.

«Entre los más brillantes, alertados y concienzudos escritores tradicionalistas de la hora actual figura, sin lugar a dudas, Julián de Torresano. No constituye ello un secreto para los lectores de «Tradición», de cuya revista es asiduo colaborador nuestro dilecto amigo. El cual, a raíz del CXXV aniversario —1958— del primer alzamiento carlista, escribió diez artículos, auténticamente antológicos por su acertado enfoque y denso contenido. Aparecieron en «El Correo Catalán» y ya entonces llamaron poderosamente nuestra atención. Valía realmente evitar la pena de que quedaran desperdigados y como perdidos en hojas volanderas. De ahí nuestro gozo, hoy, al verlos en el opúsculo intencionadamente calificado por nosotros con el título que encabeza estas líneas. Opúsculo acrecido y enriquecido por el propio autor mediante el magnífico prólogo escrito expresamente para aquél.

Hemos aludido al enfoque y contenido de los artículos integrados en el opúsculo que nos ocupa. El mismo Torresano nos descubre en el prólogo su intencionalidad. A saber, destacar por cima el

escueto pleito dinástico, la faceta, no inédita pero sí poco explotada, del «sentido amplio, permanente y vivo» del Tradicionalismo español. Por considerar esta faceta de mayor eficacia en la propaganda cara al proselitismo, dado que la virtualidad y vigencia de los principios —de la doctrina— que informa el carlismo entrañan una fuerza de atracción irresistible para cuantos, por su rectitud mental y conciencia honrada, sienten de veras preocupación por los destinos de nuestra patria; de aquellos, en definitiva, de los cuales se ha dicho alguna vez que, aun sin saberlo, llevan en su alma un tradicionalista dormido. Y también a fin de destruir la falsa historia tejida por los enemigos de la Causa —incluidos libros de texto— que la reducen a simple contienda monárquica sucesoria.

A este doble propósito, el autor, en breve exégesis histórica lúcida y transparente, alumbra el manantial y señala la corriente del pensamiento y manera de ser españoles, a la vez que constata intentos, influencias y traiciones para desviarlos de su cauce natural. En este paralelismo estriba el valor historiológico que atribuimos, no sin fundamento, al opúsculo. Y, sin abandonarlo, Torresano historia luego el siglo y cuarto de carlismo objetivo de su bien concebido y felizmente desarrollado trabajo. El cual evidencia cómo el carlismo se entregó en cuerpo y alma, con sus monarcas al frente, a mantener y perfeccionar progresivamente nuestra autenticidad nacional, en tanto el liberalismo, valiéndose para el funesto servicio de la dinastía usurpadora, desfiguró la personalidad de España, liquidó su grandeza pasada y la arrastró al borde del más espantoso abismo. Del que coadyuvaron a librarla, con generosidad y heroísmo difícilmente igualables, y desde luego imposibles de superar, las huestes aguerridas de los bravos Requetés, brazo armado del Tradicionalismo. «Aquellos bravos muchachos —concluye Torresano— cumplían con creces la promesa de Carlos VII, el ¡Volveré! inolvidable del puente de Valcarlos...»

La sustantividad carlista del opúsculo resulta, pues, innegable. El autor ha otorgado, ciertamente, preferente atención al contenido programático del carlismo. Pero sin relegar al olvido a sus augustos abanderados. El concierto de éstos y de aquél se hace ineluctable, a nuestro entender. De ahí la peligrosidad, también a nuestro juicio, de los distintos posibilismos ensayados en distintas épocas, que comportan el debilitar o soterrar, con el señuelo de no obstaculizar el triunfo ideológico, la faceta legitimista del carlismo. Alguno pudo ser bien intencionado, aunque, como se vio, prácticamente infructuso; otros,

totalmente repudiables, traducen de buenas a primeras estar radicalmente inspirados por un excesivo apetito de prebendas personales.

Bien dice Torresano: «El carlismo es un movimiento político que *ha coincidido* con el pleito dinástico, haciéndose, por tanto, al mismo tiempo que tradicionalista, legitimismo.» Esta *coincidencia* implica una constancia. No menos constante se nos aparece la antitética del liberalismo y la ilegitimidad. De ahí que, como al autor del opúsculo, no pueda menos que alarmarnos *una tercera tentativa de restauración*. Y que recomendemos sin titubeos, antes bien con vivo ahínco, la difusión y lectura del bosquejo histórico escrito por el amigo Torresano. No sólo a nuestros correligionarios para deleite de sus creencias arraigadas y broquel defensivo de una constancia firme. Sino a los españoles todos; a los que no están a nuestro lado sólo porque nos desconocen, para que empiecen a «saber que el Tradicionalismo español es España y que el carlismo es el alma de nuestras tradiciones».

(Reseña de Don José Bru Jardí.)

BOLETINES

«CENTINELA».—Portavoz de la Asociación de Estudiantes Carlistas del Distrito Universitario de La Laguna.

En 1960, los carlistas canarios adscritos a la Regencia Nacional Carlista de Estella, que ya publicaban una «Hoja Informativa de los Requetés de Canarias», empezaron a publicar otra hoja de propaganda, igualmente hecha a multicopista, llamada «Centinela». Se enviaba también a los simpatizantes de la Regencia de Estella en la Península y, a su vez, relanzaba en Canarias las ideas de ésta.

«BOLETIN DE INFORMACION DEL TERCIO DE DON CARLOS VII».—En enero de 1960 empezó a difundirse este boletín, a pesar de llevar el número 4, según antiguo ardid para aparentar mayor madurez y arraigo. Estaba hecho a ciclostil, pero cuidadamente, y en la cabecera llevaba tres tintas. Salieron algunos números más, confeccionados por los antiguos octavistas, que aunque se habían incorporado a las filas de Don Javier conservaban una peculiar relación de amistades personales entre sí.

«MONTEJURRA».—Boletín de la Juventud Carlista.—Poco después de la concentración de Montejurra se difundió de mano en

mano por Navarra un boletín modesto, pero impreso, llamado «Montejurra», con el subtítulo de «Boletín de la Juventud Carlista de Navarra». Estaba mal confeccionado, como era propio de las imprentas clandestinas. El segundo número lleva fecha de agosto y había mejorado notablemente. La publicación se regularizó y pronto adquirió difusión nacional. Su éxito fue extraordinario, su calidad fue mejorando y la tirada incrementándose hasta llegar a ser, con «Boina Roja», la más importante del Carlismo. Más tarde se legalizó, mejoró su tipografía, pero perdió estilo y clase. La redacción era supervisada por Don José Angel Zubiaur Alegre, y la distribución y administración eran llevadas en todas sus partes por Don Tomás Martorell y su familia; era ésta numerosa y ejemplar; hasta los niños pequeños ayudaban a sus padres en todo y también en la propaganda carlista.

El editorial de presentación, titulado «Por qué salimos a la calle», aparece en el número dos, y dice así:

«No es normal que la presentación de un periódico se inserte en su segundo número. Pero, en fin, la precipitación con que se lanzó a la calle el primero postergó este artículo, que venía a cumplir lo que ya va pareciendo la obligación de la presentación. Como no queremos ir contra corriente —se entiende en lo accidental, claro está—, con retraso nos sometemos al rito.

Hoy, pues, queremos adelantar lo que aspiramos sea MONTEJURRA. Sale al impulso de la Juventud Carlista y va dirigido a todos los españoles. Por falta de medios, su ámbito de difusión se circunscribirá a Navarra, pero no por ello perderá universalidad. No nos atrae lo pequeño, lo local y lo particular; sino lo nacional, pues de todos y para todos es la tentación de mejorar España.

Queremos reflejar en sus páginas nuestras ilusiones, nuestras críticas y nuestros ideales.

Las ilusiones son amplias, mejor sería decir ilimitadas, pues no admitimos desfallecimientos ni pesimismos. Nos hemos embarcado todos en la maravillosa aventura de hacer una España mejor. Su futuro nos pertenece por pura ley de vida y queremos hacerlo «un poco cada día». No nos importan las sonrisas de los escépticos, ni la pasividad de los burgueses; a unos y a otros les presentamos nuestro optimismo insultante y nuestra fe en el porvenir. Trabajamos con ilusión, sin partidismos, dejando en la cuneta a los débiles que no pueden y a los cobarles que no quieran seguir nuestro paso de carga

y nuestras zancadas. Así haremos una España segura, justa y alegre. Es lo que queremos y es lo que conseguiremos.

Las críticas serán serenas, pues estamos convencidos de que sólo es lícita la crítica si va acompañada de soluciones. Sobran charlatanes de café y faltan hombres responsables que denuncien deficiencias con la sana intención de que sean corregidas por los que pueden, deben y —estamos seguros— quieren hacerlo. No admitimos bulos, ni nos haremos eco de posturas anónimas tendentes a sembrar descontento. Sólo se puede deribar si se está capacitado para construir mejor y más sólido. Podemos criticar el Movimiento porque estamos dentro de él, y, por lo tanto, con nuestra crítica lo mejoramos y enriquecemos. Salas Pombo ha dicho: "Hay que convenir en que la única oposición viable del Movimiento es el Movimiento mismo." Aspiramos, pues, a construir y mejorar, denunciando defectos y apuntando metas; en una palabra, iniciando un diálogo claro, vivo y joven en que no quepan pequeñeces, reservas ni segundas intenciones.

Y, por último, queremos plasmar en estas páginas de MONTEJURRA nuestros ideales, condensados en el lema de Dios, Fueros, Patria y Rey.

Dejamos claramente asentada nuestra sumisión a los mandatos de la Iglesia Católica. La política, cuyo fin es el buen gobierno de la Nación, debe estar supeditada a su sublime Magisterio. Como católicos, creemos y acatamos la supremacía de los fines de la Iglesia sobre los del Estado.

Defendemos las instituciones por considerarlas la consecuencia histórica y lógica de la variedad regional de España. Porque creemos en las Españas —unión en la persona del Monarca de los distintos Reinos nacidos en la Reconquista—, creemos en la UNIDAD sustancial de nuestra Patria. Propugnamos la variedad foral en toda la amplitud y riqueza que cercenaron el liberalismo y el absolutismo, porque sabemos que la máxima amplitud corresponde a la unidad esencial más estrecha.

Amamos a España con ilusión, con fuerza, con rabia. No nos importa que algunos cretinos aseguren que el patriotismo está superado. Para nosotros, por lo menos, no lo está, ni lo estará nunca. La amamos con el corazón y la defenderemos con los puños si es necesario.

Y, para terminar, tenemos fe en la Monarquía como solución al problema de España. Monarquía legítima, encarnada en Su Majestad Don Javier de Borbón y en el Príncipe de Asturias —y de Viana

en Navarra—, don Carlos. Monarquía Representativa, ante la cual todas las clases sociales y todas las corporaciones están garantizadas de ser oídas y consultadas en las cuestiones que puedan afectar a sus intereses; en la que el Sindicato adquirirá toda su responsabilidad e independencia, así como el Municipio, Región..., en fin, las corporaciones todas, tanto naturales como las que Mella llamó derivativas.

Monarquía, finalmente, moderna y tradicional, cuyas características encajan perfectamente en la idiosincrasia española, ya que no es sino producto de su misma historia y experiencia. Por medio de esta Monarquía Federal Sindicalista lograremos la Justicia Social y la auténtica Democracia, como ha dicho el Príncipe Carlos.»

«CLARIN», PORTAVOZ DEL REQUETE DEL REINO DE VALENCIA.—Bien impreso en gran formato. El número 1 lleva fecha de julio-agosto de 1960. Tuvo vida breve e irregular. Seguimos nuestra costumbre de reproducir el editorial de presentación, que dice así:

«Presentación.—Suenan vibrantes las notas del clarín que llama a combate. No a la batalla cruenta, trágica, de las trincheras, aureolada al fin por gloriosos resplandores. Sino a ese otro combate oscuro, anónimo, de todos los días, mantenido hora tras hora, amasado por pequeños sacrificios, por renunciaciones constantes

Suena el clarín invitándonos a apretar nuestras filas en torno a la bandera santa de la Tradición. Congregados en orden de combate, con la mirada puesta en Dios, fiados en el auxilio de nuestros Mártires que no ha de faltarnos, con fe absoluta en el Carlismo de nuestros amores, movidos por nuestro amor a España jamás desmentido, renovamos nuestra vieja lucha, nueva cada día, cada día más dura, pero más esperanzadora.

Aparece CLARIN como portavoz del Requeté del Reino de Valencia. Ha de ser nuestro periódico dentro de su modestia, exponente de las inquietudes honestas, de las preocupaciones sinceras, del sentir rectilíneo de los requetés valencianos, dispuestos a rendir el mayor esfuerzo por la Causa que hemos abrazado, sin regatear nuestra entrega ni eludir las obligaciones que el actual momento demanda.

¿Cuál es, en definitiva, nuestro propósito? Diríamos que servir al Carlismo, y siendo esto mucho, no lo habríamos declarado todo.

Porque tenemos, es cierto, voluntad de servicio, y propósito firmísimo de hacerlo del modo más leal, sincero, rotundo. Queremos escribir CLARIN con latidos de corazón joven, con energía de adelantados. Que a tanto, y aun a más, nos sentimos obligados. Lo diremos con palabras de nuestro Aparisi y Guijarro: "Nos proponemos hablar con energía y sin temor, que fuera criminal en quienes defienden una causa sagrada, más al propio tiempo hablaremos con buena fe y con decoro; por manera que si llegase un día en que pareciese a los que mandan intolerable nuestro lenguaje, fuera lastimosa prueba de que ya se reputaba por crimen decir la verdad, y por audacia insolente el expresarse los hombres, hijos de Dios, con dignidad y con nobleza." Si estas palabras se toman en su más amplio sentido, quedará formulado con absoluto rigor nuestro propósito.

Sean las admirables palabras de nuestro paisano, nuestra divisa. Bajo su elocuente significado salimos a la calle para entablar combate en defensa y al servicio de la Legitimidad y de la Tradición. Ellas constituyen el lema que ha de servirnos de norte en nuestro quehacer, para que en cada momento acertemos con la palabra exacta, con el gesto apropiado, siempre ardoroso, siempre combativo, veraz y rotundo siempre. Entendemos que es así como el Carlismo debe ser servido. Sin una sola claudicación de palabra u obra; sin cobardías, conformismos ni vacilaciones.

Proclamamos nuestra lealtad y fidelidad más rigurosas y absolutas a S. M. DON JAVIER I de las Españas, en cuya persona vemos encarnada la Legitimidad; a S. A. R. DON CARLOS DE BORBON, Príncipe de Asturias, firme promesa de continuidad. Proclamamos nuestra fe en el Carlismo, en su misión, en su doctrina. Con plena consciencia de nuestros deberes, lanzamos nuestra voz a los vientos de España, al servicio de la Legitimidad y de la Tradición.»

«INFORMACION CARLISTA» (1).—Boletín tamaño folio, bien impreso y con fotografías, al servicio de Don Javier. El número 0 es de mayo de 1960 y el número 1 de junio siguiente. Los editoriales de ambos se dedican a justificar su aparición por el silencio de la prensa diaria para los actos carlistas.

---

(1) En el epígrafe dedicado a la Regencia Nacional Carlista de Estella, de este mismo tomo, damos noticia de otro boletín con el mismo título y fecha de nacimiento, pero al servicio de los seguidores de Don Mauricio de Sivatte.

«La esperanza de que la prensa española publicase nuestras actividades se vio defraudada en la mayoría de los casos. Recientemente ha sido dolorosísimo para cuantos nos movemos dentro del más correcto orden y dentro, naturalmente, de los principios del Movimiento Nacional, ver las trabas y dificultades que se han puesto para que actos como el de Montejurra fuesen publicados en los periódicos nacionales. A llenar como podemos esta necesidad, dedicamos esta hoja. Dentro de la más estricta disciplina de la Comunión y leales a nuestro querido Rey Don Javier y al Príncipe de Asturias Don Carlos...» (Del editorial del número 1.)

Ya en el número 0, el editorial señalaba esta situación, importante, con las siguientes palabras:

«Ante la gran concentración de Montejurra, donde miles de carlistas llegados de toda España han testimoniado su fidelidad a la Monarquía Tradicional, la mayor parte de la prensa española silencia el magno acontecimiento o lo desfigura a través de informaciones evidentemente falsas.

Al repasar los periódicos de fechas inmediatamente posteriores al 8 de mayo —día en que se ha celebrado el acto— asombra comprobar con qué "celo" se desvelan por cumplir las tareas informativas.

Algunos diarios de la prensa del Movimiento incluyen, por toda información, una oscura y escondida nota en que se habla solamente de "ex combatientes y sus familias", ignorando de modo totalmente premeditado lo que Montejurra es y significa: la aclamación popular de la Monarquía por un pueblo que exalta la continuidad esencial del espíritu del 18 de Julio. Esta incomprensible actitud sólo se explica en virtud de un temor que trata de salvaguardar la práctica sistemática del exclusimismo político.

Repugna, por no emplear otro término, la desfachatez con que muchos periódicos españoles se autotitulan católicos e incumplen las más elementales normas de información, conculcando el deber ineludible de servicio a la verdad. Practican la mentira en su forma más elegante: el silencio; y así, mientras callan el acontecimiento nacional más significativo, no regatean espacio a las crónicas del escándalo social o a las narraciones de las aventuras y desventuras

de cualquier meretriz más o menos elegante y más o menos internacional.

De todo esto se extrae una consecuencia lamentable. Si el lector español quiere estar informado sobre los acontecimientos de su Patria tiene que acudir a la prensa extranjera porque la de su país —salvadas las excepciones citadas— se niega a cumplir el primero de sus deberes.

Salvando esta omisión, podemos citar, a título de ejemplo, la crónica que publica el "Times" de Londres...»

INDICE ONOMASTICO DEL TOMO XXII - (II)

Abánades, Claro, 245, 246.
Albareda, José María, 267.
Alcelay, Juan, 364.
Alfonso (XIII), 369.
Alonso Vega, Camilo, 259.
Alvarez de Toledo, Santiago, 259.
Amor Maldonado, Pedro, 354, 361, 362.
Ansón Oliart, Luis María, 255, 259.
Aparisi y Guijarro, 293, 358, 362, 370, 392.
Arauz de Robles, José María, 354, 360, 361, 363.
Aristóteles, 384, 385.
Arpa, 240.
Arrúe Zarauz, Antonio, 228, 229, 232, 233, 386.
Asís Garrote, Agustín de, 242.
Astráin Baquedano, Javier, 285.
Aulló Salvador, 315.
Austria, Don Juan de, 238..

Balansó, Juan, 288, 354.
Balmes, Jaime, 369.
Barbarroja, 238.
Barceló, José Luis, 246.
Barroso y Sánchez Guerra, Antonio, 249.
Bastiat, 306.
Beek, Evard Op De, 288
Benedicto XV, 325.
Bilbao Eguía, Esteban, 245, 349.
Blanco Soler, Carlos, 248.
Blasco Ibáñez, Vicente, 372.
Bodin, Jean, 305, 311.
Borbón y Austria Este, S. M. C. Don Alfonso Carlos, 262, 293, 354, 356, 381.
Borbón y Battenberg, Jaime, 350.
Borbón y Battenberg, S. A. R. Don Juan de, 247, 249, 252, 275, 296, 297, 324, 340, 341, 342, 343, 349, 350, 352, 353, 354, 355, 356, 358, 360, 361, 362, 363, 365, 366, 367, 368, 369, 370, 371.
Borbón y Borbón, S. M. C. Don Jaime III, 373.
Borbón y Borbón, S. A. R. Don Juan Carlos de, 249, 250, 251, 252, 253, 257, 266, 280, 286, 350, 353, 367.
Borbón Dampierre, Alfonso, 283, 350.
Borbón Parma y Borbón Busset, Hugo, 252, 263, 264, 267, 273, 278, 280, 283, 286, 288, 289, 290, 295, 318, 322, 333, 363, 369, 381, 382, 384, 391, 392.
Borbón Parma y Borbón Busset, María Teresa, 252, 267, 286, 288, 289.
Borbón Parma y Borbón Busset, Sixto Enrique, 374.
Borbón Parma y Braganza,

S. A. R. el Príncipe Regente, Don Francisco Javier, 246, 247, 250, 253, 254, 255, 274, 277, 283, 284, 285, 286, 287, 288, 289, 290, 292, 294, 304, 317, 318, 335, 353, 370, 374, 378, 379, 382, 383, 388, 390, 392, 393.
Bru Jardí, 388.
Bugeda 240.
Buson Higinio, 239.

Calvo Sotelo, José, 369.
Cánovas del Castillo, Antonio, 236, 309.
Carcer, Barón de, 353.
Carlos I, 229, 230.
Carlos V, 234, 238, 364.
Carlos VII, 230, 232, 280, 350, 351, 357, 359, 360, 362, 364, 376, 387.
Carlos VIII, 347, 349.
Carlos X, 291.
Carlos y Gómez Rodulfo, Jaime de, 385.
Castañón, 237.
Castro, Federico de, 253.
Castro, Fidel, 258.
Cirarda, Humberto, 320.
Codón Fernández, José María, 238, 242.
Comenge, Juan, 248.
Comte, 306.
Conde de París, 283, 289.
Cora y Lira, 350.
Cortés, Hernán, 330.
Cortés Cavanillas, Julián, 342, 347, 349.
Correa de Oliveira, Plinio, 262.
Chamberlain, 338.
Chambord, 279.
Churchill, Winston, 338.

De Gaulle, 320.
Delgado, 240.
Descartes, 305.
Dilthey, 236.
Domingo Arnáu y Rovira, José María, 246, 247.
Donoso Cortés, 369.
Duque de Alburquerque, 259.
Duque de Maura, 245.
Duque de la Torre, 255.
Duval, Mohamed, 279.

Echániz, 333.
Elcano, Juan Sebastián, 238.
Elías de Tejada y Spínola, Francisco, 228, 229, 233, 243, 246, 274, 295, 297, 303, 304, 310, 312, 322, 323, 327, 335, 341, 342, 345, 380, 381, 386.
Elorza, Juan, 364.
Enrique IV, 235.
Escrivá de Balaguer, José María, 274.
Espartero, 234, 235.

Fagoaga, Miguel, 244.
Fal Conde, Manuel, 303, 304, 357, 368, 384.
Felipe II, 234, 235.
Felipe IV, 235.
Felipe V, 235.
Fernando VII, 362, 383.
Fernando el Católico, 235.
Ferrer Dalmáu, Melchor, 281, 386.
Fichte, 306.
Figueredo, Diego de, 238.

Fontán, Jesús, 266.
Fraga Iribarne, Manuel, 248.
Francisco I, 238.
Franco, 249, 250, 251, 252, 259, 263, 267, 282, 296, 305, 321, 333, 341, 349, 353, 363, 365, 369, 385.

Gamboa, Juan, 237.
Gambra Ciudad, Rafael, 262, 295, 297, 311, 312, 323, 340.
García de la Concha, Joaquín, 303, 313, 342.
García Conde, 259.
Garibay, Esteban, 238.
Garzón, Marín, Antonio, 264.
Gassió Bosch, Doctor Ramón, 348.
Gil de Santiváñez, Eduardo, 342.
Gil Robles, José María, 324.
Godoy, 234.
González Antón, Ricardo, 319.
González Bravo, 370.
Grocio, Hugo, 306, 311.
Gual Villalbí, 335.
Guardini, Romano, 296, 299, 317.
Güell, Juan Claudio, 365, 366, 367.
Guirao, Joaquín, 259.

Habsburgo y Borbón, Antonio, 348.
Habsburbo y Borbón, Francisco José, 350, 351.
Habsburgo y Borbón Parma, Otto, 259, 294, 303, 304.
Hearst, 329.
Hegel, 306.
Herrera Oria, Angel, 245.
Horia, Sima, 285.

Ibáñez, Primitivo, 228.
Inza, Faustino, 364.
Irene de Holanda, 288, 322.
Isabel II, 357, 369.
Isasti, Juan de, 238.
Isern, 348.
Iturmendi Barbarin, Emeterio, 383.
Izquierdo, 240.
Iztueta, Juan Ignacio de, 231.

Javierre, 330.
Joly, Pierre, 285.
Juan XXIII, 270.

Kalergi, Coudenhove, 294.
Kant, 306.
Kindelan, Alfredo, 334.
Kroll, Dr. Gerhard, 304, 305, 308. —
Kruschev, 349.

Lacave Patero, Pedro, 378.
Landázuri, Joaquín José, 234.
Larramendi, Manuel de, 237.
Larraz, José, 329, 334.
Lascurain, Alfonso, 374.
Lavilla, Landelino, 248.
Leiba, Sancho de, 238.
León XIII, 296.
Lippman, 304.
Lombardía, Pedro, 266.
López Barranco, Fernando, 228, 372, 373.
López de Lazcano, Juan, 237.
López Rodó, Laureano, 274, 322, 362.
Luca de Tena, Juan Ignacio, 366, 367, 370, 371.
Luis XIV, 234.

Luis Felipe, 309.
Lutero, Martín, 311.

Maeztu, Ramiro de, 245.
Malo, 240.
Maquiavelo, Nicolás, 305, 311.
Marañón y Posadillo, Gregorio, 264.
Maritain, Jacques, 268.
Maroto, 383.
Marqués de Mondéjar, 253.
Márquez de Prado y Pareja, José Arturo, 264, 273, 286.
Martín Alvarez, Cándido, 264.
Martínez Bordíu y Franco, Carmen, 283.
Martínez Fornés, 258.
Martínez Lacaci, Alberto, 256, 260.
Martorell, Tomás, 389.
Marrero Suárez, Vicente, 335.
Massó, Ramón, 228, 229, 260, 274.
Maura, Honorio, 367, 368, 370.
Mazo, Mariano del, 260, 274.
Mazón Sainz, José María, 379.
Mazón Verdejo, Eugenio, 379.
Medina, Dionisio, 364.
Menéndez, Rufino, 371.
Mendizábal, Juan Alvarez, 232.
Menéndez Pidal, Ramón, 313.
Miguel, Raimundo de, 347, 385.
Muela, 240.
Mugarza, Daniel, 364.
Muro Urriza, 278.

Nagore Yarnoz, 278.
Napoleón, 311.
Nocedal, Cándido, 358, 362, 370.
Núñez de Cepeda, Marcelo, 383.

Olabarría, Luis de, 348.
Olivares, Conde Duque de, 235.
Oriol, Antonio, 259.
Ors, Alvaro d', 266, 268, 271, 295, 296, 297, 299, 300, 302, 303, 314, 383, 385.
Ortega, general, 370.
Ortega y Gasset, José, 312.
Ortí Bordás, José Miguel, 258.
Ortiz, 285.
Ostalé Gómez, Luis, 239.
Ottaviani, cardenal, 267.
Ousset, Jean, 375, 378.

Pablo VI, 279.
Palacio Attard, Vicente, 293.
Pareja, Mariano, 239.
Parrilla García, José Antonio, 289.
Pascual, Javier María, 264.
Pemán, José María, 341, 342, 345.
Pérez Echevarría, Carlos, 228.
Pérez Embid, Florentino, 345.
Pérez España y Gómez, José Antonio, 263.
Piñar López, Blas, 314.
Pío IX, 325.
Pío XI, 270.
Pío XII, 245, 271, 294, 325, 332, 333. .
Platón, 384.
Poncíns, León de, 281.
Pradera, Víctor, 245, 369.
Primo de Rivera, Miguel, 362.

Rentería, Martín de, 238.
Riera, 348.

Ríos, 240.
Rodil, 230.
Roosevelt, Franklin del Ano, 334.
Rousseau, Juan Jacobo, 306.
Ruiz Galiana, Luis, 239.
Ruiz Hernández, Luis, 239.
Sainz Rodríguez, Pedro, 245, 252.
Salan, Raúl, 285.
Salas Pombo, Diego, 390.
Strústegui, Joaquín, 259, 341.
Savigny, 307.
Schmitt, Karl, 334.
Schuman, Robert, 341.
Silva Muñoz, Federico, 248.
Sivatte y de Bobadilla, Mauricio, 392.
Skorzeny, Otto, 285.
Solís Ruiz, José, 259.
Sorge, 281.
Soria, Antonio, 372.
Stalin, José, 334.
Suárez Verdeguer, Federico, 266.
Suevos, Jesús, 335.

Tejado, Gabino, 358, 362.
Toca Ehevarría, Ignacio, 289.
Toquero, José María, 341, 354.
Torresano y Vázquez, Julián de, 386, 387, 388.
Tubal, 233.

Ugarte, Tristán de, 238.
Ullastres, Alberto, 329.
Urbieta, Juan de, 238.
Urrutia Anduaga, Agustín, 363, 364.

Valiente Soriano, José María, 264, 277, 281, 285, 286, 287, 288, 289, 290, 313, 322, 347, 350, 353 383, 384.
Vallet de Goytisolo, Juan, 378.
Vázquez de Mella, Juan, 319, 336, 353, 359, 360, 369, 373, 391.
Vega, Juan de, 238.
Vegas Latapie, Eugenio, 378, 379.
Vélez Ladrón de Guevara, Beltrán, 237.
Vila Coro, 230.

Waldburg zu Zeil, príncipe Erich, 304, 305.
Wilhelmsen, Frederick, 266, 273.
Wurtenberg, príncipe de, 304.

Yanguas Messía, José, 253, 255, 259, 260, 324.

Zaforteza, José (Quint), 285.
Zamanillo y González Camino, José Luis, 228, 285, 289, 303, 350, 373.
Zuazola, Luis, 241.
Zubiaur Alegre, José Angel, 389.
Zumalacárregui, general, 228, 229, 230, 231, 233, 234, 236, 238, 239, 386.

INDICE GENERAL DEL TOMO XXII - (II)
SEGUNDO Y ULTIMO DEL AÑO 1960

IX. ACTOS CARLISTAS MENORES (pág. 227).—Acto carlista en Isusquiza (pág. 227).—Conmemoración de la muerte de Zumalacárregui, en Cegama (pág. 228).—Palabras de Don Antonio Arrúe, pronunciadas en vascuence y traducidas al español (pág. 229).—Discurso de Don Francisco Elías de Tejada (pág. 233).—Nueva Hermandad de Requetés (página 239).—Los Círculos Carlistas de los Pueblos (pág. 240).—Conferencias en torno a Mella (pág. 241).—Ciclo del «Círculo Cultural Vázquez de Mella» (pág. 242).—Carta del Rey a Don José María Domingo-Arnáu y Rovira (pág. 246).—Ciclo de la «Asociación de Amigos de Vázquez de Mella (pág. 247).

X. ACTIVIDADES ESTUDIANTILES (pág. 249).—Conducta de A.E.T. ante la presencia de Don Juan Carlos en la Universidad (pág. 249).—Circular del Secretario Nacional al empezar el curso 1960-1961 (pág. 260).—Desviaciones ideológicas (pág. 263).—El Carlismo y la Universidad de Navarra (pág. 265).

XI. EL CARLISMO Y LA INDEPENDENCIA DE ARGELIA (pág. 276).—Actividades de los carlistas (pág. 276).—Conducta de la Familia Real (pág. 282).—Nota de Don Javier en «Le Monde» (pág. 287).

XII. EL CARLISMO Y LA NUEVA EUROPA UNIDA (página 292).—Introducción (pág. 292).—Textos de Don Alvaro d'Ors (pág. 297).—Textos de Don Francisco Elías de Tejada (pág. 303).—Textos de Don Rafael Gambra (pág. 311).—Unas declaraciones de Don José M.ª Valiente (pág 313).—

Palabras de Don Blas Piñar en Montejurra de 1963 (página 314).—Otras series de estudios (pág. 314).—En la revista «Siempre» (pág. 315).—En la revista «Azada y Asta» (pág. 316).—Denuncias carlistas de una gran maniobra europeizante contra la España Nacional (pág. 321).—Conducta de Don Juan de Borbón y de sus colaboradores (página 340).

XIII. LOS EPIGONOS DE DON CARLOS VIII (pág. 347).—Política de Don José M.ª Valiente respecto de ellos (página 347).—Carta de Don Luis de Olabarría al Dr. Gassió (página 348).—Carta de Don Francisco José a Cora y Lira (página 350).

XIV. LOS TRADICIONALISTAS JUANISTAS (pág. 352).—Resumen de la situación (pág. 352).—Carta de Don José María Arauz de Robles a Don Pedro Amor Maldonado (pág. 354).—Contestación de Don Pedro Amor Maldonado a Don José María Arauz de Robles, el 26-II-1960 (pág. 361).—Gestiones para aglutinar a todas las fuerzas monárquicas (página 362).—«Mensaje elevado por los oficiales del Requeté de Oñate a S. M. el Rey Don Juan III», el 5-VI-1960 (página 363).—«Contestación de Su Majestad», el 6-VIII-1960 (página 364).—Conferencia del Marqués de Luca de Tena en el Círculo Balmes, de Sevilla, el 23 de octubre (pág. 365). Comentarios de Don Jaime de Carlos (pág. 370).—Comentario de Don Mariano del Mazo (pág. 371).

XV. NECROLOGIA (pág. 372).—Fernando López Barranco (página 372).—Alfonso Lascurain (pág. 374).

XVI. BIBLIOGRAFIA (pág. 375).—Libros: «Para que El reine», por Jean Ousset (pág. 375).—Notas: 1. La Ciudad Católica y la Comunión Tradicionalista (pág. 377).—II. Carta de Don Javier a Don Eugenio Mazón Verdejo (pág. 379).—«Cerdeña Hispánica», por Francisco Elías de Tejada (página 380).—Documentos de Don Alfonso Carlos de Borbón y Austria-Este (pág. 381).—Instituciones de la Monarquía Española (pág. 381).—«Biografía del General Don Emeterio Celedonio Iturmendi y Barbarin», por Don Marcelo Núñez

de Cepeda (pág. 383).—Folletos: «Forma de Gobierno y Legitimidad Familiar», por Don Alvaro d'Ors (pág. 383).—«Memoria de Zumalacárregui», por Antonio Arrúe, Francisco Elías de Tejada y Melchor Ferrer (pág. 386).—«Resumen histórico del Tradicionalismo Político Español», por Don Julián Torresano (pág. 386).—Boletines: «Centinela» (página 388).—«Boletín de Información del Tercio de Don Carlos VII (pág. 388).—«Montejurra» (pág. 388).—«Clarín», portavoz del Requeté del Reino de Valencia (pág. 391).—«Información Carlista (pág. 392).

INDICE ONOMASTICO (pág. 395).

INDICE GENERAL (pág. 401).

ESTE TOMO XXII - (II) Y ULTIMO DEL AÑO 1960 SE ACABO
DE IMPRIMIR EN LOS TALLERES DE GRAFICAS
LA TORRE LA VISPERA DE LA FESTIVIDAD DE
NUESTRA SEÑORA DE LOURDES DEL
AÑO DE GRACIA DE MCMXC

EXTRACTO DEL INDICE DEL TOMO XXII (I)

Actos carlistas menores.

Actividades estudiantiles.

El Carlismo y la independencia de Argelia.

El Carlismo y la nueva Europa Unida.

Los tradicionalistas juanistas.

Bibliografía.

APUNTES Y DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA DEL TRADICIONALISMO ESPAÑOL

1960

TOMO 22(II)